

S
2

G. F. S. - 19 -

Featr . G. F. S.

Cuaderno no 19.

La villana . (II)



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

~~Los~~ "Buenos gráficos" 6 Octubre 1927.

El gran éxito de "La villana" en la Zarzuela



Una escena de la zarzuela «La villana», libro inspirado en una obra de Lope de Vega, de los Sres. Romero y Fernández Shaw, música del maestro Amadeo Vives, estrenada con grandioso éxito en el Teatro de la Zarzuela

Un nuevo y resonante triunfo del gran músico Amadeo Vives, hemos de complacernos en registrar en esta página, el que obtuvo en el Teatro de la Zarzuela con el estreno de «La villana», cuya partitura es una de las obras más considerables que se deben á la inspiración del ilustre maestro. El libro, de los señores Romero y Fernández Shaw, es una hábil adaptación de la obra de Lope, «El comendador

de Ocaña», cuyo principal mérito consiste en haber dado al músico motivos abundantes para que luzca todas sus portentosas dotes de gran artista.

La obra, como se esperaba, obtuvo un éxito grandioso, y seguramente vivirá en los carteles mucho tiempo, en bien del arte musical, cuyo vigoroso resurgimiento deseamos todos, y al que tanto contribuirá esta obra.



DON FEDERICO ROMERO
Autor del libreto de «La villana»



DON AMADEO VIVES
Eminente compositor, que ha obtenido un nuevo y brillantísimo triunfo con la partitura de «La villana»
(Fots. Díaz Casariego y Alfonso)



DON GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW
Autor del libreto de «La villana»



«La llegada de la villana para la boda», una de las más bellas escenas del primer acto de la nueva y admirable obra del maestro Vives

LA VIDA DEL TEATRO

“La villana“, de Amadeo Vives

AMADEO Vives ha librado una nueva batalla; pero esta vez con una acometividad artística tan extraordinaria, que su mismo público, para el cual no son nunca una sorpresa los triunfos resonantes del maestro, ha sentido el escalofrío de la sublimidad. Vives ha escrito, sin duda, en *La villana* la partitura más elevada y mejor de su vida, sin que esto quiera decir que haya sido también la más comprendida. El autor de *Doña Francisquita* dejó muchas veces correr su fantasía por valles caprichosos y pintorescos, necesitado de ambiente, de popularidad, para sus posteriores empresas. Y así le vimos bordear soberbiamente la bohemia romántica y encariñarse con la música regional, y alternar, por breve tiempo, con *Pierrot* y *Colombina*. El truco de buen gusto lo aceptaba como entretenimiento fecundo; la melodía fácil, como elemento introductor. Y ni en uno ni en otra, ni haciendo concesiones al público, ni siquiera al buscar el aplauso con un recurso teatral, ha perdido Vives la serenidad y el equilibrio estético. Dos ó tres de sus obras primeras figuran como modelos de la moderna zarzuela en los archivos musicales, y viven, con vida propia y esplendente, por esos escenarios. Pero ya en *Doña Francisquita* sintió el ilustre compositor catalán la necesidad de acabar radicalmente con el barbecho del género lírico, tristemente prolongado, y elevó de una manera considerable el tono de su música, ofreciéndonos una zarzuela prodi-

Pablo Gorgé, el gran cantante, en el «canto al vino», del primer acto de «La villana». Gorgé ha obtenido en esta obra un triunfo tan legítimo como clamoroso



Amadeo Vives, el eminente compositor, y sus colaboradores en «La villana», Sres. Romero y Fernández Shaw, vistos certeramente por «Sirio»



giosa, todavía con trenzados populares; pero recia, sabia, avasalladora, para la que fueron los mejores homenajes de la buena sensibilidad española y el elogio más decidido y contundente de la crítica.

Después de *Doña Francisquita*, no podía Vives escribir otra cosa que una obra de la altura de *La villana*, punto de partida de la nueva zarzuela dramática, única dirección posible para nuestra completa y definitiva regeneración musical. Y más que escribirla, la ha lanzado al público como un castillo de dardos resplandecientes que hablan de clavarse en el corazón de los que todavía no se han atrevido á lucir el garbo con la poco galana novedad de un traje enfangado.

La preocupación clásica de Vives, su afán de inspirarse en los poemas del siglo de oro, valiéndose de tan excelentes auxiliares como Romero y Fernández Shaw, se deben, primero, al deseo de afianzar el abolengo de la zarzuela española, y luego, al hecho de no haber encontrado otros caudales literarios más á propósito para orientar debidamente el sentido de una música de teatro que contrastase con todas las demás.

Pudo acudir á *Fuenteovejuna*; pero le pareció más representativa la castellana figura de *Peribáñez*, y á ella ha dedicado el maestro su mejor inspiración, sin entretenerse en episodios ni rellenos teatrales, procediendo con la misma entereza y sobriedad con que trazaron el drama la pluma y el ingenio del poeta inmortal. Ni un sólo momento de artificio melódico, ni una sola concesión: música de tono, aire de ópera maestra; un *scherzo* maravilloso en el se-

gundo acto; varios arranques geniales en la figura de *Peribáñez*; gracia en el conjunto, sabor de época y, al mismo tiempo, alientos de modernidad. En esta ocasión, ya que son escasos los materiales que existen, no puede decirse que ha pasado Vives por los archivos municipales. Bastóle con apropiarse el alma del poema y elevarse con ella.

Llega á tiempo *La villana*. Es como un conjuro. Cuando lloramos por la decadencia del género lírico español lágrimas de vergüenza, Amadeo Vives nos prueba, con solemnidad emocionante, que las decadencias artísticas se salvan con un solo gesto de valentía y de superioridad. ¿Quién nos dice á nosotros que al oír el sonoro clarín de Vives no se lancen á la pelea muchos de nuestros jóvenes compositores, acobardados hoy por no saber marchar con la corriente? Un magnífico atisto fué lo de Guridi; una realidad triunfal es *La villana*.

Los ochenta músicos de la orquesta del Real; el arte de Gorgé, bajo con matices de barítono, gracias á cuya facultad ha podido Vives destacar unas cuantas melodías varoniles; la escuela sencillamente admirable de Felisa Herrero; la dirección escénica de Palacios; el acoplamiento del gran Moncayo á la Compañía; la intervención de Redondo del Castillo, uno de los primeros bajos del Real; el atrezzo, valiosísimo y propio, y el esfuerzo de los escenógrafos Alarma y Garí, habían de ser, por otra parte, elementos indudables de aproximación y de emoción. Y todo, armonizado, ensayado cumplidamente, hasta el último detalle, componía, determinaba el acontecimiento del Teatro de la Zarzuela. No hay palabras para resumirlo. Fué como un resurgimien-



to de la sensibilidad colectiva. Y aunque la obra no llegaba con el incentivo popular que otras veces hemos visto, palpitante, en la música de Vives; y aunque el mismo compositor haya tenido la hidalga audacia de luchar á cuerpo descubierto, sin pechera reluciente ni plumas irisadas en el yelmo, la victoria es más suya que nunca; tanto, que los comentaristas del estreno tenemos la obligación de personalizarla. Hoy, el triunfador, el regenerador, el salvador de la zarzuela española es Amadeo Vives, al cual enviamos, desde estas columnas actuales, un abrazo y una palabra de júbilo, que no elegimos, porque todas nos parecerían inferiores á nuestra sincera y patriótica intención.

Felisa Herrero, el tenor Guitart y José Moncayo, en una escena del segundo acto de «La villana», la nueva y admirable obra del maestro Vives

POTS. DÍAZ CASARIGO

ARTURO MORI

"La semana gráfica" (Valencia) Octubre 8-1927.

LA FIGURA DE LA SEMANA



AMADEO VIVES

¡Un paso al frente! A ver, ¡cinco hombres de Cataluña! ¡Cinco hombres-obras entre la Summa altísima de catalanes! «Apa», Cambó, Santiago Rusiñol, Apeles Mestres, Amadeo Vives. Cinco dedos, una mano del alma ibérica. También un pentágono de la España pintoresca. «Apa», el más agudo y puro caricaturista, anecdotista y crítico del Mediterráneo. Cambó, superpolítico de ensueño y aventura. Rusiñol, polidrico, con sus dramas, sus sainetes, sus jardines, sus chascarrillos, su vida y su barba. Apeles Mestres, Noé del arte catalán, con sus marinas dramáticas, sus paisajes y sus canciones de taberna y de corro. Amadeo Vives, el único músico del teatro nacional, el Peñafloreda de San Pol, meditador de estética en «Sofía», dramaturgo, estilista, uña de archivo, conversador máximo del país. Su vida, su figura, su obra, son de las más intensas y profundas del hispano retablo contemporáneo. Su pensamiento una de las más singulares y constantes luces del cerebro latino. Vives es acaso el catalán que más eficazmente rebate la fobia legendaria de Cataluña a Castilla. Pruebas rotundas son sus obras líricas: «Don Lucas del Cigarral», en lo primigenio; «Doña Francisquita»—Madrid en 1840, nuestra «Bohème»—después; hoy, «La Villana», cántico soberbio al paisaje y al alma castellanos, nutrido en «Peribáñez», que España, puesta en pie, aclama y reverencia. Hoy, cuando el crisol de la cultura ha purificado la española sensibilidad de sensualidades líricas de encantillo, España exalta a Vives como el más admirable de nuestros músicos. El más admirable y el más patriota. El que, con su talento sorprendente y su curiosidad insaciable, evoca—con modernísimos perfiles—las grandes figuras de los brujos siglos enciclopédicos...

HORAS DE MADRID

Amadeo Vives o la actualidad

Todos los años, al regresar del verano, encuéntrase el cronista con un gran acontecimiento político, o un suceso fuerte, o un fresco que hiela la sangre. Este año ni la política, con estar bastante movida, ni los sucesos, grandes y chicos del día, ni el airecillo otoñal, que contrasta con la temperatura que trae uno en el cuerpo, le pueden a un acontecimiento, que no lo es todavía cuando escribo estas líneas, pero que lo será dentro de unas horas, si no hay aplazamiento: el estreno de *La villana*, de Amadeo Vives.

Vives es la actualidad. Tiene la fortuna de saber revestir sus estrenos de una solemnidad rozagante. Llega rodeado de autores, de empresarios y de cómicos, que han comenzado a disputárselo ya en su retiro de San Pol de Mar. Algunos han oído fragmentos de la obra y se deshacen en entusiasmos; otros, exclaman, juntando las manos: «Es... ¡la música misma!», copiando, por el vicio de adular, la clásica frase de Wagner refiriéndose a Beethoven. Se agotan los billetes; hay cola en las reventas, como si se tratase de una corrida de toros, y la gente más retraída y enemiga del teatro se dispone a dar lo que pidan por una localidad.

Paco Torrea, el empresario de la Zarzuela, acaba de montar un verdadero tinglado oficioso, sólo para ir explotando la obra de Vives, que supone ha de ser la obra de la temporada. Algo así como una entrada obispa! fué la entrada del ilustre músico en Madrid. Hubiérase dicho que repartía bendiciones desde la ventanilla del automóvil.

Esta y la siguiente serán aquí, sin duda, las semanas de Vives. Todos los habitantes de Madrid oiremos música excelente y una mano invisible limpiará, con un lienzo sutil, el polvo que empaña el antiguo brillo de la zarzuela española. Ascenderemos un poco; el nivel medio tendrá, por unos días, cuatro o cinco metros más de altura.

El maestro Vives no ha sentido nunca los sinsabores del fracaso. Sus producciones se han dado a conocer con estruendo. Pero lo más importante de los estrenos de Vives es que llegan con oportunidad. *Bohemios* se abre paso por entre las ligerezas que comenzaban a desacreditar el género chico y se impone como una lección. *Maruca* detiene, un tanto, las corrientes demoleedoras de la zarzuela; *Doña Francisquita* suena lo mismo que un latigazo. ¿Tendrá *La villana* fuerza bastante

para hundir y machacar la frivolidad sin gracia, la chabacanería sin pudor? ¿Podrá, con escaso esfuerzo, regenerar el género lírico, víctima del charlestón, que no condono como tal danza, sino por la extensión, impropiedad y abuso de su empleo?

Amadeo Vives, hoy, en Madrid, es «El músico», como lo fué Pepe Serrano hace unos meses. Ambos viven, no con la frecuencia que fuera de desear, sin embargo, momentos de franco cortesano. Gobiernan, reinan. Si estos días os proponéis abrazar al maestro Vives tendréis que pedir audiencia, no porque a él se le haya antojado, sino porque les conviene así a los que le han traído a la Zarzuela. ¡Felices pueden considerarse esos dos libretistas que se llaman Romero y Fernández Shaw, colaboradores, ya insustituibles, de Vives y a quienes el maestro otorgó, sellando una vieja amistad con el padre de uno de ellos, su máxima confianza! Encaminóles, un día, el maestro por el sendero de la poesía fecunda, consiguiendo que un crítico tan sereno como Enrique de Mesa les consagrara, y desde entonces las cuartillas de las redacciones en donde trabajan son, para ellos, un simple motivo de entretenimiento, papeles donde dibujar arabescos a tono con los caprichos de la fantasía desbordada.

Vives y Serrano, con sus gallardos arrebatos modernos el primero; con su inspiración delicada, grata y sorprendente el otro, podrían actuar, si quisieran, de dictadores del teatro lírico. ¡Así contara el verso con dos autores semejantes, de cuya voluntad dependiese la resurrección del género dramático, vestido a la usanza de la Europa moderna!

—Yo—ha dicho Vives, no obstante, cuando se le ha hablado en ese tono—hago todo lo posible.

Y es verdad. ¿Puede el ilustre Serrano decir lo mismo? ¡A los dos quisiéramos alcanzarles, juntos, en un abrazo! La música española no está ni siquiera dormida. Vive esclavizada por la ordinariéz. Y para manumitirla hay que matar el dragón. Y si un

Sigfrido bastó para acabar con el otro, ¿cómo no han de ser capaces nuestros dos Sigfridos de meterle a éste los aceros hasta la garganta?

Arturo Mon



Pablo Gorgé cantando uno de los números más hermosos de la formidable zarzuela *La villana*, de Federico Romero, Fernández Shaw y maestro Vives, estrenada con éxito clamoroso en el teatro de la Zarzuela

"Blancos y Negros" 9-X-27

EL TEATRO

REVISTA DE ESPECTÁCULOS



EL INSIGNE COMPOSITOR AMADEO VIVES, AUTOR DE "LA VILLANA", ESTRENADA EN LA ZARZUELA CON GRANDIOSO EXITO. (CARICATURA DE ECHEA)



ENTREGA, EN EL TEATRO CHUECA, DEL PERGAMINÓ DEDICADO POR LOS AUTORES DE "LAS AVIADORAS" A LA AVIACION ESPAÑOLA. (FOTOS ZEGRI Y GARCIA)



trastrueque había de llevar a los autores a ciertas modificaciones superficiales que, si no alteraban en esencia la obra de Lope, contribuían a acrecer el interés lírico, interés artísticamente secundario, pero indispensable cuando se trata de agradar al público. Así, el judío que aparece en el segundo acto, en oficios de tercería, para regalar a la mujer de Peribáñez con ricas arracadas, enviado por el comendador Don Fadrique, no es de la cantera de Lope. En *Peribáñez*, la tercería está a cargo de un pintor, que ha de hacer el retrato de la hermosa villana por ordenanza del noble. Esta substitución ha sido necesaria para realzar algunos momentos dramáticos, dándoles la plasticidad requerida por el género lírico, y al mismo tiempo está justificada por la bella página musical que ha inspirado a Vives. Aunque no con la abundancia deseada, los autores del libro de *La villana* han aprovechado algunos versos de Lope para encajarlos hábilmente en sus escenas, junto a otros—muy entonados—de los señores Romero y Fernández Shaw.

Vives ha compuesto para *La villana* su más sabia, perfecta e inspirada partitura. Los temas populares de Toledo le dan una gracia castiza y noble, pero están tratados con tal ponderación e incrustados de tan fina manera en el organismo total, que pierden el fácil sonsonete asequible a todos los tor-



EL TENOR FRANCISCO GODAYOL, CUYO "DEBUT" EN EL TEATRO DE APOLO HA CONSTITUIDO UN EXCELENTE EXITO (FOTO PELLICER)

pes oídos. No es *La villana* una zarzuela popular, de la indole graciosa de *Doña Francisquita*, por ejemplo, ni tampoco de la traza idílica de *Maruxa*. Tiene más amplitud, más acción y más variedad de motivos líricos y dramáticos que ninguna de las zarzuelas conocidas hasta la fecha. Esa amplitud y copiosidad, dominadas siempre por la perfección e inspiración del músico, serán, quizá, responsables, pasados estos momentos de expectación y de actualidad, del desvío de la gran masa de público. Lo que no va en detrimento del arte. Todo lo contrario. Vives ha escrito su partitura maestra. La más original, la más inspirada, la más

gallarda y vibrante. Las preferencias del público, manifestadas en forma bulliciosa, en ovaciones, aclamaciones y vitores incesantes, favorecieron al dúo del primer acto entre tenor y barítono y al dúo entre Casilda y Peribáñez, el nocturno del segundo acto, el número del judío, la canción a la capa de paño verde, otro dúo magnífico entre Gorgé y Redondo del Castillo y el concertante del final del acto; la plegaria de Casilda, en el tercer acto; otro nocturno, que es un alarde de instrumentación, y, finalmente, la relación que Peribáñez hace de su crimen a Don Enrique, el Rey.

Todos estos números fueron recibidos con entusiasmo, pero no son inferiores al resto de la obra. *La villana* forma un conjunto orgánico que no consiente el elogio

"La voz valenciana" 11-X-927.

Figuras de la semana

Rafael "El Gallo". Lope de Vega

— Rafael, el superviviente

Rafael el Gallo, el "Divino Calvo", ha celebrado en Sevilla sus bodas de plata con la tauromaquia. El hombre genial, el torero sin par, ha querido solemnizar la fecha, al cumplirse el veinticinco aniversario del día aquel de septiembre en que ante sus paisanos recibiese la alternativa de manos de un torero que hoy ya no es, de un torero que hoy es tan sólo un particular, de un hombre que hace ya largos años dejó de enfrentarse a los cuernos buidos y de pelear con toros de todas clases, razas y condiciones.

Y, como ese torero que hoy ya no lo es, no lo son ya ninguno de los que en aquella época—1902—en que Rafael tomara la alternativa, lo eran. Fuentes, Machaquito, los Bomba, Mazzantini, etc. Todos aquellos que cuando él comenzó le acompañaron en sus comienzos o se encontraban ya en la cúspide, han dejado largos años de pelear con reses bravas. Y muchos, muchísimos que comenzaron bastante después que él, se han ido también, se han marchado. Con ellos, con aquellos que ya eran cuando él comenzaba, y con aquellos otros que cuando él comenzaron, se marchó, también, su época.

El Gallo es un superviviente. Todos sus compañeros, todos los que cuando él era joven éranlo también, todos aquellos que compartieron sus primeros tiempos, se marcharon ya. Y a sustituirles vinieron otros. Luego otros. Y sólo, en medio de las generaciones taurómicas nuevas, quedó Rafael el Gallo, el desecentrado, el superviviente. El tiempo pasó a su lado. Y él continuó siendo torero, sin preocuparse ante los ataques de los nuevos, ni importarle un ardite las nuevas modalidades del torreo.

Rafael continuó. A Fuentes, a Machaquito, a los Bomba, sustituyeron Pastor, Posada. Vinieron luego Joselito y Belmonte. A éstos siguieron Chicuelo, Granero, Varellito. A continuación llegaron los que hoy están ya próximos al ocaso: los Lalanda, Márquez, Valencia. Y por último, los toreros nuevos, los transformadores, los jóvenes maestros Rayito, Cagancho, Barrera.

Y como único superviviente, el Gallo. Durante los últimos tiempos le ha acompañado Belmonte. Pero Belmonte es mucho más joven, menos antiguo. Belmonte es de otra época posterior, de dos generaciones de toreros después, de la generación de Joselito, de la generación de Gaona...

Y los toreros continúan pasando. A esta generación de ahora, a la de Barrera, de Gitanillo, de Félix Rodríguez, sustituirá otra. Generaciones taurómicas se sucederán. Y el Gallo continuará, seguirá siendo torero, resistiendo el envite de los toreros jóvenes, de los revolucionarios, de los que traen a la fiesta el aire renovador de su sangre moza ansiosa de la caricia de las palmas y el dinero.

Hasta que un día al Gallo tengan que sacarle a la plaza en una camilla, por impedirle la edad marchar por sus propios pies.

Lope de Vega, autor de moda

Prevedemos que en un plazo breve, Lope va a ser el autor de moda, el escritor que más obras "estrene" en España. ¿Por qué? Respuesta lógica, sencilla: por el éxito de "La Villana", inspirada en una tragicomedia de nuestro gran clásico, del "Monstruo humano", como cierto contemporáneo suyo le bautizó.

El éxito de la obra de Vives hará que, en adelante, durante esta temporada al menos, todos nuestros autores, todos nuestros innumerables comediógrafos se lancen a devorar toda la producción de Lope con el deseo ferviente de, inspirándose en una obra suya, escribir otra que tenga un éxito parejo al alcanzado por "La Villana" o al conquistado, temporadas pasadas, por "Doña Francisquita".

¿Por qué cuando el estreno y éxito consiguiente de "Doña Francisquita" no se lanzaron los comediógrafos a leerse las obras de Lope para tratar de conquistar un éxito parecido? Porque en primer lugar, son, en gran parte, no muy aficionados a leer. Menos aún obras clásicas. Y leerse todas las obras de Lope de Vega era empresa superior a sus débiles y humanas fuerzas. En segundo lugar, porque creyeron que el éxito se debía al cambio radical experimentado por

"La discreta enamorada" al convertirse en "Doña Francisquita", y en último término, por creer que era esa obra la única aprovechable de todas las que escribiera el Fénix de los Ingenios.

Ahora se han dado cuenta de su equivocación. Los mismos autores de aquella "Doña Francisquita", sin modificar grandemente otra obra de Lope, obtuvieron un éxito mucho mayor. Esta obra era algo desconocido para la mayor parte de esos distinguidos autores.

Algunos, tras presenciar el éxito de "La Villana", transformación no muy radical de "Peribáñez y el Comendador de Ocaña", han creído conveniente para sus intereses leer las obras de Lope. Y han puesto inmediatamente manos a la obra, a las obras, mejor dicho.

Dispongámonos, pues, a presenciar, más o menos disfrazadas o modificadas, el "estreno" en cualquier teatro de España, de "Fuenteovejuna", de "La moza del cántaro", de "La estrella de Sevilla"

y de cientos y cientos más de obras de Lope, reformadas ligeramente por gentes ansiosas de conquistar, sin un excesivo desgaste cerebral, los éxitos y el dinero logrados por Romero, Fernández Shaw y Vives, al convertir "La discreta enamorada" y "Peribáñez" en "Doña Francisquita" y "La Villana".

No perderemos realmente gran cosa aunque esto suceda. Por lo menos oíríamos algo de nuestro tan abandonado teatro clásico. Aunque mucho nos tememos que esos autores, queriendo justificar el dinero que se apresen a cobrar, modifiquen radicalmente las obras de Lope, con lo que saldríamos mucho peor que si no conociéramos el teatro clásico y escucháramos, en su lugar, cualquiera de las ultra-realistas concepciones teatrales salidas de la mente prodigiosa de un Azorín.

JUAN DE MADRID.

"La verdad" (Anuncia) 12-X-27

DEL MOMENTO

"INTERVIEW,, ESPIRITUAL CON VIVES

Hablamos del maestro Vives. Aunque el lector indiferente pueda creer que ya se habló bastante, mil razones (y aún más) hay que demuestran lo contrario.

Idealicemos la vida. ¿Qué otro arte puede llegar a más altas regiones que la música? Ninguno. La música lo es todo. Aún la misma poesía se siente amparada en la cadencia y ritmo de un pentágrama. Cuando el genio sublime de un poeta llega a la cumbre de la emoción, difunde que canta los versos, como el el sonido armónico de su rima penetra suavemente con la cadencia de un vals lento e interminable.

El maestro Vives es un poeta de sonidos emocionantes, ellos nos idealizan el vivir; por su mediación la vida es otra. Su poesía musical nos aparta de la prosa cotidiana y nos eleva sobre nosotros mismos. Su genio subyuga y sobrecoge para evolvernos en el manto enojado y maravilloso de los cuentos de hadas.

Solo la presencia del admirado compositor infunde supercilioso respeto; el respeto único de los escogidos. ¿Hablaba contemplado a Wagner? ¿Os inquietaba el bronceado busto del divino sordo? ¿No meditaba ante la frente misteriosa de Chopin? Pues así impresionaba la persona del maestro Vives, el único.

Ocasión tuve de hacerle una entrevista con motivo de su último éxito. Nada más fácil para mí que lograr su gesto cansado diciéndome su opinión sobre todo lo habido y por haber. Pero me abatí. Es más; dejé pasar la avalancha del escarpelo de la crítica, con mis miras de respeto, justicia y admiración.

Prefirió el contacto espiritual de las tres horas del ensayo general de «La Villana», para poder deducir una entrevista que por no haberla tiene el doble interés de la íntima sinceridad. Cerca de su butaca, en la penumbra de la anchurosa sala, sus ojos de acero escudriñaban músicos y cantantes. Por aquellos destellos de su mirada surgían los dueños diabólicos de la inspiración apresados felizmente en el duro papel pintado.

De vez en cuando su bastón repiquetea en el suelo y se oye su voz débil, de pala-

bra rápida, autoritaria. Su finísimo oído ha podido alcanzar la sutil disonancia de una nota rebelde en medio de la gran masa orquestal. Sigue fijando la cabeza, con función y más de una vez se deja llevar del ritmo de la orquesta y mueve la cabeza en suave balanceo acusándose dulcemente en su propia obra. Fernández Shaw y Romero, no lejos, le contemplan respetuosamente.

En esta primera representación (como dicen los franceses) el público selecto y erudito le aclaman. El ilustre maestro se levanta perezoso, con modestia, e inicia un saludo... Quizá «divina la terrible fiera» y sonríe irónico. Toda su persona pequeña se agranda, crece, se hace lamenosa, coronada por una cabeza de gallo, cuyos rizosos cabellos, parecen envolver su frente luminosa y mientras el electricista sigue alumbrando la sala, el insignie aristócrata resplandece en su butaca queriendo inutilmente olvidarse de sí mismo.

En esta época de homenajes continuos, no se puede crecer al gran Vives, el único, un banquete más con las consabidas flores de la mesa para su compañera Hay que hacer algo, que como él, sea grande. Que llegue a su corazón lamenoso, que le envuelva, que le perpetúe ante las generaciones venideras para orgullo de propios y extraños.

Hay que premiarle sin rutilarlas manifestaciones minosadas por otros homenajes, que para él serían rampolacillos. Su obra genial, de continuo perfeccionamiento; de extensión siempre pura; de horizontes luminosos y de transparencias cristalinas, de las que surgen triunfantes una «Colomba», una «Marx», una «Doña Francisquita» y una «Villana» ha de ser respetuosamente ofrendada a nuestro propio solar con la vista puesta más allá de las fronteras y más de los mares.

Pero en la fiebre de amor, no hay que olvidar también que Vives, en sus ratos de sosiego; en medio del tráfico de la vida; cuando le cercan inquietudes, como cuando se cree contestado, lee con toda devoción y humildad «La Imposición de Cristo», «La vida de Santa Teresa» y las doctas sentencias de San Agustín. FÉLIX PRICHARD

"ABC"

Un banquete

La Empresa de la Zarzuela obsequió ayer con una comida a los empleados de la copistería de la Sociedad de Autores, por la diligencia y perfección puestas en la copia de la partitura de «La villana».

Ocuparon la presidencia el maestro Vives—que sentó a su lado a Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, autores del libro—, los maestros Luna, Moreno Torroba y Martínez, Linares Becerra y Paco Torres.

A la terminación de la íntima y grata fiesta, el Sr. Andrada, como jefe de la copistería musical, hizo entrega al maestro Vives de un alegórico pergamino, en breves y afirmativas palabras. A ellas respondió el plácido verbo de Vives, agradeciendo vivamente al homenaje que se le rendía y, finalmente, el maestro Luna, con generosas y cordiales palabras, hizo resaltar cuánto suponía para la música española la admirable labor de Amadeo Vives en «La villana», gloriosa página, que abre fecundo camino a nuestro arte lírico. Una salva entusiasta de aplausos refrendó lo dicho por Luna.

"La Libertad"

Un almuerzo

La Empresa de la Zarzuela, agradecida a la celeridad, precisión y entusiasmo que la copistería de la Sociedad de Autores ha puesto en «La villana», celebró ayer un almuerzo de carácter íntimo, al que asistió todo el personal técnico, con su jefe el señor Andrada, además de varios periodistas, autores y amigos de la Empresa.

La mesa fue presidida por el ilustre maestro Vives, con los señores Romero, Fernández Shaw, Francisco de Torres, Pablo Luna, Linares Becerra, Muñoz Torroba y Juan Martínez.

El acto resultó en extremo simpático, entregándole al final al maestro Vives el propio Sr. Andrada un magnífico pergamino, con el retrato del ilustre autor de «Los Bohemios», hecho a pluma, y con la firma de todos los asistentes.

Amadeo Vives, muy emocionado,

dió las gracias en un discurso, que fué largamente ovacionado.

"El Liberal"

La sección de copistería de la Sociedad de Autores, que ha realizado una labor admirable con la partitura de «La villana», tuvo ayer un gentil rasgo de admiración y de cortesía para el eximio Amadeo Vives.

Invitados por la Empresa de la Zarzuela a una comida íntima en homenaje a su laboriosidad y a la perfección de su trabajo, los copistas trasladaron la dedicación a Vives, ofreciéndole además un pergamino con la firma de todos los empleados y las de otras personalidades, también invitadas a la comida.

El acto, lleno de entusiasmo, de cordialidad y de simpatía, se celebró ayer en el restaurante El Oro del Rhin.

No hubo discursos ni ritualismos empachosos y fuera de lugar. Sencillamente, con palabras rebosantes de admiración y de respeto, Ángel Andrada, nuestro querido compañero, que es jefe de la copistería, entregó a Vives el pergamino—obra de arte dibujada exquisitamente por Luis Blesa—, agradeció a la Empresa de la Zarzuela el rasgo de haber sabido apreciar lo que vale y representar la oscura labor de los copistas, entre los que hay maestros notables e instrumentistas muy acreditados.

Vives a su vez tuvo palabras de gratitud para los que habían colaborado en el éxito de «La villana» desde sus respectivas esferas de actividad, y el maestro Luna abrazó y saludó al maestro, que una vez más —dijo— señala a los compositores españoles el camino a seguir...

El ramo de flores que adornaba la mesa, a la que se sentaron con Vives Federico Romero y Guillermo F. Shaw, los maestros de la Zarzuela, el gerente de la Sociedad de Autores, Paco Torres, Pablo Luna y Moreno Torroba, fué enviado a la esposa del insigne autor de «La villana».

El estreno de *que juzgúe* "La villana"

Madrid, 3 octubre 1927

El estreno de «La Villana»—efectuado anteanoche—libro de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música del maestro Vives es uno de los estrenos que más expectación han despertado en estos últimos tiempos. Después del gran triunfo de «Doña Francisquita», obra de los mismos autores, estaba justificada esta curiosidad del público y la crítica, y más, tratándose de una obra basada en la famosa e inmortal tragicomedia de Lope de Vega «Peribáñez y el Comendador de Ocaña». Miel sobre hojuelas. Doble interés: de un lado la música; del otro, el arreglo que unos autores contemporáneos han hecho de una de las mejores obras de nuestro clásico y, en consecuencia, del teatro universal.

Una semana antes de la primera representación se agotaron las localidades; los periódicos publicaron intervius con los autores, impresiones de los ensayos, autocriticas... No se hablaba en los corrillos madrileños más que de dos cosas: del estreno de «La Villana» y del manifiesto de Sánchez Guerra. El teatro y la política: dos lados del triángulo de la vida española—los toros constituyen el otro factor—. No nos parece mal, ni mucho menos. Va al pueblo a los toros, pero va al teatro con igual entusiasmo. Y ojalá que no veamos a nuestro pueblo desentenderse de la política—política es ciencia y conciencia de ciudadanía—; ojalá que en estos últimos tiempos no hubiese decaído su entusiasmo político, su atención por la cosa pública. No cuentan con él para nada, y él no pide participación en los destinos de España. La Dictadura hace y deshace, la censura no deja que al pueblo se le hable... Y así vamos.

Mas, volvamos a Peribáñez, aunque habíamos de política y Peribáñez tiene la suya. Porque Peribáñez es, entre otras cosas, el pueblo, imponiendo su honor, su dignidad por encima de todo:

«Perdonad, Comendador que la honra es encomienda de mayor autoridad».

... dice el noble labrador de la tragicomedia de Lope, hiriendo de muerte a quien trataba de profanar su amor, su vida, su hogar... Y «Peribáñez y el Comendador de Ocaña», es el Rey exclamando airado:

«¡Basta! ¡Qué! Los azadones
de las cruces de Santiago
se igualan? ¿Cómo o por dónde?»

Y es el propio Peribáñez demostrando que sí, que los azadones del labrador se igualan—¿por qué no?—a los títulos del señor que más alto se crea, y aun están por encima de todos los títulos y jerarquías cuando quien los posee no es digno de ellos.

«¡Cosa extraña!
¡Que un labrador tan humilde
estime tanto su fama!».

considera el Rey admirado ante Peribáñez. Es la lección del pueblo al Monarca; el Rey la comprende y la aprovecha reconociendo que Peribáñez ha hecho justicia.

Tengo que confesar que el arreglo que han hecho de la obra de Lope, para la música de Vives, estos jóvenes autores que se llaman Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw me parece admirable.

Ha vuelto a leer el Peribáñez después de ver «La Villana»—más que zarzuela, ópera puede llamársela—y confirmo la excelente impresión que me produjo la labor de los libretistas. Y digo más, quiero decir algo más y es que algunas frases y estrofas de Lope la noche del estreno—pues aunque mi última lectura del Peribáñez sólo databa de unos cinco o seis meses, mi memoria no me permitía precisar la paternidad de ciertos versos de la obra—he visto después que no eran sino de Fernández Shaw y Romero.

El ~~autor~~ la discreción, el fervor con que estos jóvenes autores se han acercado a la obra de Lope, no les ha restado decisión, valentía para afrontar el difícil empeño. Y así, por exigencias de su propósito, han suprimido personajes y prestado otros con tal tino y seguridad, que—y es cuanto puede decirse en su elogio—en nada desmerecen junto a la obra de Lope. Ejemplos: un judío que no figura en el libro original y que juega en «La Villana» papel importantísimo. Otro: los tíos de Casilda, la mujer de Peribáñez, sustituyendo en la zarzuela a Inés, personaje de la tragicomedia de Lope de Vega.

Lo repetimos: releído el Peribáñez después del estreno de «La Villana», no solamente se confirma, sino que crece la buena impresión que nos produjo el libro de Romero y Fernández Shaw.

Vives, el autor de «Doña Francisquita», ha podido ser también gallardamente el autor de «La Villana». Es difícil ser lo uno y lo otro, porque aquella música y esta música son completamente distintas. Esta considerable diferencia entre dos modalidades dentro de un mismo arte—como diferencia hay dentro de la poesía, entre la lírica y la dramática—el tono épico y el tono íntimo—tenía que salvarla el maestro Vives. Para acercarse a Peribáñez había que hacerlo en otro tono muy distinto que a «La Francisquita», empujando «Doña Francisquita» y el salto de una música a otra, de uno a otro tono fue salvado por Vives triunfalmente.

Caracteres, situaciones, ambiente, todo está en la música de Vives expresado con inspiración, con talento, con arte que bien merecen las ovaciones con que el público los premió la noche del estreno y las alabanzas que la crítica unánimemente tributa a «La Villana».

Buena jornada para el teatro español; fiesta impegable para el espíritu, que durante unas horas de comunión artística repone sus fuerzas para mantenerse vivo.

Angel LAZARO

Alrededor del teatro

La música y el teatro clásico

La entusiasta acogida que el público madrileño ha tenido para «La Villana», la reciente obra del maestro Amadeo Vives, señala una reacción en el arte musical, abriendo nuevos panoramas a la zarzuela grande española, a la ópera con recitados como justamente el insigne compositor de «Doña Francisquita» ha denominado este género y que, por su esencia es el más armonioso equilibrio, la fusión más cordial entre el arte del músico y el arte del dramaturgo. Ambos se ajustan sin horrarse uno a otro, como sucede con la ópera, y cuyo motivo es causa de que los grandes autores no se decidan a aceptar ese matrimonio, en que suele ser el libro la parte perjudicada.

En «La Villana», en este género de ópera con recitados, se abre campo espacioso y fértil a la musa del compositor y no por ello la partitura tapa al libro, sino que, por el contrario, éste aún se destaca más, cobrando con el subrayado musical expresión firmísima. Los compositores deben seguir este procedimiento. Procurar que la partitura sea un aliado del libro, para que apoyados unos en otros, cobre la obra mayor importancia, constituyendo esa aleación de música y poesía que es el más alto aspecto artístico. De tal modo los buenos autores no tendrán inconveniente en entregar sus libretos a los compositores. Porque ahora no sucede esto. Sólo acuden a la música con libretos endebles, pretextos para dar ocasión al compositor de trazar la partitura. Y en estas colaboraciones, no les guía otro afán que el económico, pues ven que la música anula el libro y no quieren dar sus grandes producciones para que sirvan de marco a la gloria del compositor.

El músico, pues, debe trabajar como lo ha hecho el maestro Vives. Procurando su mayor lucimiento; pero sin quebranto del autor. Tener la conveniente sagacidad para que la música sea como el telón de fondo, que da ambiente y sirva para que se destaque mejor la comedia. Y así se conseguirá que muchos autores, conculcados, acudan al género lírico como verdadero y rico cañamazo sobre el que puedan los músicos bordar bellas partituras.

En «La Villana», junto a la música, resplandece la obra. El drama de Lope—aparte las naturales amputaciones de refundición—se aparece con su contundencia absoluta, sin que la música le merme en un ápice su valor. Puede servir de espejo a nuestros autores y a nuestros compositores para que, aliados, creen ese gran arte lírico que es la síntesis teatral por excelencia.

También con este estreno, el primero de los importantes de la temporada, se ha manifestado el me-

dio más adecuado para que nuestro teatro clásico llegue al público. Por regla general el espectador no gusta de nuestro tesoro clásico. En los teatros en que alguna vez se representan obras de los grandes maestros de nuestro siglo de oro, la taquilla suele señalar una baja desconsoladora. Es que el público actual no se compenetra, no siente el drama de los personajes de otras épocas. Sus personajes se le aparecen con relieve simbólico, faltos de la gama contemporánea. De aquí algunas tentativas realizadas en Inglaterra y Alemania de representar con trajes modernos las obras clásicas. Esas obras escapan a la percepción del sentimiento real, que es el regulador del interés público, el lazo de unión, la fusión espiritual entre los personajes del drama y los espectadores. Los personajes a la antigua, se aparecen al público como seres abstractos y difícilmente logran conmover y comunicar sus sentimientos a la conciencia del espectador. Pasada su época se tornan en marionetas, alegorías simbólicas; pero rara vez logran imponer su humanidad. Se han quedado fuera de la realidad y el público no les ve como a semejantes. De aquí la frialdad con que suelen acogerse los conflictos de las obras clásicas.

Por esto a esas obras las va muy bien el tono musical. Fuera del realismo aparente, en el huerto lírico florecen con mayores cualidades, recobrando su acento de vida. La atmósfera ideal de la música las envuelve y las da mayor verosimilitud.

Esta lograda tentativa que Romero y Fernández Shaw han realizado al ajustar la tragicomedia de Lope de Vega, «Peribáñez o el comendador de Ocaña»—uno de los más sazonados frutos del frondoso árbol dramático del fenix de los ingenios—sirve de ejemplo a cuanto hemos apuntado y deja entrever las posibilidades de desempolvar nuestro teatro clásico por medio del vehículo musical.

He aquí cómo con «La Villana», además del justo éxito del maestro Vives, hemos de celebrar la vuelta al tablado escénico de nuestras grandes obras del teatro clásico, que empresarios, cómicos y público, tienen arrinconadas en el desván de la guardarropía. Ni las admirables interpretaciones de algunos actores, ni la propaganda crítica, ni el apoyo del Estado, nada mejor para dar nueva savia a tales obras como la música. La música puede ser la sangre que riegue y vivifique las venas de nuestro teatro clásico y lo destaque ante el público dándole el marco ideal que su apagado realismo necesita.

JOSE CASTELLON

Madrid, Octubre 1927.

"La villana" en provincias

= Compañía Sur Penas. =

"La verdad" (Murcia)

1 noviembre 1927.

Crónica de es- pectáculos

"LA VILLANA"

Lamentamos profundamente que lo avanzado de la hora a que acabó el sábado la representación en nuestro primer coliseo, nos impidiera ocuparnos, con la extensión que merece la obra de este sensacional estreno.

Las dos y media de la madrugada es una buena hora para hacer, de prisa y corriendo un relato telégrafico de lo que acababa de pasar en el teatro, y aún ese relato hubiera tenido que ser quitaseñalado por los apremios del tiempo.

Vaya pues hoy nuestra impresión de «La villana», un poco trasnochada; más aún por la coincidencia de haber tenido de por medio la forzada dominical de descaño.

Pocos estrenos habrán despertado en Murcia la expectación que el que nos ocupa, y es que reacciona verdaderamente un caso así sólo el que nosotros, pobres provincianos, podamos gustar de las delicias de una obra, cuando el eco de los aplausos de su estreno en Madrid aún no se ha extinguído.

Por ello no es de extrañar que el público haya acudido ávidamente a cada una de las representaciones de «La villana» en Murcia, y más aún en la noche de su estreno.

Bien haya el glorioso autor de «Doña Francisquita» y «Maruxa», por haber realizado esta obra íntegra que campea en los más puros senderos del arte con el sonoro y recto nombre de «La villana».

Porque la partitura de esta gran obra, es antes que nada, eso: una obra íntegra; cabal; sin afeites ni desnaturalizaciones.

Nunca estuvo mejor ponderada la crítica

que cuando juzgó esta obra: el grandes fueron los elogios que de ella salieron para encomiarla, pocos son aún para los merecimientos que tiene.

La técnica maravillosa del lenguaje Vives, se ha enriquecido con el precioso tesoro que representan las páginas de «La villana»; éste de ahora es un galardón que lucirá de forma inmercedible en la obra del músico genial.

¿Quiere esto decir que «La villana» sea exclusivamente una obra de alarde técnico? Nada más lejos. Por el contrario nos encontramos ante uno de los pocos casos en que una apasionada inspiración haya tenido mejor empleo.

Eminentemente melódica, encierra en sus giros, bellezas sorprendentes; felicísimas frases, apasionados y líricos acentos; y todo con una orquestación de maravilla que hace cantar a los instrumentos produciendo toda la gama de sonoridad precisa para hacer vibrar intensamente las fibras del sentimiento humano.

Llamamos arrebatador a los hermosos coros que preceden y siguen a la boda; llamamos arrebatador en las coplas de Omeo; encendidos y apasionados acentos en los bellísimos dúos de Casilda y Peribáñez (¿cuál mejor? ¿el del nocturno del primer

acto? ¿el de la era en el segundo?) y también en el dúo de don Fadrique y Casilda y en el encanto de esa romanza a tiempo de seguidillas manchegas en la que el Comendador canta la belleza de «unos ojos color de alma clara».

Dramatismo intenso en todo el final del nocturno del segundo acto; en el incomparable dúo de barítono y bajo, en el segundo cuadro del acto segundo; y en la escasa del perdón en el último.

Riqueza orquestal, colorido, grandiosidad, en el concertante; típico sabor en todo el primer cuadro del segundo acto, y en el intermedio.

Y ¿qué sigue? Para dejarnos satisfechos nosotros mismos habríamos de continuar enumerando uno por uno todos los números de la copiosa partitura.

Hablemos del libreto, para el que enviarnos nuestro sincero aplauso.

Los señores Romero y Fernández Shaw, han estudiado profundamente la obra del féalx de los ingenios «Peribáñez y el Comendador de Ocaña». Y a nuestro juicio han puesto amoroso cuidado en la adaptación a las exigencias de las proporciones de un libro de zarzuela. La comedia lírico-dramática del gran Lopez ha sido respetuosamente tratada, por quienes ya fuesen ejecutoria de maestros en estas lides.

El movimiento escénico, las escenas de conjunto están tan admirablemente trazadas como vivo es el retrato de los principales personajes de la obra.

Peribáñez tiene todo el recto temple del alma castellana que le infundiera su glorioso creador; Casilda, enamorada sincera, mujer honrada, espíritu de labradora educada en el santo temor de Dios; don Fadrique es el señor feudal de horca y cuchillo que sin olvidarse nunca de su superior condición, quiere lograr un amor sincero que en su pecho brotó, sin olvidar los caminos por los que era dable discurrir a tan grandes señores.

El judío es un personaje justo, admirable; está pintada con los más reales colores toda la sagaz hipocresía que a su raza se atribuye.

La acción en la obra es definitiva; es, por decirlo con frase gráfica, la mecha que hace estallar el volcán de los celos en el pecho enamorado del esposo cariñoso y amante.

Naturalmente los coros y la comparsa, personajes auxiliares, muy pocos, sirven muy bien la trama mixtificada de «Peribáñez y el Comendador de Ocaña», refundida por obra y gracia de los indicados autores para lograr «La villana».

Al hablar de la interpretación, es preciso comenzar por la orquesta, ya que a ella está confiado el juego principal de la zarzuela.

Si a una orquesta incompleta (sobre todo mal equilibrada) se la hace ensayar y montar con toda celeridad una obra de estas proporciones artísticas, necesariamente su labor no puede recibir el fruto maduro que fuera de desear. Hemos de aplaudir a los profesores de la orquesta del Romea, cuanto supone de esfuerzo denodado, de interés grande en su empeño, hay en su labor, pero hemos de lamentar que la falta precisa de lo que indicamos, al principio del párrafo, hiciera que sólo por vagas conjeturas pudiéramos darnos cuenta de las bellezas que encierra esta hermosa obra musical.

Los cantantes tuvieron mas fortuna, y sin embargo hubo inadaptaiones a las condiciones vocales de cada uno en el reparto.

Todos ellos pusieron al servicio de «La villana» su valía artística, su mejor y más justo afán, y por ello no hemos de regatearles aplausos a que francamente se hicieron acreedores; en primer lugar Juanita Fabra, la de la preciosa voz y envidiables dotes de actriz; luego José Luis Lloret, siempre cantante enterado; bien el tenor señor Castro y admirable el bajo señor Arenas, así como discreto el señor Cuevas.

No nos dejaron satisfechos los intérpretes encargados de los papeles de Blasa y Roque, por la excesiva comicidad, rayana en chacarrería, que imprimieron a su labor.

Los coros afinados pero muy cortos de voces.

La presentación escénica verdaderamente fastuosa, riqueza de vestuario y decorado inusitada.

Y ahora unas últimas palabras sobre el éxito alcanzado por esta obra en Murcia.

Es indudable que no se trata de una de tantas zarzuelas, ni por lo tanto puede llegar a entusiasmar al público tan complejo de teatros. No obstante creemos que todos aquellos que supieran situarse en el justo plano, pudieron darse cuenta del valor real de «La villana», que al, ciertamente, no la aplaudida que debiera haber sido por parte del público del Romea, se debe, en la mayor parte, a que sus bellezas musicales no pudieron transparentarse claramente a través del velo, algo tupido, de las deficiencias anotadas.

Sin embargo hubo aplausos para los intérpretes y aún más para la obra, teniendo que alzarse el telón a la terminación de cada uno de los cuadros.

"El Tiempo" (Oleicante)
3-XI-927.

Monumental

«La Villana»

*«Más quiero yo a Peribañez
con su capa la pardilla,
que no a vos, comendador
con la vuesa guarnecida.»*

De éste cuarteto se deduce el argumento de la obra de Romero y Fernández Shaw para la que el maestro Vives ha escrito una bella partitura, interpretando admirablemente los tipos que los autores de la letra, llevaron a la escena con toda honradez y escrupulosidad.

La tragicomedia de Lope de Vega Peribañez y el Comendador de Ocaña sirvió de raíz para la confección de ésta obra que, con el lenguaje actual, pudiéramos calificar de obra «macho».

Vives, puso en ésta obra todo su entusiasmo de artista, y ha hecho un alarde de técnica musical, hasta el extremo de hacer una ópera mejor que una zarzuela, ya que los recitados son en escasísimo número.

¿Pero podemos decir que «La Villana» es una obra original? Nos otros no nos atrevemos a afirmarlo.

En la partitura hemos escuchado motivos oídos ya varias veces en nuestro teatro clásico y en nuestro buen teatro moderno. La partitura es soberbia desde el momento en que se ha vertido en ella todo el caudal del pentagrama en su abundante variedad de matices, lo que denota un trabajo impropio. Pero Vives, en su afán de exponer en la obra toda la fauna y la flor del arte musical, ha incurrido en detalles sensibles que hacen desmerecer un tanto su labor, abusando con frecuencia de las escalas naturales y del campanólogo cuyo efecto se repite hasta la terquedad.

No obstante, «La Villana» es una gran obra, grandeza que no llegó al apogeo porque los artistas, a pesar de esforzarse en sus respectivos papeles, no consigieron su perfeccionamiento.

El señor Llorente, nos hubiera gustado más con menos énfasis, más vocalización y semitonando menos. Su papel de Peribañez, el marido ofendido que venga a su esposa ultrajada matando a don Fabrique, es un papel difícil.

Las señoritas Fabra, López y señora Galindo, discretas, como también los señores León, Arenas y Castro.

Los coros, bastante bien; la orquesta floja y la presentación escrupulosa,

En conjunto, y salvando pequeños detalles, una obra de las pocas que se escriben en estos tiempos.

Juan Rafael

"La voz" 11-XI-927

«EL CASERIO» Y «LA VILLANA», EN TOLEDO

Con un éxito definitivo ha debutado en Toledo la compañía del señor Martínez Penas. La notable compañía representó el día de su presentación la gran zarzuela El caserío, interpretada por la Fabra y José Luis Lloret, el gran barítono, que estrenó la obra en la Zarzuela.

Anoche estrenaron La villana, que alcanzó un éxito rotundo, sobresaliendo, con la Fabra y Lloret, el tenor Castro. Al estreno de La villana asistieron los autores del libro, Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw.

Para esta noche está anunciada El huésped del Sevillano, con asistencia del maestro Guerrero.

TEATROS Y CINES

BRETON

Las funciones dadas el domingo por la Compañía Lírica Nacional que actúa en el Bretón se vieron muy favorecidas del público que, especialmente en la de tarde, llenó el coliseo.

Se hizo «El Caserío», la magnífica zarzuela del maestro Guridi que cada vez gusta más y se hizo muy bien, pues se repitieron casi todos los números.

Juanita Fabra cantó muy bien su partícula «completan», pues es la primera vez que hemos oído la canción del tercer acto. José Luis Lloret, como otras veces, se hizo acreedor a los aplausos del público, que merecieron compartir Angel de León, Ramona Galindo y Eladio Cuevas.

Ayer se despidió la Compañía con el estreno de «La Villana», libro de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw y música del maestro Vives.

Se registraron dos grandes entradas. La «letra» basada en la tragicomedia de Lope «Peribáñez», está bien. Algunas «tiradas» de versos se aplaudieron mucho. El libro se ha adaptado con acierto a la zarzuela.

La música, que ya saben ustedes que ha sido extraordinariamente alabada por la crítica de Madrid, es, a nuestro juicio, una buena partitura, en la que abundan las glosas de motivos populares. No es cosa nueva que el autor de Bohemios y de «Doña Fran-

cisquita» sabe hacer música, y esto se pone de manifiesto una vez más con lo de «La Villana». Sin embargo, fuerza es consignar que al público no le «llenó» y que no sonaron aplausos sino al final de los actos, y no ciertamente muy calurosos. No nos extraña. Sin aquilatar exactamente los méritos de la partitura—nos falta para ello autoridad; lo que modestamente reconocemos—se nos alcanza que en la mezcla «zarzuelera» se ha cargado a la mano en la música, tanto que con unas frases musicales más podría convertirse en una ópera. Por otra parte, no hay números sueltos pegadizos para que se luzcan los cantantes y salgan tarareándolos los espectadores; es una música muy orquestada, compacta, sin melodías fáciles, y de ahí que no sea obra de gran público y que requiera varias audiciones para ir se enterando. Lo que sí se advierte aun en este primer y somero examen es que la frase musical está de ordinario ajustada a lo que expresa la letra y en este sentido merece especial mención el dúo de barítono y bajo del acto segundo. Quede, pues, sentado que la obra nos gustó, pero que parece que al público no le satisfizo del todo.

La ejecución fué buena. Cantaron muy bien la señorita Fabra, el barítono Lloret y el bajo Arenas y discretamente también, el tenor Castro. La señora Galindo, la señorita López, Angel de León y el tenor cómico Cuevas merecen asimismo especial mención.

Su presentación, excelente.

La orquesta, bien, aunque la música de «La Villana» necesita un conjunto más nutrido.

«La voz de Guenda» 14 - XI - 927

LA VILLANA

Momentáneamente, porque diversas ocupaciones han requerido mi atención, absorbiendo todas mis actividades, he tenido que interrumpir bien a mi pesar mi modesto trabajo en este semanario, trabajo que desde este momento quedará reducido a la colaboración, ya que hoy día la marcha de esa, el desempeño de mi cargo, etc., me impiden tomar parte activa en la forma y amplitud que quisiera y a la que verdaderamente me creo obligado por las inmerecidas atenciones que conmigo han tenido mis estimados y competentes compañeros de redacción así como a los lectores en general por la benevolencia y favorable acogida que a mi indocta pluma han dispensado.

Una vez trazados a modo de despedida las líneas que antecedían, paso a ocuparme del último gran éxito del ilustre Vives, su última producción «La Villana». Al hacerlo, claramente comprendo que no es mi torpe pluma la más galana, la más erudita ni la más apropiada para emitir un juicio exacto acerca de esta gran obra lírica contemporánea, llévame y me alienta a ello el entusiasmo y admiración que los refinados a l a r d e s del pentágram-despiertan por la fuerza del sentimiento y el maravilloso arte de su expresión. Arte únicamente reservado a maestros que en el mundo lírico tanto se han distinguido por sus doctas y brillantísimas producciones, como este genial Vives.

Los autores del libro, Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, de los que puede decirse con notoria justicia que cuentan los éxitos por producciones, el mejor elogio que de ellos puede hacerse es que el libro está a la altura de la partitura ya que ha tenido como en otra e inolvidable obra el indiscutible acierto de tomar un afortunado drama del inmortal Lope de Vega que lleva por título «Peribáñez y el Comendador de Ocaña» y en la que como dice en la canción de las joyas David, un viejo judío:

El hijo de Israel, porque es abuelo, conoce de los hombres la flaqueza que por nna mujer pierden el cielo si se lo piden labios de cereza.....

Así, en el acto primero, Peribáñez, un hacendado labriego contrae matrimonio con Casilda, una encantadora labriega; durante la ceremonia un toro hiere a D. Fadrique, comendador de Ocaña, que es conducido a casa del nuevo matrimonio y solícitamente atendido por Casilda, quedando prendado de la peregrina belleza de la joven labradora, D. Fadrique comprende lo insano de su pasión, lamentándose de ello exclama:

.....Amo a Casilda.....la quiero con amor de caballero..... y al mundo en honrada lid se la hubiera disputado para hacerla mi mujer. Mas ¡ay! que tarde he llegado. No mereció mi poder lo que un plebeyo ha logrado.

..., la continuación de la obra el transcurso de los diferentes actos claramente se vislumbra en

la escena final que se desarrolla en una plazuela de Toledo en que se halla la catedral, escena que gustosamente transcribimos íntegra:

(Ábrese la gran puerta del templo. Los ballesteros se forman a un lado. Las gentes en el opuesto. Sale la procesión. Aparece luego el rey. Después viene la imagen de la Virgen sobre andas. Peribañez y Casilda se interponen descubriéndose él y arrojándose ella.)

Per. ¡Señor!
 Coro. ¡Quién osa acercarse con brios al rey!
 Cas. ¡Piedad!
 Rey. ¿Quién sois?
 Per. Dos villanos que te han mester.
 Coro. Pararon el curso de la procesión.
 Per. ¡Lo mismo parara la marcha del sol!
 ¡Yo fui el asesino del Comendador!
 Rey. ¡Prendedle!
 Coro. ¡Qué muera!
 Cas. ¡Piedad!
 Bal. ¡Compasión!
 Rey. ¡Prendedle!
 Coro. ¡Matadlo!
 Bal. ¡Oidle, señor!
 Rey. ¿Por qué mis soldados desoyen mi voz?
 Per. ¡Señor porque todos me dan su perdón!
 Bal. Porque es Peribañez.
 ¡Oidle, señor!
 Per. Señor, aunque villano, tengo sangre cristiana y aunque humilde y labriego llevé una vida honrada, y casé con mujer honrada y buena aunque también villana.
 Don Fadrique era mozo y al verla dió en amarla; por manos de tercero regalos la enviaba y, ausente ausente, yo buscando a mi Casilda de noche entré en mi casa como ella es virtuosa, no prosperó su traza.
 Me quiso hacer soldado y me ciñó esta espada, para que con apuestos caballeros saliera yo de Ocaña.
 Salí, pero pensando que la ocasión buscaba para pisar mi honra, volví de noche a casa allí encontré a mi pobre mujer acorralada, como cordera simple del lobo entre las garras.
 Llegué, le vi, ¡mis ojos le vieron! y esta espada que él me diera, señor, para servirte.
 se la hundi en las entrañas
 ¡Ah, como dejó entonces a la cordera blanca!
 Señor, si mi cabeza ha sido pregonada para que la justicia

se pueda hacer, tomadla.

Y dad los mil escudos a esta pobre villana...

Es mi mujer... La quise, señor, con vida y alma.

Hacedle la merced, cuando yo muera,

de vuestra protección.

¡Para mí la justicia y para ella el perdón!

¡Piedad! ¡Piedad!

¡Perdón!

Te dice la verdad.

Es un hombre de bien.

¡Piedad, señor, piedad!

¡También los villanos entienden de honor!

¡También los humildes defienden su amor!

¡Villano: te perdono!

¡Viva el rey!

La gracia que me pides

justicia ha sido en ley.

Y quiero que ese acero

que yo otra vez te doy

en defender tu honor y el

de mis armas

lo empieces desde hoy.

Enrique el justiciero

le otérga su perdón.

¡Señor!

¡Señor!

Ya puede

seguir la procesión.

(Se reanuda la marcha de la procesión mientras el telón va cayendo lentamente).

Y así termina esta magna obra que reúne cualidades excepcionales para no pasar inadvertida por mi profana pluma y en la que no se sabe qué admirar más, si la fácil y agradable versificación de los competentes autores, la hermosa e ideal concepción del legendario Peribañez o la fecunda musa, viva, inspirada, ardiente, de este siempre insuperable, siempre distinto, siempre vario, maestro de instrumentación y de incomparables acordes que llenan tanto a él como a su patria, de un legítimo y extenso tributo de homenaje y gloria.

Angel Martínez Lejeune

Logroño, Octubre 1927

TEATRO del PRÍNCIPE

Teléfono 1-12-47

San Sebastian

Actuación de la Compañía de MARTÍNEZ PENAS del Teatro Lírico Nacional
Procedente del Teatro de la Zarzuela, de Madrid

Dirigida por el primer actor **ANGEL DE LEON**
Maestros directores y concertadores
Santiago Sabina, Rafael López y Moreno Pavón

Viernes 9 de Diciembre de 1927

TARDE: A las 6 en punto

NOCHE: A las 10 y cuarto en punto

¡¡Acontecimiento lírico!!

¡Sensacional ESTRENO!

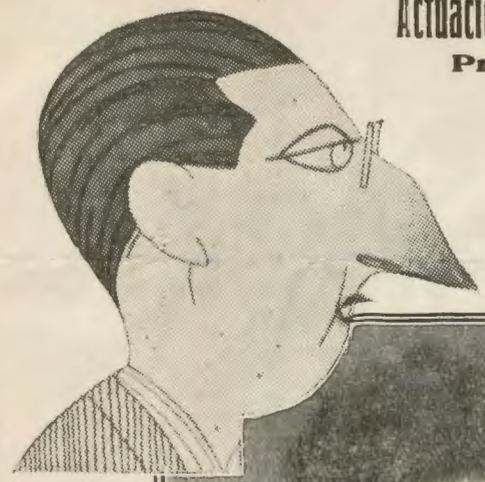
LA VILLANA

Zarzuela en tres actos, divididos
en siete cuadros, basada en la
tragicomedia de **LOPE DE VEGA**

'PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA'

ÉPOCA: Principios del si-
glo xv. LA ACCIÓN del
último cuadro en Toledo;
la de los anteriores

en Ocaña



**Autores
de la letra:**

**Romero
y
Fernández
Shaw**

**Compo-
sitor:**

**Amadeo
Vives**

DECORADOS: López y Muñoz **ATREZZO:** Vázquez Herm.ºs **SASTRERÍA:** Casa Peris

**Presentación nunca vista, habiendo costado
el montaje de esta obra, 50.000 pesetas.**

REPARTO.—Casilda, señorita Fabra; Juana Antonia, señorita López; Blasa, señora Galindo; Peribáñez, señor Lloré; Don Fadrique, señor Castro; David, señor Arenas; Roque, señor León; Olmedo, señor Cuevas; Miguel Angel, señor Hernández; Chaparro, señor Pros; El Rey, señor Arenas; El Licenciado, señor Daina; Quintanilla, señor Lozano; Un Mayoral, señor Ritoré; Garcés, señor Gaytán; Paredes, señor Ritoré; Pregonero, señor Fabra; Gañán 1.º, señor Salvador; Gañán 2.º, señor Ritoré; Gañán 3.º, señor Bazo.

Labradores y labradoras acomodadas, segadores, trilladores, espigadores, caballeros y damas de la Corte de Enrique III, heraldos, soldados del Rey, ballesteros, oficianes de la procesión y gente del pueblo de Toledo.

PRECIOS de las localidades (Incluidos los impuestos)		Tarde y noche
		Plas.
Palcos Plateas de 7 asientos		45,00
Palcos Principales con 5 asientos		55,00
Id. Proscenios 5 id.		55,00
Id. Principales 4 id.		28,00
Butacas...		7,00
Butaca de Palco, delantera		6,00
Id. id. fila 1.ª y 2.ª		5,00
Butaca Anfiteatro, delantera		4,00
Butaca de Anfiteatro		3,00
Delantera de Galería		3,00
Galería numerada		2,25
Galería sin numerar		1,50

El Domingo: **CARLOS MARQUEL FERNANDEZ-SHAW**
TRES GRANDIOSAS FUNCIONES
— Y —
DESPEDIDA DE LA COMPAÑÍA

TEATRO del PRÍNCIPE

San Sebastián
Teléfono 1-12.47

Del 6 al 11 de Diciembre de 1927 * Arte Clásico Español * Obras maestras de la Clásica Zarzuela Española

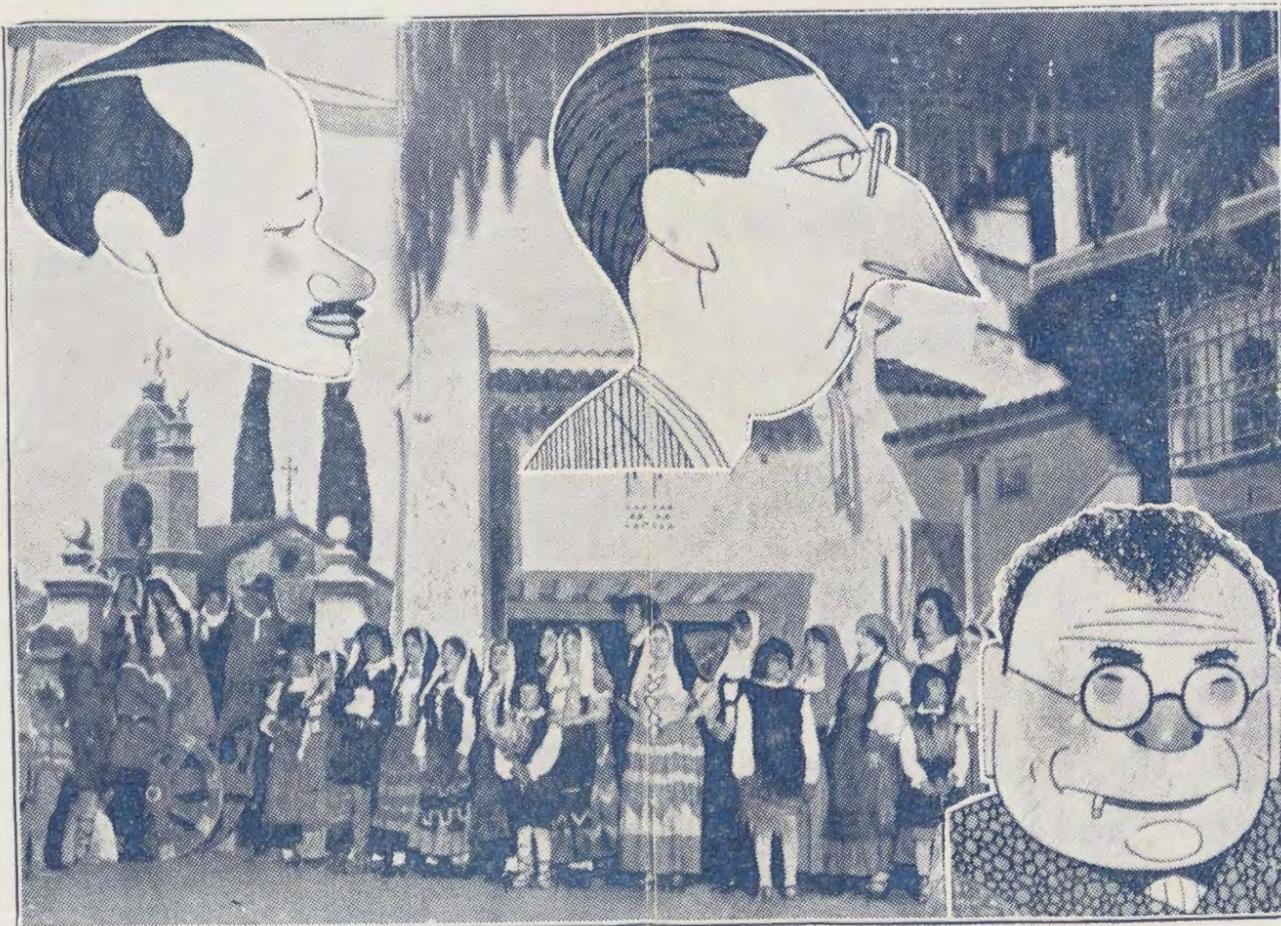
LA BRUJA

EL REY QUE RABIÓ

DOÑA FRANCISQUITA

EL BARBERILLO

DE LAVAPIES



JUGAR CON FUEGO

MARUXA

LA TEMPESTAD

MARINA

«La llegada de la villana para la boda», una de las más bellas escenas de LA VILLANA y los señores Fernández Shaw, Romero y Vives—certestamente vistos por «Sirio»— libretistas y compositor, respectivamente, de

LA VILLANA

el acierto más completo del glorioso compositor

Amadeo VIVES =

— La zarzuela cumbre de estos últimos años

por la GRAN COMPAÑIA DE ZARZUELA de MARTÍNEZ PENAS del TEATRO LÍRICO NACIONAL

¡MÚSICA ESPAÑOLA!

CHAPÍ
 BARBIERI 
 ARRIETA 
 BRETON
 VIVES

LA CLÁSICA Y CASTIZA ZARZUELA ESPAÑOLA

«La mujer de Peribáñez
 hermosa es a maravilla;
 el comendador de Ocaña
 de amores la requería.
 La mujer es virtuosa,
 cuanto hermosa y cuanto linda.
 Mientras Pedro está en Toledo
 desta suerte respondía:
 Más quiero yo a Peribáñez
 con su capa la pardilla,
 que no a vos, comendador,
 con la vuesa guarnecida.»

Para las representaciones de «JUGAR CON FUEGO» y «LA BRUJA»,
 que tendrán lugar el Martes próximo, día del DEBUT de la Compañía,
 y para el ESTRENO de «LA VILLANA», que se celebrará tarde y noche
 el Viernes, en taquilla se admiten pedidos de localidades.

TIP. LA VOZ DE GUIPÚZCOA

"El Pueblo Vasco"
(San Sebastián)
10-XII-927

"La voz de Guipúzcoa"
(San Sebastián)
10-XII-927

En el Teatro del Príncipe

—
"La villana". Libro de los señores
Fernández Shaw y Romero. Música
del maestro Amadeo Vives :—

Aseguran los muy metidos en el mundillo teatral que el maestro Vives, picado por el éxito de Guridi, se ha superado en "La villana" escribiendo una partitura, que si no en todas sus partes, en la mayoría parece estar escrita para más alta empresa

Nada recuerda en ella a nuestras viejas zarzuelas. Hasta del indispensable tenor cómico han hecho buena ausencia, no obstante estar basada "La villana" en una clásica tragicomedia de Lope de Vega. Libro y músico se completan; parecen una misma cosa. Cuanto acontece en la escena, bellamente lo recoge la orquesta, lo esparce, frase por frase, dándoles a cada una bien el color o el sentimiento apropiado. Y esta cualidad, que constituye el principal mérito de la partitura, su mejor y más ponderado encanto, deliberadamente, sin duda alguna, hizo que el maestro huyera de todo efectismo, de toda concesión, con la que le hubiera sido fácil arrancar aplausos, entusiasmar a la concurrencia; pero fiel a la intención y matiz, de él no se aparta ni un sólo momento.

No es, por tanto, "La villana" una zarzuela más. "La villana" no se parece a ninguna otra ni en sus procedimientos ni en su honradez. Una honradez poco corriente en nuestro momento teatral, tan diestramente armonizado con la taquilla.

Nada de cuanto dejamos expuesto llegó a producir en nuestro público la sensación que se esperaba. Oyó toda la obra con gran respeto y hasta la aplaudió al final de todos sus cuadros y actos; pero sin entusiasmo. Sin embargo, la obra tiene muchas bellezas, y algunas, como el dúo del primer acto, de una exquisita concepción y armonía. La orquestación acaso sea la mejor de las que ha hecho Vives. Sólo algunos temas, aunque muy bien tratados, carecen de absoluta originalidad. Asimismo, para que no pueda tachársenos de parciales, agregaremos que la música, en determinadas particellas, carece del ponderado interés que fuera de deseor. Y desde luego, el público, con el recuerdo inmediato de "Doña Francisquita" y la memoria siempre fresca de "Los músicos" y tantas obras del ilustre autor, esperaba una partitura más leve y graciosa, en consonancia con lo que el género exige. El maestro se ha salido del género; y el público salió ayer ocultando su fastidio entre respetos y hasta elogios.

"La villana" ofrece dificultades de interpretación que todos supieron salvar con plausible acierto, comenzando por la orquesta, que estuvo bien.

De los cantantes, la señorita Fabra y Lloret se distinguieron principalmente. El tenor señor Castro salió más que airoso de su difícil cometido.

Emilio Ferrer, en el dibujo de los trajes, ha tenido un verdadero acierto, que le acredita de excelente dibujante, fácil y bien enterado. — L. A.

Escenarios donostiarra

En el Príncipe

EL ESTRENO DE "LA VILLANA"

La hora avanzada en que terminó la función de la noche (muy cerca de las dos de la madrugada) nos obliga a ser rápidos y concisos en el juicio que nos ha merecido la última producción de Amadeo Vives, estrenada ayer en el teatro del Príncipe, producción que había despertado expectación en el público.

El silencio que dominó en la representación de la noche es un título para Vives. Nadie se atrevió a apagar las últimas notas de los números con protestas. Los aplausos que se escucharon fueron francos, sinceros, mucho más valiosos que las ovaciones cerradas que obligan a repetir ciertos números de música zarzuelera de música pegadiza, ramplona. Y ese silencio del público en muchas ocasiones es título que pueda enorgullecer a Vives, porque manifestó su superioridad sobre todos los demás autores contemporáneos que se dedican a escribir música de zarzuela; ese silencio fué el reconocimiento tácito, por parte del público, del mérito contraído por el autor de la música de "La villana". ¿No gustó la obra? No lo sabemos... ¿No fué comprendida? Tampoco sabemos saberlo. Pero sí sabemos que el público, unánime, reconocía en sus comentarios que la partitura era superior a cuantas se han escrito en estos últimos tiempos.

Y no es de extrañar que el público piense así. "La villana" esconde las melodías en el tejido orquestal; rara vez sale la línea melódica y cuando surge es para esconderse rápidamente, como en un jugueteo continuo, que deja desconcertado al auditorio. Por eso nosotros fijamos toda la atención en la orquesta, y pudimos comprobar el trabajo enorme del maestro Vives para completar una partitura más digna de una ópera (aun por el asunto mismo) que de una zarzuela, esperada como si hubiera de ser una tanda de valse vieneses. Por eso mismo resultó árida a cierta parte del público, que, a pesar de todo, no tuvo otro remedio que reconocer una grandeza a la que no estaba acostumbrado.

"La villana" es una obra que ofrece amplio campo para lanzarse a los juicios analíticos y críticos en materia musical para los que a ello son aficionados; pero para los profanos para los que gustan oír música solamente, no es tan árida como parece. Nosotros recordamos "Doña Francisquita".

La presentación de la obra es excelente. Los actores, los coros y la orquesta pusieron todo de su parte para dar brillantez a la representación.

Esta es nuestra rápida impresión. "La villana" es, musicalmente, la obra cumbre de Vives. La más honrada, la más musical; es árida por eso mismo. Pero "La villana" merece un análisis un poco más detenido y al que no podemos entregarnos, porque el tiempo nos falta... Otra vez será.

"La Prensa" (San Sebastián) 10-X-27.

OPINIONES

¿QUÉ LE HA PARECIDO A USTED "LA VILLANA"?

Don Profano.—¡Bueno! Ustedes que son entendidos de música y que oyen a los instrumentos lo que yo no oigo si no me lo explican: ¿Qué les ha parecido "La Villana"? Es tan buena como decían y como dicen algunos, o es un "tostón"?

Don Musicófilo.—Le diré a usted: "La Villana" es una obra de fuste, un alarde de técnica que me ha convencido. Claro está que "La Villana" no es para digerirla así de pronto, menos si no posee cierta preparación...

Don Profano.—Estamos conformes con eso; pero es que yo vi ayer a un musicófilo que abandonaba la sala airado, como enfadado, en el segundo acto.

Don Musicófilo.—No era yo, porque yo soy de la otra cuerda.

Don Profano.—¿Cómo? ¿Es que entre los musicófilos hay también bandos?

Don Musicófilo.—En estos casos, sí. Existen los musicófilos que ni por equivocación encuentran nada bueno; todo es malo, es chabacano, arbitrario, qué sé yo, y existen los otros, como yo, que procuran buscar las bellezas que encierra una partitura y deja pasar el relleno cuando éste no llega a molestar...

Don Profano.—Pues yo recuerdo sus juicios sobre cierta partitura y no se mostraba usted muy amable con el autor.

Don Musicófilo.—¡Perdón! Yo no atacaba a la partitura, atacaba al autor porque creía entonces, y ahora estoy más convencido que nunca, que hizo mal descender como descendió de la altura en que aún le tengo. Precisamente...

Don Profano.—Ese "precisamente" va a parar a lo mismo que iba yo... Aquél descendió demasiado y éste ha subido...

Don Musicófilo.—No es que haya subido demasiado, es que los dos se han salido del cuadro que les corresponde. Amadeo Vives es un gran músico, sin disputa. Su valer musical no se le puede discutir. Pero Amadeo Vives creó una música digna, dignificó la zarzuela con música excelente, con una técnica sabia, pero siempre dentro de los límites de la zarzuela. Su música influyó mucho en la melomanía del pueblo, porque sus obras no eran sino una sucesión de melodías muy bien trazadas, dulces, agradables. Quiso hacer más y llegó "Doña Francisquita". Los profanos, al oírla por primera vez, torcieron el gesto, pero luego se sintieron atraídos, volvieron a oírla y ya usted vé hoy la aceptación que tiene esa obra a la que, por su música, dicen muchos que es "una cajita de bombones".

Don Profano.—A mí me ocurrió eso, pero no compare "Doña Francisquita" con "La Villana". En "Doña Francisquita" tiene usted romanzas y trozos de orquesta que le quedan en el oído y las recuerda, pero en "La Villana"... ¡De esa obra no se me ha quedado nada, absolutamente nada.

Don Musicófilo.—¡Ese, ese es el error de todos ustedes! Prefieren ustedes que en una escena del siglo XIV les ofrezcan la enormidad de un fox-trot, tomándoles el pelo de la manera más ignominiosa, porque se les pegue al oído, que una cosa sería, como tiene "La Villana", en que el maestro Vives nos ofrece trozos de música polifónica y un trozo de música hebraica, del más puro salmismo que a poco produce la protesta del público... Eso hacen ustedes, despreciar lo que revela un trabajo de busca en los archivos, una preparación firme, y admitir al primer tráfago que con unos "tararis" inoportunos hacen dormir al cerebro.

Don Profano.—¡Pero es que va a pretender usted que acuda yo al teatro para instruirme? ¡Yo voy a pasar el rato!

Don Musicófilo.—Muy bien, muy bonito! Así es que usted cree que la cultura es incompatible con un buen rato! Pues sepa usted que los que acudimos a las grandes manifestaciones de arte pasamos muy bien el rato saturando nuestro espíritu de bellezas que para ustedes son inmarcesibles. A usted, de chico, le debieron de gustar más las pedreas que los libros... ¡Zafios!

Don Profano.—¡Oiga usted! A mí no me insulta porque yo no sea uno de esos, como usted, que se pavonean con conocimientos musicales y con decir que es bueno lo que no entiende. Lo que pasa es que nosotros somos más sinceros que ustedes y cuando entendemos una cosa nos callamos y cuando nos parece mala la protestamos. ¡Nos ha fatiado el Beethoven éste!

Don Nadie.—¡Por favor, señores! No hagan ustedes de la música motivo de disputa; no se rebajen ustedes. Usted, como musicófilo, debe explicar y convencer; usted, como profano, debe escuchar a quien, si quiera sea por la costumbre de oír mucha música, tiene derecho a que se le reconozcan algunos méritos, cierta superioridad, en este caso concreto, sobre usted. Porque, al fin y a la postre, la música no es más que acostumbrar el oído a la combinación de sonidos. Yo creo que Don Musicófilo tiene razón y usted mismo se la ha dado antes. ¡No dice usted que "Doña Francisquita" la encontró arida la primera vez que la oyó, y que ahora le gusta mucho? Eso quiere decir que ha acostumbrado su oído a las complicaciones musicales y que se ha culturado usted. No podrá analizar una obra, no podrá señalar el trabajo de composición ni, seguramente, señalar defectos en la partitura porque no está preparado. Pero lo cierto es que ha pasado el rato agradablemente oyendo "Doña Francisquita" y que se ha culturado. Si todos los autores españoles tuvieran consciencia de su deber, de ese deber moral que tienen quienes emprenden una labor educadora, no le quepa a usted la menor duda de que usted y todos los profanos hubieran enten-

dido "La Villana". Hubieran discutido tal o cual pasaje, hubieran realizado una labor de crítica, de la que nadie se salva, pero no se oíría esa confesión que me sonroja un poco cuando dicen ustedes que no quieren hacer trabajar al cerebro. Los que no piensan, los que no desmenuzan cuanto escuchan no pueden disfrutar; son como los niños pequeñitos que se duermen al oír cantar el "naná". Usted conoce "Curro Vargas", de Chapí; sé que es usted un gran aficionado al teatro, a pesar de su confesión. Pues cuando se estrenó esa obra no crea que la recibieron todos con palmas. Claro que se impulsó la música, que entonces era algo nuevo; pero se discutió en la misma forma que ahora. Lo que sucede es que ustedes, los que son profanos porque quieren, porque van al teatro a pasar el rato sin hacer trabajar al cerebro lo más mínimo, han quedado detenidos en un punto en tanto que la música ha seguido avanzando a pasos gigantados. Dígame ahora si los que entonces ponían reparos a la obra de Chapí no van a ponerlos a esta de Vives, que se sale por completo del marco que él mismo había fabricado con sus obras anteriores. Porque Don Musicófilo tiene razón al decir que se ha salido del cuadro. Ha escrito "Bohemios", "Maruxa", "Doña Francisquita"; antes que ellas "La balada de la luz", obras todas que son una concatenación de melodías. El público estaba acostumbrado a una música de Vives y se ha visto defraudado al oír "La Villana". Y tal impresión le ha producido que no se ha dado cuenta de que en esta obra también tiene motivos musicales que se pegan, que se han de pegar.

Por ejemplo: ¿Cree usted, si recuerda, que el motivo del coro primero de la obra, cuando sube el telón, con un tiempo de sardaña, no es como para cantarlo en seguida. La romanza al vino, del barítono, inicia ya el nuevo procedimiento de Vives con modulaciones duras, pero que es asequible.

Y el coro de salutación del barítono, que ayer fué aplaudido, es de música bien pegadiza...

Don Profano.—Sí, recuerdo y reconozco, pero no es lo mismo.

Don Nadie.—No es lo mismo ahora que cuando la oiga dos o tres veces y fije usted la atención. Comprendo que no se pegue la música del dúo del tenor y la tiple, cuya línea melódica la forma una diatónica con un intervalo de tercera disminuida descendente, repetida por los dos cantantes, pero no es que no se comprenda. Para el iniciado es esa parte un desahado de purismo clásico. Y tiene usted el dúo del tenor y el barítono, en el primer acto también, construido sobre una manchega que va terminando con unas semicadencias gregorianas que comenta la orquesta admirablemente. Y el dúo de la tiple y el barítono, también en seguidilla

preciosista con intervenciones de flauta de un gran efecto...

Don Profano.—Aquí está, que usted y don Musicófilo entenderán, ¿pero los que no entendemos?

Don Nadie.—No diga usted eso, que todos hemos empezado por no entender nada! Lo que hace falta es fijarse para descubrir las bellezas que una partitura contiene. Ustedes no las descubren porque no quieren. ¿Quiere usted decirme qué le pareció la romanza del tenor del final del primer acto? Pues es un tema fácil, muy fácil que si no me equivoco no ha bajado de las costas del Norte de España más que hasta la partitura de Vives.

Don Profano.—Pues no recuerdo.

Don Nadie.—Como no recordará mil cosas. Ni la romanza de la tiple en el segundo acto: "La capa de paño parda..." Eso no es difícil y es bien español y bien lindo...

Don Profano.—Eso ya lo recuerdo, es verdad; pero lo que viene luego es horroroso. Aquella intervención del bajo desentonando de una manera loca...

Don Nadie.—Tiene usted razón en parte. Vives ni ningún actor tiene derecho a condenar a un cantante a ese suplicio... Esa página tan horrorosa es una de las cosas más interesantes que tiene "La Villana", porque es como un descubrimiento arqueológico. Vives ha encontrado una salmodia hebrea del siglo xv o del xvi, de donde se ha tomado algo del canto gregoriano con sus vocalizaciones a modo de cadencias. Para destacar más el contraste, Vives ha trabajado la orquesta en contraposición tonal y ofrece esos saltos de tono que dejan vendido al cantante, que no encuentra apoyo en la orquesta hasta que ha terminado la frase... cuando no se ha colado y ha desentonado de verdad. Ayer, el bajo Arenas demostró lo que vale. Esa parte, que tan poco puede gustar y que teatralmente no tiene valor alguno porque no se le puede conceder, es la más difícil que hay en la obra, ¡y cuidado que los cantantes se han encontrado un hueso difícil de roer!

Don Profano.—Eso mismo quería decir yo. No se encuentra una romanza, una melodía que pueda cantarse. Todo son saltos arriba y abajo y no hay quien siga eso.

Don Nadie.—Es verdad. Vives ha querido hacer algo nuevo y lo ha conseguido a costa de su sacrificio. Sacrificio porque el trabajo ha sido duro, se vé; sacrificio porque no ganará mucho dinero con "La Villana", que requiere cantantes bien musicados, y sacrificio porque los públicos, a pesar de sus buenos deseos, no encuentran vibración alguna. Para la zarzuela es una obra demasiado técnica para mucha gente que exagera. Es técnica, desde luego, pero no tanto como para tomarla manía.

Don Profano.—Entonces, ¿usted cree que "La Villana" vale?

Don Nadie.—Sí, lo creo con toda sinceridad. No todo en ella es bueno; hay momentos en que se desvanece toda inspiración y no se vé la técnica. Son lagunas que revelan la desorientación del compositor, el cansancio más bien, y se vé claramente en lo que hacen los cantantes y lo que hace la orquesta. En escena y en el foso parece que la fatiga ha ganado a todos, y ésto es que el autor no ha podido disimular la suya...

Don Profano.—Además hay motivos

demasiado cargados, pesados. Por ejemplo, el de los clarines...

Don Nadie.—También estoy en eso. Vives se ha fijado, seguramente, en el juego de clarines de "El caballero de la rosa", de Strauss; y ha querido hacer lo mismo; pero Strauss encontró tema fácil y lo consiguió con toda sencillez y mucha más brillantez.

Don Profano.—Lo que observé fué que la obra no tiene ningún número cómico.

Don Nadie.—¡Si que lo hay! En el primer cuadro del acto segundo tiene usted el número del judío y los viejos, muy bonito, muy bien hecho y que fué aplaudido.

Don Musicófilo.—Pero lo que yo digo y sostengo es que "La Villana" es la producción mejor de Vives. Orquestalmente, es algo grande y observé que tiene una marcada tendencia al modernismo.

Don Nadie.—¡Qué sé yo! Amadeo Vives no es de los músicos que pueden lanzarse por caminos que otros mucho más jóvenes que él han emprendido. Hay modernidad en el procedimiento, pero no es de ese ultramodernismo que quiere abrirse camino ahora. "La Villana" tiene, es verdad, una orquestación nueva para Vives, pero no nueva en absoluto. Emplea la sordina y el pizzicato como en ninguna otra obra; el contrapunto está muy bien trabajado, pero no siempre, porque se notan muchas lagunas que rellena con el procedimiento antiguo. Es decir, que sigue, en parte, la escuela de los modernos franceses, si modernos pueden continuar llamándose Debussy, cuya escuela ya practicó en "Doña Francisquita", en un corto pasaje, como en "La Villana". Lo interesante de Vives en sus obras es que ha ido progresando, haciendo progresar al público. Vives, que es un excelente músico, es también un poseído de amor propio. Recuérdese toda su obra paso a paso y se verá que siempre ha coincidido con un estreno de fuerza y de otro autor. Por eso produce como produce. Además tiene otra virtud: la de que contribuye al resurgimiento de la música española. Scarlatti, traído de Italia por la reina Isabel de Farnesio, esposa de Felipe V, fué el culpable de que no continuara la obra emprendida en el siglo xvi por Luis de Victoria y otros músicos. Se abrió la laguna para la música española, que dejó dormida la escuela impuesta por Scarlatti, y así hemos tenido cerca de dos siglos en España que no ha producido nada. Vinieron después los zarzueleros que he citado y hubo un resurgimiento, pero nada valía aquel esfuerzo, del que poco ha quedado, hasta que han venido Albéniz, con música propia; Granados, que siguió su escuela, pero menos enjundioso; Manuel Falla y Joaquín Nin. Estos dos han desentrañado el "folk-lore" español y ahí tenemos a Nin que está realizando una obra de titán desempolvando los manuscritos de Mateo Albéniz, del Padre Antonio Soler y otros que reflejaban, con una técnica simplista, toda la música popular española, particularmente la castellana. Amadeo Vives, no me cabe la menor duda, ha ido a beber en las mismas fuentes, y así tenemos que en "La Villana" las seguidillas tienen un sabor clásico que nos da a conocer la verdadera manchega, con sus semicadencias. Claro es que todo esto está modernizado. Esto es lo mejor de Vives en "La Villana", y esto es lo que debe tenerse muy en cuenta.

Don Profano.—Pero el público de zarzuela...

Don Nadie.—Mire usted: el público de zarzuela es como el de ópera, que toma lo que le dan y lo recibe a gusto si es bueno. Lo de anoche, lo de ayer en el Príncipe es automático. El público calló, guardó un silencio respetuoso y esto honra al público y honra al autor. El público se declaró neutral y no aplaudió porque no le hacían vibrar la cuerda sensible, pero reconocía por instinto que lo que oía era algo grande, superior a sus fuerzas.

Don Musicófilo.—Según usted, "La Villana" es una obra perfecta.

Don Nadie.—¡Ni mucho menos! "La Villana" tiene algunas cosas muy buenas, muchas cosas buenas y alguna medianilla, sin ser mala. Lo mediano está amulado por lo bueno. Lo que pasa es que Vives ha caminado, quizás, un poquito de prisa, pero en general la obra es excelente. Un plato demasiado fuerte, pero bueno. Y tengo el convencimiento de que "La Villana" gustará mucho cuando la gente se percate de lo que contiene la partitura.

Don Profano.—Entonces...

Don Nadie.—Entonces y ahora hay que tener cuidado con todo. Si todos los compositores zarzueleros tuvieran el amor propio de Vives, el público se habría habituado, sabría distinguir... Pero, desgraciadamente, no es así. Los trimestres pesan mucho sobre la "inspiración" de muchos y obligan a discutir lo que no tiene discusión. "La Villana" está muy bien, muy bien, pero no es nada extraordinario. El público cree que sí porque no ha prestado toda la atención debida. Ya verán ustedes, a fin de cuentas, cómo dentro de algún tiempo "La Villana" es una zarzuela más en el repertorio de las compañías, y a su representación acudirá la gente como hoy acude a las representaciones de otras...

Por la transcripción,
SCHERZO.

"El Pueblo Vasco."

(Bilbao) 21-XI-927.

El maestro Vives en Bilbao

Hoy por la mañana es esperado en Bilbao el maestro Vives, que viene con objeto de asistir al estreno de su última obra "La Villana", que se verificará el próximo viernes en el Teatro de los Campos, ofreciendo con su presencia una demostración de cariño y simpatía al público de Bilbao.

Con este motivo, elementos intelectuales de Bilbao, se disponen a organizar en honor del ilustre compositor, un homenaje, que sea como un testimonio del afecto y la admiración que sienten por su obra en favor del arte lírico nacional.

"El Liberal"

(Bilbao)

26-XI-927

TEATROS

CAMPOS ELISEOS. — "La Villana"

Al día siguiente del estreno en Madrid de esta zarzuela de Vives publicó EL LIBERAL una referencia telefónica acerca de la impresión que la obra produjo en la Corte. La referencia era acertada y completa; casi nada nos queda que añadir a ella.

En efecto, como allí se decía, el maestro Vives ha compuesto una partitura para una ópera, más que para una zarzuela, de cuyos moldes, proporciones y pretensiones se ha salido por esta vez el indigne compositor. Por esto decía la crítica telefónica de referencia que, aun teniendo en cuenta que «La Villana» era el más honrado —y acaso, añadiendo yo, el más serio— esfuerzo de Vives, no conseguiría ver tan prestamente popularizados los temas de esta obra como los de «Doña Francisquita». En la obra que oímos anoche Vives se deja guiar por su propio instinto musical sin recurrir más que raramente a la musa popular; pero hay que reconocer que no en todos los momentos le guía la inspiración, lo que nada de extraño tiene, habida cuenta de la cantidad de música que ha escrito. En algunos momentos aparece impreciso, incoloro, como desorientado; no acude el tema o; si acude, no adquiere desarrollo ni solución. Pero, en cambio, cuando acierta lo hace con toda

la plenitud, con toda la brillantez y riqueza melódica, como en todo el primer acto, que es el más favorecido, a nuestro juicio, por la vena lírica del autor. Luego, en el transcurso de la extensa obra, hay, asimismo, muchas bellezas, y una de ellas, que no puede omitirse, el intermedio entre los dos últimos cuadros, hermosa página de música pastoril que hace pensar en los grandes músicos modernos, y la plegaria de Casilda, y otros números donde se manifiesta una vez más el compositor como un técnico prodigioso, un gran adaptador que conoce como pocos músicos españoles el secreto de la expresión musical y sabe acoplarla a las situaciones, según convenga, para producir la emoción sentimental que se proponga.

En resumen, para no alargar esta nota, ya que nos pronunciamos decididamente a favor de las cosas breves: Vives ha hecho una gran partitura; desde luego, excésiva para el género que llamamos «zarzuela». Excésiva en todos conceptos, por su cantidad y por su calidad. El público de la zarzuela está habituado a manjares más ligeros, más frívolos, romanzas sin complicaciones, que puedan tararearse a la salida del teatro. Pero de ningún estreno de gran ópera el público sabe silbando los «números». Quizá por esto mismo el de ayer se consideró algo decepcionado.

El libro está tomado y adaptado a las necesidades de la partitura, por cierto, con bastante fortuna, de la tragicomedia de Lope de Vega, titulada «Peribáñez y el Comendador de Ocaña», verdadera joya del teatro clásico español, donde a la pintura realista de una época y de unas costumbres se une la pasión y el reflejo del sentimiento del honor y de la caballerosidad de los villanos, de los labradores. Requerida de amores la mujer de Peribáñez, el labrador, por el comendador de Ocaña, que se vale de innobles medios para conquistar a la honesta labradora, Peribáñez se venga dando muerte al comendador, muerte que el rey Enrique III perdona, dando por buena la justicia del villano.

Poco espacio nos queda para dedicar a los cantantes. Diremos que sobre ellos pesó un trabajo abrumador, en el que se puso a prueba su resistencia y sus aptitudes. La señorita Fabra luchó con una parte que parecía estar escrita para contralto, y su mayor defensa está en el registro alto. Lloret, el barítono, como protagonista, cargó el mayor peso de la obra y lo soportó atrosamente. Castro fue el comendador, y dió, como sus compañeros, todo lo que pudo. Los demás, con papeles breves o secundarios, cumplieron.

La orquesta, muy completa, sonó muy bien.

La presentación de decorado (muy bello), de vestuario de la época, armas y demás «atrezzo», merece un gran elogio por la propiedad y riqueza que culmina en el último cuadro de «La Villana».—L.

"La Gaceta del Arte"
(Bilbao)

Sábado 26 de noviembre de 1927.

Por los teatros

«LA VILLANA». EN LOS CAMPOS

Mal andamos de tiempo y espacio, estos días, para la extensión de estos leves comentarios, y bien lo siento, porque iría muy bien a mis gustos y probado entusiasmo por la zarzuela española, loar con mayor amplitud que de ordinario la hermosa que, con el título de «La villana», firman los libretistas Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw y el maestro Vives, ayer estrenada en el Teatro Campos Elíceos.

En descargo de mi conciencia, permítaseme una ligera digresión, para limpiarme de la parte alícuota que me toca en el inesperado pedrusco que, desde un diario madrileño, nos ha lanzado a los revisteros bilbaínos el imponderable don Pedro Muñoz Seca, acaparador de retruécanos. A más de llamarnos «critiquillos», asegura que guardamos las críticas de los colegas madrileños, muy cuidadosamente, para luego aporrearle con los mismos argumentos que aquellos sulfurados compañeros, siempre que del retruacanista se trata. Yo no sé lo que harán mis cofrades de martirio revisteril—que martirio es, y no pequeño, aguantar por obligación todas las idioteces, y no son pocas, con que al cabo del año nos maltrata, a público y a críticos, el probe funcionario de la Comisaría de Seguros—; pero, por lo que a mi modesta persona hace, le juro en Dios y en mi ánima que así veo las revistas de los periódicos cortesanos como al Negus de Abisinia, en cuyo país pueda que, por no comprenderlas, fueran declaradas monumentos de arte las inauditas comedias de mi señor don Pedro.

No digo que no aprendiera, y de ello me holgara, confortando mi ánimo con las amargas verdades que allí dedican al gran Muñoz, al socaire de cada estreno suyo; pero el tiempo no da de sí para ello, amigo mío. Y por si fuera poco, todavía no hemos tomado bien las lecciones de «fusilamiento» en que, con motivo del estreno de «El sonámbulo», le declararon maestro supremo precisamente los diarios de la coronada villa.

Pero vayamos a «La villana». Es evidente que, en estas últimas temporadas, desde el estreno de «Doña Francisquita», la zarzuela, nuestro género lírico genuino, ha enriquecido su repertorio con piezas de un valor más que notable, excepcional, algunas de ellas. Empero, «La villana», por la perfección de libro, de unidad gradual, noble, digno y de interés creciente, como basado en una chispa de ingenio del inmortal Lope, y por la profunda inspiración de la partitura, tan melódica como nueva, sin una concesión a la galería ni una llamada al aplauso fácti, ha de disputarse la obra que mejor encarna la tradición del teatro lírico español, a través de la crisis en que se ha encontrado sumido.

El espectador se mostraba anoche sorprendido por la valentía con que el maestro ha roto hasta con moldes personales, que también Vives escribió música rezona y pegadiza, para inspirarse sólo en el empeño de que los números expresaran, en su sonoridad, los sentimientos registrados en la letra. Y con ese norte, los dúos amorosos, los dulcemente apasionados por responder a un legítimo deseo, como los ilegítimos del «Comendador de Ocaña», tienen brío y la fuerza que obliga a los cantantes a poner en juego la plenitud de sus facultades. No entiendo

gran cosa de lo que es música desentendida, pero afirmo que en no pocos pasajes de la obra, sobre todo en el dúo de barítono y tenor del primer acto y en el de barítono y bajo del segundo, que hizo desbordar el entusiasmo de la sala, no necesitaba conocer la letra para sentir la intensidad del significado pasional de las frases musicales.

«La villana» es obra de difícil juicio a primera vista. De seguro que sucesivas audiciones dan al aficionado la total posesión de sus bellezas. Por ello creo que el intermedio del tercer acto, el número de danzas del cuadro final y el concertante mismo que pone fin al acto segundo, serán mejor saboreados y comprendidos en la extensión de su ritmo, espléndida armonía y brillante orquestación, cuanto más escuchados.

La obra triunfó, y en el triunfo no cabe distinguir la parte del músico de la de los comediógrafos, porque a los tres corresponde legítimamente.

Aplauso y no regalando merece la interpretación, empezando por el señor Lloret, seguro de voz y de escena en su espinoso papel de «Peribáñez». La señorita Fabra, sugestiva y siempre delicada, muy dueña del canto y de la escena, el señor Castro, valiente y ajustado a la complicación de su personaje, el bajo señor Arenas, a pesar de la cortedad, pero bien aprovechada, de su intervención, la señorita López, la señora Galindo, los señores De León, Cuevas y Hernández, entre los restantes, se esmeraron y consiguieron que el público uniera las manos para llamar al proscenio al maestro Vives.

No faltó ni el propósito de que la zarzuela quedara servida, en vestuario y presentación, como exigía su importancia.

Dario de la PUENTE

"El Puellos varas" (Bilbao) 26-XI-27

Ayer en los Campos

Estreno de "La villana"

VIVES, GURIDI Y EL PUBLICO.—El maestro Vives, con quien tuvimos el gusto de conversar después del estreno de «La Villana», estaba satisfechísimo de la entusiasta acogida que el público había dispensado a su obra. Créame—nos decía—yo no esperaba un éxito como éste. Pensé que el público se había de mostrar más frío.

El autor de «Maruxa» reflejaba en su rostro la sinceridad de aquellas palabras, en las que palpaba su gratitud al público bilbaíno.

El maestro Guridi, que asistió al estreno de «La Villana», le oímos elogiar con gran calor esta obra. Vives—manifestaba el autor de «El caserío»—ha compuesto una partitura hermosísima, admirable por su perfecta unidad, y por su instrumentación acabada. También hizo juicios muy favorables del libreto, considerándole de gran emoción e interés, y de la labor de los intérpretes y orquesta, conducidos por la batuta expertísima del maestro Sabina.

"El artífice bilbaíno"
26 - noviembre 1927.

El auditorio, que llenaba por completo la sala de los Campos, recibió "La Villana" con marcado interés desde sus comienzos. Simpatizó desde luego con el libro, que representa escenas de bello colorido a través de una fábula interesante y movida. Aplaudió casi todos los números con efusión y algunos fueron rematados con ovaciones clamorosas. El maestro Vives fué reclamado al palco escénico repetidas veces a la terminación de los actos, y con especial entusiasmo en los finales de cuadro del acto segundo y en el último.

LA MUSICA.—El maestro Vives ha escrito una partitura extensa, quizás de las más nutridas de su obra total. Los parlamentos son tan breves que puede decirse que "La Villana" es una ópera entera y verdadera. La música de "La Villana" revela en todo momento un especial cuidado en su autor para sostener brillantemente la calidad de sus temas y motivos eentrales. De ahí que el público cayera en cuenta fácilmente en el esfuerzo que ello supone y redoblarla con más intensidad sus aplausos para premiar tan noble empeño. Vives no ha hecho la menor concesión—ya se entiende lo que quiere decir concesión en estos casos—al gran público. No lo ha querido, porque en su mano estaba haberlo hecho, aunque sea con picardía. Por eso su trabajo es más plausible.

¿Es otra "Doña Francisquita"? Huelga la comparación. "La Villana" tiene su personalidad, y no hay por que establecer parangones.

EL LIBRETO.—Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw han acertado una vez más al basarse en nuestro teatro clásico para construir sus libretos. "La Villana" es una refundición y arreglo meritisimo de la famosa tragicomedia de Lope de Vega "Peribáñez y el comendador de Ocaña". El asunto de recio ambiente castellano, es como un himno al amor conyugal, que ofrece al músico situaciones de positivo valor, las cuales no fueron, ciertamente, desaprovechadas por Amadeo Vives. La versificación primorosa del original se alía decorosamente con la labor honrada y cabal de los refundidores. Es la mejor alabanza para Fernández Shaw y Romero.

LA INTERPRETACION.—"La Villana" tiene mucho que cantar. Las "particellas" del barítono y del tenor—sobre todo—son harto comprometidas. José Luis Lloret cantó y dijo el simpático papel de Peribáñez con alientos extraordinarios. La señorita Fabra se mostró tan excelente cantante como buenisima actriz. A pesar de una molesta ronquera, nos demostró airosamente sus cualidades de triple de "primo cartello". El tenor Castro, a quien desde hace días le persigue una afonía, hizo cuanto pudo por revestir al odioso personaje de "Comendador" de toda su fuerza teatral, por lo que bien merece un aplauso. El bajo, señor Arenas, estuvo muy bien como actor y como cantante. También son dignos de una especial distinción la señora Galindo, la señorita López, el señor Cuevas—también acatarrado por este dichoso clima bilbaíno—y Angel León. Las segundas partes y coros, admirablemente así como la orquesta, sobre la que pesa una tarea descomunal. La presentación irreprochable. Sin que faltase un solo detalle.

ARTE Y ARTISTAS

"LA VILLANA"

El estreno de "La Villana" había despertado tal expectación que desde hace tres días se solicitaban localidades. El teatro se vió ayer a primera hora rebosante y la entrada en la segunda sección, colmó los deseos de la Empresa.

El ilustre compositor Amadeo Vives, hombre de gran cultura y fuerte puntal de la lírica española, vió en la obra de López de Vega, "Peribáñez y el Comendador de Ocaña" asunto para una buena zarzuela y comenzó a estudiarla y planearla inspirándose en los paisajes castellanos, en aquel ambiente campesino en que el *Fenix de los ingenios*, hace destacar el honor, la honrría de bien y la hidalguía hordamente exaltadas, con democrática orientación.

Encomendada la confección del libro a su gusto, a los expertos comediógrafos Romero y Fernández Shaw, éstos, siguiendo la trayectoria que veía el músico, han trazado un libro honrado y pulcro apartándose del original y sustituyendo alguna figura episódica, para dar más teatralidad a la obra y una supeditación que interesaba a la música. Lograda la zarzuela, se tituló "La Villana". A nuestro juicio, es una obra maestra, digna de todo elogio, por el libro y por la música, ambos engarzados en fino tejido artístico, sin preparados efectismos.

"La Villana", copiosa en música como una ópera, es más bien una comedia lírica de ponderado valor musical, que viene a romper, por esta vez, los moldes del género en boga con numeritos de ocasión.

De índole distinta de "Doña Francisquita", no hay en ella aquella música jugosa y amable. Aquí es más fundamentalmente sólida en todo momento.

No contamos con espacio para detallar. La música de Vives es campestre, de égloga, de romanticismo y amor; de vibrante ponderación dramática, exaltación de temas y cantos; concertante ampuloso y recio; sentida plegaria; un nocturno sinfónico de gran belleza y emoción; y todo ello, con moderna armonía y el colorido instrumental, siempre en situación con el libro.

Destacan un terceto hermoso, algo de misterio a lo Ducas; un "diálogo" de amor, y este es uno de los detalles que nos llevan a la apuntada calificación de comedia lírica. Como en "Doña Francisquita", parece el propósito de Vives que, cuando dos personas hablan o cantan, se escuchen una a la otra, lo que ocurre en buena lógica y destruye así ciertos convencionalismos operísticos.

Quizá esta obra es la mejor de Vives, aunque el público no encontrara el número asequible en la primera audición.

Los intérpretes, justo es confesarlo, en general, estuvieron sobrios. El tenor Castro luchó valientemente con la aguda tesitura de la obra; el barítono Lloret imprimió menos dramatismo del que debiera en los momentos necesarios, pero cantó con entusiasmo toda su parte. La señorita Fabra, con su clara dic-

ción, su emisión limpia y su agradable voz, dió mucha espiritualidad a la mujer amante de su honra y su marido. A todos les disculpa el natural temor del estreno de una obra de tamaña importancia, en Bilbao y con el autor a la vista.

La orquesta hizo un papel brillantísimo. No en vano tiene al frente al maestro Sabina, compositor y director de relevantes méritos.

El decorado, cual merecía el libro, clasicista. Agradaron algunos telones, verdaderos cuadros de paisaje castellano; y la sastrería, lujosa y bien servida.

El maestro Vives hubo de salir a recoger las ovaciones, merecidísimas, que el público bilbaíno tributó a su trabajo. P.H.

"ABC" 26-XI-1927

En provincias

Bilao 25. 9 noche. En el teatro de los Camis Eliseos, y por la compañía de zarzuela de Martínez Penas, con asistencia del autor, el ilustre músico Amadeo Vives, se estrenó hoy "La villana".
La obra, a pesar de algunas deficiencias de interpretación, gustó mucho.

"El Cantabrio" (Santander)

31 - diciembre 1927

Teatros y Salones

Teatro Pereda.

"LA VILLANA"

A escuchar la partitura de la última producción del maestro Vives—maestro de maestros—acudió ayer un público numeroso.

Nosotros quisiéramos que a la representación de hoy y a las sucesivas asistieran todavía muchos más espectadores, porque el ilustre compositor es de los que deber ser oídos para ser juzgados, y porque ni a su talento ni a sus obras, entre las que hay verdaderas joyas líricas, se les debe inferir la ofensa del enjuiciamiento por la impresión ajena.

Si esto conviene siempre, en el caso de "La Villana" es indispensable, por cuanto se pretende colocar sobre la obra la corona de laurel que ciñe la frente del autor, y esto es una irreverencia, además de ser una injusticia.

Viene, en efecto, "La Villana" a nuestra ciudad sahumada con el incienso de los botafumeiros manejados torpemente. Pero las esencias se han desvanecido al pasar la zarzuela por el escenario de nuestro coliseo, y nos-

otros, a quienes siempre repugnó formar en el coro de beduinos que va repitiendo las frases del divo, alzamos nuestra voz destemplada y ruda, que sólo responde a nuestra convicción personal, para desentonar del general concierto.

Bien está que a un prestigio nacional, como lo es el maestro Vives, se le guarden toda clase de consideraciones. Después de haber escrito "Doña Francisquita", aunque se equivoque muchas veces, será una gloria de la lírica española.

Lo que no está bien es que se le otorgue la infalibilidad.

Los hombres más grandes tienen sus errores, y tal vez los propios genios sean quienes yerren más. ¿Dejan de ser grandes o de ser genios por ello? De ninguna manera.

Tampoco está en el caso el maestro Vives de necesitar una mentira piadosa.

En pleno vigor su cerebro, fresca su inspiración, potente su facultad creadora, no agotado, por fortuna, físicamente, puede aún producir obras sanas y fuertes, destinadas a gozar una larga vida en la escena.

¿A qué, pues, engañarle y engañarnos?

Más vale decirle franca y lealmente la verdad, y la verdad es que el maestro Vives ha escrito para el público una obra que no ha llegado al público.

Y no se nos venga con el subterfugio de las minorías selectas. Si estas minorías selectas existieran realmente—que habría que probarlo—no se puede ir a buscarlas entre la muchedumbre heterogénea de un teatro.

Si a nadie se le ocurriría sacar a la calle los cuadros de un museo—esas joyas artísticas están allí para que va-

yan a admirarlas, a estudiarlas y a copiarlas los espectadores de selección—, del mismo modo no debe ocurrírsele a nadie llevar al teatro, cuyos ingresos se nutren con las mayorías, lo que sólo las minorías pueden comprender, ni es justo que paguen los más lo que sólo pueden entender los menos.

Vives ha escrito "La Villana", como escribió "Doña Francisquita" y todas sus obras, para el gran público. Lo que ha ocurrido es que en la última no ha tenido más que algunos aciertos y en las demás acertó plenamente.

Alguien dijo del eminente compositor que solía apuntar a un lado y dar en otro. La frase, muy gráfica, es bastante exacta.

Que esta vez el maestro Vives ha escrito la partitura más honrada, más sobria, más densa, y sin un solo efectismo ni un solo latiguillo, de toda su vida, es muy cierto. Que se ha preocupado de la orquestación como nunca, es indiscutible. Que ha logrado efectos de sonoridad originales, está fuera de duda. Pero que no hay melodías inspiradas—pretendiera o no pretendiera encontrarlas, no hace al caso— y que la obra entera es de un tono gris, es verdad también.

Con la misma honrada sinceridad con que hemos expuesto esta impresión propia, debemos reconocer que no disponemos de todos los elementos de juicio, porque nosotros, en nuestra calidad de espectadores, hemos visto la obra a través de una interpretación.

¿Deforma este espejo la imagen? Es posible que sí.

A un lado los méritos artísticos de los cantantes, que están al margen de este comentario, debemos advertir que las voces de los personajes principales no corresponden a las que exige la partitura.

En primer lugar, la particella de Casilda es de contralto y la ha cantado una tiple lírica. En segundo lugar, la particella de Peribáñez adolece de ambigüedad; pero como predominan las notas graves, no la pueden cantar todos los barítonos, y mucho menos aquellos cuya voz no alcance ampliamente ese registro.

Insistimos en que no entran en juego, al hacer nosotros esta indicación, los cantantes que aquí se han encargado de interpretar ambos personajes.

La señora Martín, una de las contraltos mejores que hemos oído, y que, justamente, reúne la cualidad de la enorme extensión de voz, exclusiva de las grandes contraltos (¿por qué no recordar a la Malibrán?), acaba de incorporarse a la compañía de Martínez Penas. ¿Por qué no se encarga ella de cantar la particella de Casilda?

Al abordar este tema interesantísimo, no queremos dejar pasar la ocasión de insistir en lo que dijimos no hace mu-

cho acerca de las trasposiciones, el vicio más arraigado en nuestra escuela lírica y el que ha destrozado más voces (algún cantante de fama puede leernos que haya hecho por sí mismo la dolorosa experiencia).

Tiene mucha más importancia de lo que parece el que un tenor cante la particella de barítono, éste la de un bajo y una soprano lírica la de una contralto.

Con ello pierde el arte, pierden los artistas y se desorientan los compositores, los cuales, ya de por sí—raras son las excepciones—, no saben tratar las voces, o proceden como si no lo supieran.

Tiempo y espacio nos faltan para más comentarios. Extractando lo que nos resta por decir, digamos que en "La Villana" hay pocos números logrados, aunque hay temas inspirados; que el tercer acto es el más brioso y más elevado; que el libro peca de languidez, sobrando algunas escenas y estando poco definidas algunas esenciales, y que la presentación, aun con el derroche anunciado, es pobre.

El público, sobre todo el de galería, aplaudió y llamó a escena a Julia García, señorita López, señora Galindo, señoras Lloret, Castro, Arenas y León.

J. V.

= *Compañía Paco Torres.* =

"El Norte de Castilla"

(Valladolid) 28-XI-1927

LOS TEATROS

LOPE DE VEGA

«La villana», de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives.

Por la dignidad, acierto y respeto de que hicieron alarde magnífico en su popular «Doña Francisquita», versión de «La discreta enamorada», de Lope de Vega, se hicieron admirar y aplaudir Romero y Fernández Shaw. Ostentaron virtudes poco frecuentes. El teatro clásico es, en efecto, mina inagotable de inspiración, temas, ideas y creaciones. Pero suele ocurrir que el uso y el abuso profano se ocultan y disimulan tanto y tan mal, que perdiéndose en el préstamo todo el fondo, queda en pie algo de la forma; bastante para delatar vergonzosamente al dudoso contemporáneo del ingenio clásico.

Virtudes—dijimos—que ahora se acusan más en «La villana», gracias a la cual se repone en el teatro una gran figura, nervio vigoroso, protagonista de «Peribáñez o El comendador de Ocaña», de Lope de Vega.

La tragicomedia es obra hermosa y perfecta que honra debidamente a Lope. Peribáñez es un carácter vigoroso de labrador castellano villano y honrado, valiente y enamorado, tosco y sincero. Su lealtad lo es ante todo para el honor propio. Su amor, fuerte y humano, no divaga en sueños románticos. Tiene el pensamiento más cerca de las duras realidades de la tierra que de las blandas fantasías.

Peribáñez es una gran figura de raza y pueblo, cuya concepción es difícil de superar. La obra tiene, en consecuencia, esta intención política y humana. Todo lo demás a ello sirve y se subordina.

Primeramente Romero y Fernández Shaw supieron elegir.

Además, «Peribáñez o El comendador de Ocaña», con sus leves y oportunas notas líricas, parecía animar esta completa y brillante versión musical.

Para lograrla en una buena adaptación, ha tenido que sufrir el original transformaciones radicales, reducciones y cambios—sufrir decimos en el sentido de variar ó alterar, no en el de padecimiento ó daño—tan alocas que al músico se le dan tantas, tan completas y varias situaciones, que algunas tiene, á su pesar, que abandonarlas sin provecho.

Los elementos de ambiente, emoción, realismo ó intención de la obra se conservan con pureza é integridad notables.

Abundaba en «Doña Francisquita»—¡y tanto!—la lírica pura. No había tiempo y motivo para lo dramático. Cosa distinta en «La villana», donde Vives puede dar á su partitura vigorosa intensidad y largos alcances de emoción.

«La villana» es un poderoso esfuerzo musical, obra maestra y perdurable, como exposición entera de los valores y facultades extraordinarias de un músico eminente. Su partitura tenaz, incommovible, resiste á las sugerencias y concesiones que pudieran facilitar un éxito pronto y fácil. Gravedad, dignidad, profundidad, seriedad, respeto; solo algún leve respiro en la música popular.

El crítico exigente de música dirá: superior á «Doña Francisquita». El espectador sencillo quizás piense de modo diferente, aun proclamando muy alto sus valores excepcionales. Quizás tenga razón el público, pues «La villana», sin la flexibilidad, claridad y medida para la rápida circulación teatral, no logra rigidez y erudición excesivas para la cátedra.

Bien entendido, pues, que Romero y Fernández Shaw y Vives, cada uno en su misión y en su intención, han hecho una obra maestra. Pero la dificultad y la duda están en la coincidencia.

No tenemos el tiempo y espacio precisos para comentar debidamente «La villana». Solo recordar el «Peribáñez» de Lope sería ya tema largo y agradable. Tampoco una sola visión en conjunto puede facilitar otra cosa que un rápido juicio sin aclarar y puntualizar. Por otra parte se ha hablado ya, desde su estreno en Madrid á primeros de Octubre, de «La villana» y—cosa no frecuente—con tal acierto de coincidencia, que para el lector menos enterado nos creemos relevados de muchas indicaciones.

Sirva, sin embargo, como índice de lo que la obra posee y ofrece. En el acto primero: el dúo de tiple y tenor, el de tiple y barítono, y la romanza de tenor. En el segundo: la alborada, el canto á la capa parda del labriego, las escenas del judío, especialmente el dúo; el otro de la tiple con el barítono—precedido de una entrada de Peribáñez, gran momento teatral—y el «racconto» final.

«La villana», comprendida en un ambiente muy exacto y cuidado, está hablada con verdadera maestría. Abramos aquí un breve paréntesis para consignar otro buen acierto. Desentenderse de los versos de Lope, pero en el momento en que se conservan, suspender la orquesta para que llegue á nosotros perfectamente el ritmo y la cadencia de su música, como un homenaje delicado al fénix de los ingenios, resucitado y honrado en una de sus inmortales creaciones.

Hemos citado anteriormente la renunciación de Vives á un éxito fácil. La actitud del público no es la concesión de un triunfo—rencor secreto y en un punto justificado, de quienes se agarraban al autor de «Doña Francisquita»—pero es de un respeto y admiración realmente estimables, acaso más que los aplausos contagiosos de ocasión por unas horas de placer y diversión.

«La villana» podrá ser obra discutida, y discutido, sobre todo, su arraigo teatral, pero nadie dejará de oír la por poco que concorda á sus deberes de espectador y de espasmo.

Pablo Jorge y Roberto Ughetti, barítonos de presencia escénica y potencia selecta de voz, dieron á la figura de Peribáñez la recta y principal interpretación debida. Redondo del Castillo, de la intervención única en el usurero—tan interesante en manos de un buen artista—logró las escenas más celebradas con la colaboración del barítono. Felisa Herrero y Emilia Iglesias dieron ternura y emoción á la enamorada y fiel Ocaña con encanto muy femenino y arte muy personal.

Los excelentes y bien intencionados esfuerzos de Matco Guitard salvaron las dificultades de su personaja, concluyendo en una feliz interpretación. Mención especial merecen también Cándida Folgado, Enriqueta Soler, Carlos Rufart y Antonio Palacios. La labor de todos los demás intérpretes—con los coros bien conjuntados—añade á «La villana» valor notable y completo.

El vestuario—según figurines—de Ferrer, suma el gusto al arte, componiendo en los momentos de agrupación general una agradable impresión de color.

Inferior la decoración, por su excesivo y pertinaz continuar en las más viejas normas, queriendo alcanzar afectos aparentes á costa de inexactitudes de tiempo y fondo, en la de los actos primero y tercero.

Intachable en esta parte la dirección artística de Antonio Palacios.

Y cual corresponde á su firme saber la del maestro Juan Antonio Martínez al frente de una orquesta notable.

J. A. C.-S.

LOS TEATROS

PRINCIPAL

"La Villana"

Gran interés había despertado el estreno de la última obra de Vives; y este interés se hizo bien patente con la entrada extraordinaria que hubo anoche en la sala del Principal.

Desde el momento en que el maestro Juan Antonio Martínez empuñó la batuta, el público prestó toda su atención, y aun cuando no es obra que resulte fácil de apreciar totalmente en la primera audición, la escuchó respetuosamente, considerando que había en ella, si no la riqueza de melodía que recrea el oído, el valor inapreciable y raro en estos tiempos de una técnica honrada, sin concesiones al gusto imperante, que sigue un camino de depuración artística.

El libro de "La Villana", del que son autores Federico Romero y Guillermo F. Shaw, es una adaptación de la tragicomedia "Peribáñez y el comendador de Ocaña", de Lope de Vega. La labor de los libretistas es en conjunto plausible, pues han respetado cuanto han podido la fuente original, y en lo que por su cuenta han tenido que añadir para la adaptación a la nueva modalidad, han significado su buen gusto y un conocimiento profundo del teatro.

Lástima grande que no hayan llevado la acción con más rapidez, prolongando situaciones, sobre todo en los finales de acto, que llevadas con brevedad les hubieran garantizado el éxito con más seguridad.

De la impresión que anoche produjo la partitura ya hemos dado un breve anticipo al comenzar esta reseña, y poco más hemos de decir.

El público la escuchó con agrado, y al final de casi todos los números tuvo un aplauso, si no entusiasta, muy justifico.

En el primer acto, el número que más gustó fué el de Casilda y Peribáñez (barítono). En el segundo se destacaron tres hermosas páginas musicales: un aria de bajo, un terceto y un dúo dramático de barítono y bajo. La parte de barítono volvió a realizarse magníficamente en un número de soberana factura del tercer acto.

La interpretación fué excelentísima. Los cantantes estuvieron a la altura de la

obra, cantándola honradamente, sin "ilustraciones" que hoy tanto se estilan en el divismo zarzuelero.

Felisa Herrero, Pablo Gorjé y Redondo del Castillo, lucieron de manera portentosa sus admirables cualidades de cantantes, que el público supo apreciar debidamente. El tenor Guitart también dijo con acierto su parte, y el tenor cómico Antonio Palacios, aunque con un papeillo de escasa defensa, se mostró el actor comprensivo de siempre.

La presentación escénica, muy merecedora de elogio. Salvador Alarma y Martínez Gari han pintado para "La Villana" un decorado digno de sus acreditadas firmas.

A. M.

"El Faro" (Santander)

1-XII-27

LA COMPANIA DEL TEATRO DE LA ZARZUELA DEBUTA, CON "LA VILLANA", EN ZARAGOZA

Con un éxito formidable debutó en el Principal de Zaragoza, con el estreno de "La villana", la ya famosa obra de Romero, Fernández Shaw y el maestro Vives.

La han estrenado los mismos artistas que la estrenaron en Madrid: Felisa Herrero, Enriqueta Soler, Cándida Folgado, Pablo Gorjé, el tenor Guitart, el bajo Redondo del Castillo y el popular tenor cómico Antonio Palacios.

La presentación escénica es magnífica, con decorados de Alarma y Martínez Gari y lujoso vestuario de la casa Peris Hermanos, confeccionado con arreglo á figurines y diseños del notable artista Emilio Ferrer.

Hablando de los precios de las localidades dice un periódico aragonés:

"Para asegurar la brillantez de esta temporada, se han fijado precios muy reducidos en relación á la importancia y elevado presupuesto del espectáculo; la butaca cuesta seis pesetas y ochenta céntimos la entrada general. En Madrid costó la butaca para el estreno de "La villana" quince pesetas y diez en los días sucesivos."



"Heraldo de Aragón"
(Zaragoza) 1-XII-97.

EN LOS TEATROS

PRINCIPAL

"La Villana"

Fiesta mayor. Se estrenaba en el Principal una zarzuela clásica, en la que los refundidores han respetado casi íntegramente el bloque corpóreo de la cantera de Lope de Vega, puesto que "La Villana" está basada en la tragicomedia del Fénix de los Ingenios titulada "Peribáñez y el Comendador de Ocaña".

Y musicó las situaciones que le ofrecieron los autores del libro, don Amadeo Vives, que sin colocarle la púrpura de adjetivos, los merece todos, porque en su variada, extensa y cada día más firme obra musical, él tan hábil, tan sabio, no ha cedido a habilidades, ni ha hecho concesiones, para por los caminos trillados del halago a la moda, lograr repeticiones y abastecer los fregaderos y las pianolas de los bares.

El autor de "Bohemios", "Balada de la luz", "La Generala", "El Princesito", "Juegos malabares", "Maruxa" y "Doña Francisquita", y ahora "La Villana", puede seguir llamándose don Amadeo Vives, y ostentar el título noble de mantenedor austero de la zarzuela española.

Hemos dicho que fué fiesta mayor este estreno, y por ello el público acudió con gran expectación a escuchar "La Villana" y llenó la mayor parte del teatro.

Digamos por anticipado que se aplaudieron muchos números, no todo lo que se merecían, y al final de todos los actos tuvieron que saludar los intérpretes agradeciendo palmas.

No es culpa de una mayoría, que aunque soberana tiene sus errores, la desorientación que sintió al escuchar la música de Vives. Atribuido en gran parte a los fox, a la marejada de revistas con sus charlestones y sus tangos argentinos, y habréis encontrado las fuentes de las causas por qué un público tan musical como el de Zaragoza necesita escuchar más de una vez es-

ta música de alta envergadura, de densa frondosidad lírica, para meterse en ambiente.

Así sucederá con "La Villana", como sucedió con "El Caserío" y con "Doña Francisquita".

El maestro Vives ha escrito una partitura de gran extensión, quizás de las más nutridas de su obra teatral. Hay tan pocos parlamentos en "La Villana" y son tan breves, que puede considerarse como ópera.

El músico no desatendió la melodía. Muy al contrario, cuidó en todo momento de arropar el ambiente y las situaciones con su vena melódica, al propio tiempo que sostenía sin concesiones, con toda brillantez, la calidad de los temas y motivos centrales. Los dos dúos del

primer acto, el canto a la capa parada, la plegaria de Casilda, la confesión de Peribáñez y otros muchos temas son de gran belleza melódica, y ponen de manifiesto la inspiración de Vives, que no ha enturbiado el agua clara que pedía el limpio ambiente castellano y la nobleza de la farsa, con habilidades fáciles y concesiones mercenarias.

La música de "La Villana" tiene personalidad y no vale decir si es mejor o peor que la de otras producciones centenarias del gran músico español.

Federico Romero y Fernández Shaw han hecho una honradísima labor literaria al refundir "Peribáñez y el Comendador de Ocaña", como correspondía a su noble ejecutiva de poetas.

El asunto es un himno al amor conyugal santificado por un recio y árido ambiente castellano, que presenta al músico y cantantes ocasiones de manifestarse ampliamente. Respetuosos con la primorosa versificación de Lope de Vega, aliaron con ella versos suyos, que parecen bañados en los recios odres de Lope. Tal su propiedad en el léxico, tal el respeto al ambiente y el lenguaje de los personajes que intervienen en la tragicomedia.

Merecen por ello las sinceras alabanzas que en todas partes se les prodigaron.

Las "particellas" de barítono y tenor de "La villana", son difíciles de cantar. Pablo Gorgé cantó y representó el papel de Peribáñez con aciertos extraordinarios de acento y expresión. Mateo Guítart revistió a "Don Fadrique" de la mayor prestancia posible, y cantó con mucho gusto en todo momento. Felisa Herrero fué una vez más la excelente cantante, sin rival hoy en los teatros de zarzuela, y el bajo Redondo del Castillo en sus papeles de David y el Rey, muy bien como cantante y actor.

Y merecen especial mención, como en cuantas obras actúan, Palacios, Gandía y las señoras Folgado y Soler.

Las decoraciones y el vestuario verdaderamente irreprochables y fieles al ambiente y a la época.

La orquesta notable de este teatro, muy bien dirigida por Juan Antonio Martínez, contribuyó a la perfecta unanimidad con que se representó en la noche de ayer, fiesta mayor de arte, "La villana".

M. ALVAREZ.

"ABC" 2-XII-97

En provincias

Zaragoza 1. 7 tarde. En el teatro Principal se estrenó "La villana".

El público aplaudió diferentes números de la partitura y llamó a escena a los intérpretes de la obra que constituyen la compañía, que procede del teatro de la Zarzuela, de Madrid.

Los periódicos elogian la partitura del maestro Vives.

"La villana" en Barcelona

"Las noticias" 17-XII-927

"El silencio" 17-XII-927

LOS TEATROS

ELDORADO: Estreno de la zarzuela en tres actos "La Villana", del maestro Amadeo Vives

A causa de un desperfecto sufrido por una decoración hubo de retrasarse la hora del estreno un buen rato. Ello unido a la mucha extensión de los siete cuadros que tiene la obra, hizo que terminara la representación muy tarde: a las dos dadas de la mañana. No queda tiempo, pues, para detallar el éxito (cosa que haremos mañana), que fué grande y franco. Digamos por delante que ya al mediar el primer acto fué Vives llamado a escena y ovacionado, igualmente que el director de orquesta y principales intérpretes, señoras Herrero, Cadenas y Folgado, el barítono Gorgé, el tenor Guitart, el bajo Redondo, Moncayo y Palacios.

E. TINTORER

Por esos teatros

ELDORADO. — Estreno de "La villana", del maestro Vives.

Añoche y ante el teatro completamente lleno se estrenó la última obra del insigne maestro Vives, "La villana".

Cuando "La villana" fué estrenada en Madrid, nuestro estimado compañero el maestro Alard, que en aquella ocasión se encontraba en la corte, dió a los lectores de EL DILUVIO cabal y minuciosa cuenta de "La villana".

A lo que entonces dijo el citado compañero remitimos al lector, ya que siendo la obra la misma y los mismos sus intérpretes, no hemos de añadir o quitar punto ni coma a lo que Alard escribió acerca de la celebrada zarzuela del afamado maestro Vives.

"La noche" 17-XII-927

Anoche, en Eldorado

En medio de la mayor expectación se estrenó, con éxito indescriptible, «La Villana», del maestro Vives

¿Conocen mis lectores una encuesta publicada por una revista parisiense en la cual se pedía la opinión de los intelectuales sobre si creían que la humanidad iba hacia una época de cretinismo? De haberse publicado esta encuesta en el último cuarto del siglo XIX creería que ya estábamos en ella: en la época del cretinismo, naturalmente.

En 1872, Jules Simón enviaba una carta a Mr. Thomas, presidente del Comité de las Escuelas Musicales de Francia, y decía: «Me ha sorprendido varias veces no oír cantar en las reuniones de obreros o de aldeanos más que aires sumamente vulgares. En otro tiempo la ópera cómica proporcionaba el repertorio de las calles; actualmente es el café cantante, la lubricidad y la necesidad de las palabras que sirven de vehículo a aires que no son menos chabacanos, ni menos tontos. Esas porquerías se cantan o, por mejor decir, se gritan, por el solo placer de hacer ruido.»

Vean ustedes que hemos progresado. Ahora ya no son solamente los obreros o los aldeanos los que cantan esos aires vulgares. Ahora ya es todo el mundo. Todo el mundo, menos los obreros.

Por eso en esta ola de necesidad, de musiquillas sonsoneteras, en este vendaval que nos agobia de foxas, charlestones, pasodobles, marchas, couplets, cuando surge lo que podríamos denominar el poder civil de la musical, debemos agitar todos los incensarios, cantar el clásico «hossana» y celebrar el anunciamiento de nues-

tra redención. Esto no quiere decir que la música frívola deba desaparecer. No. Bien está en su lugar la revista, pero bien está que la zarzuela mantenga su rango y su prestigio.

Todo este prólogo es el que nos debemos para limpiarnos de nuestros pecados cotidianos. También para recibir a Dios los católicos se confiesan. Hemos de hablar de «La Villana», y la obra está tan por encima del comentario crítico que pueda escribir el que estas líneas firma, que debemos pedir perdón al poner nuestras manos pecadoras en la tarea del maestro Vives, de este San Francisco de Asís del pentágono que abre sus puertas a la buena nueva, que ofrece la palabra reciente indicadora del camino de la salvación.

Eldorado ofrecía anoche el espectáculo de las grandes solemnidades. Barcelona iba a recibir la comunión musical del maestro Vives, iba a conocer «La Villana», la adaptación hábil y discreta, ponderada e inteligente que del drama de Lope de Vega «Peribáñez y el comendador de Ocaña» hicieron Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, dos hombres de teatro que tienen la honesta preocupación de la pulcritud literaria, lo cual les honra y nos les hace simpáticos.

Todos sabemos que el último gran éxito de Vives, «Doña Francisquita», refrescó el ambiente y ofreció al pue-

blo las cancioncillas suaves, las melodías amables, que eran un oasis entre tanto tango idiota y tanto charlestón desarticulado. «La Villana» no

es una zarzuela de uso corriente. De ahí la sorpresa del público de anoche. «La Villana» es una ópera. Pero una ópera recia y austera. No hay en ella lirismos baratos de guardarrropía italiana, no hay melosidades locales de un carácter definitivamente francés. Está en el camino de la música categórica que ofrece al comentario musical de las situaciones y las descripciones de ambientes (tal como el intermedio del telón corto de Toledo, en donde el son de las trompetas bélicas, los momentos virgilianos de la hora crepuscular, la mansedumbre de las costumbres y el silencio invasor de las horas solemnes llegan al oído del espectador como un hecho novísimo y magnífico).

Es el maestro Vives el más alto prestigio de la lírica española. Su enorme cultura, no solamente musical, sino general; su concepción clásica y popular, popular en el más



AMADEO VIVES

noble sentido del vocablo, de la instrumentación; su inspiración altísima y su acierto para describir las pasiones han llegado al más alto grado de su vida musical. No hay trucos, ni trampa, ni embuste, ni farsa. Esta es la verdad pura, la linfa virgen, la fuente clara de la música nacional.

De ahí que ayer el público se sorprendiera ante la belleza de la obra que presenciaba. No había en ella «truquitos» de galería, no había marquetaría teatral, no existía el «latiguillo», ni el «pinyol», ni la escenografía de unos juegos artificiales musicales que hacen cierta gracia de momento, pero que luego se desprecian por fáciles y por ligeros; por bastardos y por vanales. Ni unos couplets pegadizos, ni una nota de baja estofa. Todo muy inspirado y muy honrado.

Por eso se sucedían las situaciones musicales, las grandes líneas del plan lírico, y el público permanecía recogido y silencioso, no queriéndose dejar perder una nota del maestro, siendo egostas para los aplausos—exceptuando los finales de acto—, porque sentían respeto y devoción por la obra nueva y no querían desperdiciar una sola nota. Era el egoísmo del público que, ante el festín a que estaba convidado, quería, no solamente saborear, sino hartarse de todos los manjares.

«La villana» es un drama de Lope de Vega que enfrenta una vez más, en el teatro clásico español, al villano con el hidalgo.

bién, expone el consabido drama del honor conyugal. Es el hidalgo quien apetece la esposa del villano, y es el villano quien ofrece vida y alma al comendador, más no el honor, que limpia con la sangre del que asalta su hogar.

Es tema de teatro, y en el ambiente medioeval, el maestro Vives ha sabido hermanar, como él tan sólo sabe hacerlo, los conceptos virgilianos—el canto al vino, a la miel, a las eras, a los campos, a la paz campesina, a la capa de paño pardo, a las mieses—, con los cantos guerreros de los que van a luchar por Castilla y por León. Suenan las trompetas guerreras y junto a ellas van los acentos tiernos del campo. Hay emoción en esta descripción, como la hay cuando aparecen las pasiones desatadas del corazón y del espíritu. Emoción en el amor bastardo del hidalgo castellano, y emoción—¡tanta!, ¡tanta!—en el dúo del mago israelita de la Judería toledana con el bueno y austero de Peribáñez.

A cada instante, como si la obra fuese un camino de muchas esquinas, surge el encontronazo con un aire inesperado, con un motivo sano y elocuente de la fuerza descriptiva del maestro.

Fueron pasando los números de música. Después del dúo del primer acto (aquel dúo en que Peribáñez ofrece a su mujer la evocación de las riquezas y de las tierras que poseen—el maestro Vives surgió por primera vez

en las tablas a instancias del público—), fueron pasando números musicales de una vibración única: «La capa de paño pardo», el terceto de los tíos de Casilda y el judío David; el dúo del tercer cuadro, que cantaron maravillosamente Redondo del Castillo y Gorgé; los motivos de la era; especialmente, el coro vibrante de la guerra; las intensas emociones del dúo del Hidalgo y de Casilda, cuando ésta niega sus favores al comendador, y la desesperación de Peribáñez—uno de los momentos culminantes de la obra—, la solemnidad de la procesión, y el final, rico de matices y de ondulaciones líricas, que ofrecían un tesoro oriental de colores y de perfumes a los espectadores poco acostumbrados a una inspiración y una instrumentación tan ágil, tan joven, tan moderna dentro de los sagrados cánones de la tradición. Y así, los aplausos se sucedían, las ovaciones se interrumpían las unas a las otras. Entusiasmo, glorificación... Y, a pesar de todo lo que se ha dicho, la voz del público que reclamaba unas palabras del maestro Vives, vuelto a la tierra. Y no tuvo más remedio que hablar, porque la palabra es digna cuando la reclama el público.

Felisa Herrero tuvo una noche triunfal. Está en plena forma. Su triunfo fué personal y evidente. Bien, muy bien, Carlota Sandford y Enriqueta Soler. Magnífico Pablo Gorgé, hecho un coloso, como también Guitart y Redondo del Castillo. Muy bien Pepe Moncayo y Antonio Palacios, en un gracioso papel. Y todos los demás.

Elogiemos a Salvador Alarma por sus decorados magníficos y a Martínez Garí; elogiemos a Emilio Ferrer, nuestro amigo y paisano, que se ha hecho el amo de Madrid por lo que se refiere a figurines y diseños escenográficos.

Y antes de terminar esta crónica, dediquemos unas líneas a Francisco de Torres, el empresario que ha tenido fe en la labor del maestro, que le

ha hecho trabajar, que ha montado la obra con el prestigio que merecía el nombre de Vives, que no ha cesado de ir y venir, de velar y de trabajar para el maestro Vives—qué los merece todos—, todos los cumplimientos y todos los honores.

Así con el airón de empresario y de bohemio, de artista más que de comerciante, Francisco de Torres ha hecho un gran bien al ofrecer, en medio de tanta quincallería musical, esta obra «La villana», que ennoblece la época en que ha sido entrenada y celebrada.

FRANCISCO MADRID

E L T E A T R E

Teatre Eldorado.-Estrena de "La Villana", llibre de Frederic Romero i Guillem Fernán- ández, música del mestre Amadeu Vives

Hi havia una gran expectació per conèixer l'última obra del mestre Vives i el teatre presentava l'aspecte de les vetllades solemnes. Ni una localitat buida, i en les populars, el públic atapeït, fent impossible la circulació en els intermedis. Hi assistia el bo i millor de Barcelona.

El llibre que el senyor Romero i Fernández Shaw, han bastit, prenent per base la bellíssima producció de Lope de Vega "Peribáñez y el Comendador de Ocaña", és d'una gran qualitat, tan literària com textual. Els dos aplaudits autors, han sabut limitar la seva tasca al punt més just, tot procurant conservar en tots moments els magnífics versos del gran clàssic espanyol. Versos d'una gran fluidesa, amb un aire popular ple de distinció, amb un lèxic viu i sucós, que sembla talment acabat d'escriure, sense entelaments retòrics, al servei d'un assumpte senzill, però encès de dramatisme i humanitat i amb una flaire de Romancer que enamora. Cap forçament d'aquells tan a l'ús, per a aconseguir les situacions musicals. Aquestes, es produeixen naturalment, i la mica d'absurditat de què pateix sempre la sarsuela en passar dels moments declamats als cantats, ací és perfectament evitada. La gran quantitat de passió que té l'obra és ja per si sola un element líric de primera força, i els autors de "Doña Francisquita", que també és un dels millors llibres del teatre líric espanyol, l'han aprofitat perfectament produint en tots conceptes una obra notable per la seva dignitat i respecte en fer-la i per haver conservat, totes les valors de poesia i emoció de "Peribáñez y el Comendador de Ocaña".

El mestre Vives, que avui és sense discussió el primer músic del teatre espanyol, ha fet una obra d'una gran valor en tots conceptes. D'una gran empena lírica, plena d'inspiració i dramatisme, va imposar-se tot seguit al públic. Si en "Doña Francisquita" van sempre lli-

gades la gràcia, la frescor i la comicitat, en "La Villana" sentim tothora l'emoció profunda, la inspiració de gran volada, i un sentiment dramàtic que commou intensament, a més d'una gran força expressiva. La inspiració no decau en cap moment; d'un cap a l'altre de l'obra s'aguanta sempre ferma i a la mateixa alçària, conservant fins en les situacions més violentes aquesta suprema elegància del mestre Vives, que sap tothora expressar el que vol sense recórrer a extravagàncies, però estant sempre just i tan emotiu com demana la situació. Cal esmentar també en certs passatges de la partitura, una sabor de motius populars, i fins alguns de ben nostres, que li donen una gràcia exquisida. Quant a l'orquestra és plena, rica en matis i d'una sonoritat avellutada, robusta i colorida.

És difícil donar idea, dels principals fragments de la partitura. Esmentarem del primer acte el cant al vi amb què comença, l'entrada de la núvia, número de conjunt, que fou ovacionat, el duo de Peribáñez i Casilda, un dels fragments de més emoció de l'obra, la serenata del tenor que tanca l'acte.

En el segon hi ha la cançó de la capa, d'una gran finor expressiva, l'entrada del jueu, però especialment el duo d'aquest i Peribáñez, fragment d'una gran força, inspiradíssim, i dramàtic que va aixecar dret el públic, entusiasmat. El final d'aquest acte, escena de conjunt, és també un dels millors fragments de l'obra i conté tal volta els motius més encesos d'inspiració.

En el tercer acte hi ha una oració de la triple, que és una delícia, un duo del Comendador i Casilda, en el qual al final intervé Peribáñez, de gran força, un bell intermedi que no va pas aplaudir-se com es mereixia, i el final d'una grandiositat plena de força i emoció. El fragment de Peribáñez confessant el seu crim al rei, és una de les millors pàgines del mestre Vives.

Aquest fou obligat a aparèixer en escena, entremig dels ac-

tes, innumbrables vegades, cridat per grans ovacions, i en els finals acompanyat d'un dels autors de la lletra. Acabada l'obra fou objecte d'un homenatge fervorós d'entusiasme, que no finí fins que el mestre donà les gràcies al públic.

Bona presentació i vestuari, així com el decorats magnífics del nostre Alarma i dels escenògrafs Martínez Garí. Esmen-tarem, del primer, especialment, la decoració del final, i de l'altre, al panorama de les eres que tanca el segon acte. Ambdues foren molt aplaudides.

De l'execució del primer lloc correspon a la senyoreta Felissa Herrero, que va estar eminent cantant i fent el paper de "Vi-

llana". El senyor Gorgé (Peribáñez) treballant amb tota la fe i cantant d'aquella manera que l'ha fet tan popular, però li pregaríem que en declamar ho fes amb més naturalitat, sense aquells canvis de veu extemporanis. Hi guanyarien els versos de Lope i el seu treball. Ajustat el tenor senyor Guitart, així com el baix Redondo i els altres que hi pre-nien part, incloent-hi els cors.

El mestre Joan Antonio Martínez va conduir perfectament l'orquestra, i participà de les ovacions que es dirigien al mestre, ben merescudament.

En resum: Un altra nit triomfal per al mestre Vives.

AMBROSI CARRION

"El estacion universal"

17 Diciembre 1927

EN ELDORADO

ESTRENO DE "LA VILLANA"

Zarzuela, en tres actos, divididos en seis cuadros, basada en la tragicomedia "Peribáñez y el comendador de Ocaña", de Lope, libro de los señores Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives : : : : :

Henchido de gente el teatro. Mucha expectación, una enorme expectación, que se convirtió en acentuado nerviosismo en los do-minios del "paraíso" al pasar la hora señalada para el comienzo y no levantarse el telón. Una me-dia hora duró el retraso. La cau-sa fué una avería en el decorado. Lo dijo un actor que salió a las candilejas para tranquilizar al pú-blico.

En fin, que la noche, en rigor, no se presentaba en las "alturas" — entiéndase — indulgen-te. Al revés, que bien puede cali-ficarse de pronóstico reservado. Y con todo, la obra se impuso y había de imponerse porque con-tiene grandes valores.

"La Villana" como es sabido, pues ha sido zarandeada por la prensa a raíz de su estreno en Madrid, está basada en la tragi-comedia "Peribáñez y el comen-dador de Ocaña", de Lope de Vega.

Han confeccionado el libro don Federico Romero y don Gui-llermo Fernández Shaw con in-

negable habilidad, conservando en cuanto les ha sido posible y que es en su mayor parte, el precioso original. Sería ofender a nuestros lectores si tratáramos de "descubrir" el libro a es-tas alturas. ¿Quién, medianamente culto, no conoce la mag-nífica obra de Lope, una de las más características, más llena de verdadera emoción del siglo de oro?

La figura de Peribáñez, de ra-cio temple, y la de Casilda, la esposa fiel a quien no hace tor-cer en su camino ni las ofertas de riquezas de el Comendador ni nada, porque ella lo rechaza todo, diciendo:

"Más quiero yo a Peribáñez con su capa la pardilla, que al Comendador de Ocaña con la suya guarnecida";

toda la trama, en fin, de belle-zas y de bondades que encierra entre ellas la justicia del Rey da que hace alarde, como es pecu-liar en el teatro de Lope y en el de Calderón. Magnífica obra del fénix de los ingenios, que es conocida y admirada, y por tan-to no nos hemos de entretener en una revisión que resultaría tan pedante como estéril.

Lo esencial con respecto al li-bro es lo que ya hemos dicho, el consignar el acierto que ha pre-sidido en sus autores al adap-tarlo a la zarzuela, conservan

do cuanto han podido, y han podido mucho, el original.

Un aplauso sincero vaya antes todo para los señores Romero y Fernández Shaw.

En cuanto a la música, ya es otro cantar. Mucho cabe decir y mucho bueno, aunque no todo bueno.

En primer término cabe señalar que se aparta por completo de los límites de la zarzuela. El maestro Vives no es la primera vez, a nuestro juicio, que se equivooca, en la calificación de sus obras. "Doña Francisquita", que con el "Don Lucas", son lo mejor de su producción, nos la presentó como comedia lírica, siendo una zarzuela y una zarzuela maravillosa. Hoy nos presenta con el calificativo de zarzuela a "La Villana", la cual no es tal zarzuela, sino una ópera con mucho de drama lírico.

La zarzuela ya lo dijo el maestro "es el alma del pueblo, con

sus cantares, sus tristezas, su júbilo, su expresión. La media tinta domina en ella; no es ampulosa, no es doctoral; vive en la plaza pública y no en el Ateneo, y ostenta como cualidades nativas, la claridad, la sencillez, el gusto, la proporción".

"La Villana", se aparta de estos dominios, no es ampulosa pero sí doctoral y aunque se asoma a la plaza pública lo realiza "desde la tribuna del Ateneo".

La zarzuela, como dice Barbiéri, que ese es el maestro, es hija del pueblo y su gloria está ahí, en nutrirse de la sangre del pueblo, en señalar los caracteres de una nación en aquello que la nación tiene más típico, de más individual, que lo separa y distingue de las demás naciones.

En la partitura de "La Villana" abunda el motivo popular, pero evocado con aires francamente italianos en la mayoría de las cosas y en algunos con ten-

dencias al sintetismo de las óperas de la escuela rusa. Su ambiente armónico francamente clásico, no excede de los límites behovianos, salvo en determinados pasajes del primer acto en el que se observan, muy bien empleados por cierto, algunos atravimientos modernos.

No cabe considerar, pues, a la última obra del maestro Vives como zarzuela, y sí dentro del terreno de la ópera.

¿Constituye un paso serio para la tan cacareada ópera española? Yo creo que sí—excluyendo desde luego los muchos extranjerismos—teniendo en cuenta lo que preconizó el maestro, aquel que tantas veces he aludido.

"La ópera española se ha de hacer en el estudio histórico y filosófico de nuestro carácter nacional, hecho en los grandes modelos que nos han dejado los literatos y los artistas de todas las regiones o provincias que hoy constituyen nuestra nacionalidad española; y digo esto

porque tan española me parece la música popular de la montaña de Cataluña, como la de Andalucía o la del centro de Castilla, inspiradas todas en un sentimiento melódico y en un espíritu de "individualismo" tan pronunciado, que a veces se separa de la esclavitud del ritmo, o emplea ritmos varios dentro de la música melódica, conforme a la expresión que el cantor quiere dar a la idea poética".

¿Es quizá nuestro poema lírico? "En cuanto al poema lírico dramático, en particular, hay que fijarse mucho en la circunstancia de que nuestro Teatro

nacional, tanto de los antiguos tiempos cuanto de los modernos, ha sido y es principalmente "ameno"; y aunque admite los argumentos de lo maravilloso, lo heroico y lo trágico, nunca los ha presentado en la forma marimórea y académica (digámoslo así) de la tragedia neoclásica, sino con un carácter social, en que las galas de la poesía lírica y los episodios variados y pintorescos sirven en cierto modo para atenuar el horror de las escenas trágicas.

Si el gusto general del pueblo español se ha significado siempre en el teatro por el aplauso otorgado a aquellas obras que a su interés histórico o novelesco, cómico o trágico, han reunido variedad de incidentes entretenidos y pintorescos, no podremos menos de sacar la consecuencia de que nuestra deseada ópera española, si ha de tener carácter nacional propio, debe ser ante todo variada y pintoresca, sin excluir el elemento cómico y popular".

Lo cierto es que el maestro Vives nos ha ofrecido un nuevo tipo de producción lírico dramática que sin ser la tan ansiada ópera española, mucho de ella tiene en su contextura. Por este solo hecho merece el mayor respeto.

A estos terrenos, indiscutiblemente, ha llegado el maestro Vives con "La Villana", que no es una zarzuela, repetimos, sino una verdadera ópera, o mejor un drama-lírico escrito tal vez con el intento de abordar el tan magno y debatido problema de creación de una lírica nacional.

Contiene "La Villana" páginas de verdadero valor musical, entre ellas el terceto cómico del juicio y los dos viejos, que le pasó inadvertido al público; un dúo entre los protagonistas, y todo el segundo acto, el mejor de la obra.

Las ideas musicales, abundantísimas, constituyen un verdadero aluvión. Y la armonización es sobria, riquísima de matices, concienzuda, verdaderamente maestra.

La orquestación es exquisita, y lástima que no pudiera apreciarse bien por la deficiente, muy poco limpia ejecución.

Pero, siempre ha de haber un pero... la emoción no responde a la maestría. Existe, indudable

mente, esta emoción, más contenida, sin aliento, sin que llegue francamente al auditorio. El maestro, ya lo hemos dicho, quiere asomarse a la plaza pública, pero lo realiza "desde la tribuna del Ateneo". Imperó el músico al artista, y por ello nos admira, pero no nos conmueve.

Esta es, sinceramente, nuestra opinión.

Los intérpretes todos pusieron en su cometido el mayor empeño, destacándose Felisa Herro, Pablo Gorgé, Enriqueta Soler, Carlota San José, Moncayo y Palacios.

Dirigió, con mucho dominio, la partitura el maestro José Antonio Martínez, luchando con la falta de ensayos, que así lo evidenció la poca claridad de la orquesta.

La presentación espléndida, aplaudiéndose mucho la decoración que reproduce una vista del campo de Ocaña y un telón corto que representa el puente de Toledo.

El público tributó muchos aplausos y obligó a los autores a salir infinidad de veces al proscenio y hasta quiso que hablara el maestro Vives. Y lo consiguió. Vives se adelantó a las candelillas y dijo en catalán, viendo no cesaban los requerimientos para que hablase: "Me habéis vencido". Muchas gracias.

Un éxito, en suma, y merecido pues se trata de una gran obra aunque escrita, repetimos, desde la tribuna del Ateneo.

Alfredo Romea

En Eldorado

Estreno de "La villana,"

VIVES

Amadeo Vives, el insigne maestro que tanta gloria ha dado a nuestra música, debe llenar hoy esta información crítica del estreno de anoche en el teatro Eldorado. Pródigo ha sido el maestro, al regalarnos la belleza imponderable de su música, al componer la partitura de "La villana". Con justicia hemos de corresponder a su prodigalidad, que convierte en música selecta, de ricos matices musicales, lo que con modestia se intitula zarzuela. La música de Vives, eminentemente descriptiva, sin concesiones de probable éxito de galería, subyuga desde el primer momento, embargando el ánimo del espectador, por sus fraseos en algunas ocasiones, por su estructura técnica en otras; por su notable inspiración, que hace de esta música un alarde de orquestación difícil de seguir a un oído ineducado, porque, llena toda ella de casticismo y de expresiva llaneza, sin que se deje tararear de buenas a primeras, incita a oír de nuevo, como se demostró en las diversas ocasiones en que el público, lleno de entusiasmo, aplaudió pidiendo que se bisasen, y no siendo ello posible en la mayoría de los casos, por que la partitura no lo permitía sin ser truncada. Ello es prueba evidente de que el maestro ha pensado más en su inspiración al componer la partitura de "La villana" que en el fácil éxito.

En el primer acto destacan por su belleza dos dúos, el primero de tiple y tenor, y el segundo de barítono y tiple. Especialmente este último, de exquisita factura técnica, provocó el entusiasmo del público, que interrumpió la representación, teniendo que presentarse en medio de atronadores aplausos el maestro Vives, y obligando a que fuera bisado.

En el primer cuadro del segundo acto, existen unos números de música fuertemente destacados: la canción de la capa de paño pardo y la entrada del mercader judío, ofreciendo sus ricas joyas de alquimia.

En el cuadro segundo, la música es de una fuerza descriptiva admirable. Expresa con magníficos matices los estados pasionales de los personajes que en el mismo intervienen, el uno ofreciendo el veneno de sus insidias y el otro rebatiéndolas con la seguridad de su amor hacia la que es su esposa.

Sigue en su marcha ascendente el estado pasional que el autor impone a sus personajes y también la música interpreta a maravilla los diversos matices y sentimientos que se producen en el mismo. Un dúo entre los prota-

gonistas y la gallardía musical del acto de armar caballero a Peribáñez, destacan su belleza, austera, como la parda tierra castellana en que la acción se desarrolla.

En el primer cuadro del acto tercero, la inspiración de Vives hizo la bella oración que la tiple dirige a la Virgen, con ánimo compungido como presintiendo la inmediata situación de alta tensión dramática, que se produce a continuación con la intervención de Don Fadrique, que culmina con la inesperada llegada del protagonista, en donde la música alcanza altos vuelos líricos.

Es corfo el segundo cuadro del tercer acto. Solemne la procesión en la plazuela de Toledo, el compositor, la trunca con valentía, con la presencia del protagonista y de su mujer, que en una escena patética piden perdón al rey. Vives puso en este pasaje toda su alma y toda su ciencia orquestal. Así resultó vibrante el grito de justicia que con Peribáñez exhala la música, llevada así hasta el fin, soberbio por su solemnidad orquestal.

Esto es en resumen — un resumen informativo — la soberana música de "La villana", en la que Vives ha volcado el caudal de oro de ley de su inspiración y de su técnica, consiguiendo el clamoroso éxito que merecía, ya que el público, desde el primer momento, sin desconcertarse, demostrando lo mucho que se sabe musicalmente, se entregó entusiasmado a la nueva obra, rompiéndose las manos de tanto aplaudir.

Noche triunfal la de ayer, para Vives. Eran las dos de la madrugada cuando por deficiencias imprevistas que retardaron la representación, terminaba la función, y el público, incansable, como si no tuviera prisa en irse a dormir, hizo con sus aplausos entusiastas que se alzara infinitas veces el telón, hasta que, por fin, se logró el infantil deseo de hacer hablar al maestro.

—Per fi, meu vensul — dijo —, Moltes gracias.

LOS LIBRETISTAS

Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw compartieron el éxito del maestro en un plano de legítima

dignidad. La adaptación de la tragedia-media del inmortal Lope, "Peribáñez y el Comendador de Ocaña", ha tenido en Romero y Fernández Shaw unas respetuosas diferencias que remozan la excelente obra de Lope de Vega. Sus versos fluidos, llenos de rotunda belleza, han merecido de los adaptadores

l mayor de los respetos, poco comunes en tiempos de fariseísmo literario. Junto con Vives, reconoció Romero su nombre propio y en el de su compañero de colaboración, los calurosos aplausos que les fueron dedicados.

LA REPRESENTACION

Digna de "La villana" fue la representación que se nos ofreció anoche con motivo de su estreno en nuestra ciudad. Pablo Gorgé, artista hasta la médula de los huesos, y con enormes facultades de cantante, interpretó magistralmente su difícil papel de Peribañez, siempre en una tensión pasional, solo accesible, si el intérprete, como sucedió anoche, es una figura como la del gran cantante y no menos grande actor. Con él compartió las ovaciones entusiastas del público Felisa Ferrero, quien de Casilda hizo una interpretación acabada, poniendo de relieve sus altas dotes artísticas, y la ganadora de su voz, segura en los agudos, y de dulce expresión y perfecta dicción en todos los momentos en que así lo requería la partitura y el personaje que interpretaba.

Después de ellos, Redondo del Castillo, que consiguió grandes aplausos al interpretar el personaje de David, en el acto segundo; Enriqueta Soler, muy graciosa; Pallacios, excelente tenor cómico, sin apelar a gansadas de mal gusto; Guitart, que en diversas ocasiones se hizo aplaudir en su papel de Don Fadrique, y el veterano Moncayo, así como los restantes de una notable compañía que se presentó anoche, estuvieron dignos de la solemnidad que en nuestra ciudad significa el estreno de "La villana".

Elogios merece también la presentación. El decorado de Alarma y de Martínez Garí fué muy celebrado. Con propiedad poco igualada, distinguió los actores.

La orquesta, bien llevada por el maestro Martínez, consiguió destacar con brillante conjunto la partitura que se le encomendó, siendo su director muy aplaudido también.

LLENO ABSOLUTO

Ayer quedó demostrada la irrefutable verdad de la teoría de Einstein y lo poco que significa en Eldorado la otra teoría de los vasos comunicantes. El lleno de anoche fué absoluto. Todo quedó vendido. El letrero halagador campeaba sobre las taquillas y con vituperable decisión quedaron pasillos ocupados por butacas. Era el lleno rebosante. La clásica cultura de nuestro público, sobreponiéndose a las innumerables molestias de la situación supo reprimirse en honor a la gloriosa presencia de Vives, y guardó un difícil silencio, agobiado por apreturas e incomodidades. Todo lo dió por bien empleado ante la excelente obra que se estrenó y que, indudablemente, ha sido el mayor éxito de la presente temporada en nuestro teatro lírico.

Carlos R. Soriano

ELS TEATRES

ELDORADO. — Estrena de "La villana", sarsuela en tres actes, lletres de Romero i Fernández Shaw, música del mestre A. Vives

Una certa expectació precedí l'estrena de l'obra del mestre Vives a Barcelona. Un públic nombrós omplí el teatre la nit de l'estrena. I, per acabar, una avaria esdevinguda en el muntatge d'una de les decoracions de l'obra, retardant-ne el començ, donà major intensitat a l'espera. Per fi, ben tard (el primer acte finí allà a les dotze), els barcelonins poderen gaudir les primeres notes de la partitura.

El llibre, adaptat així així, pels senyors Romero i Fernández Shaw, és una tragicomèdia de Lope de Vega, dita "Peribañez y el comendador de Ocaña". En ella, com gran part de la producció de Lope de Vega, recolza el dramatisme damunt de la noblesa plebea. És un drama de sentiment popular i situacions adés nobles adés rústegues. La música s'adapta extraordinàriament al caràcter del llibre. Damunt d'un fons dramàtic expressiu a la italiana, destaca les parts líriques de tonada popular que són les que donen la vida pròpia al drama musical. Amadeu Vives és un gran compositor de "números" dintre d'una òpera donada. És un home de traça i empena lírica. Un líric del drama. Tot seguit que pot donar-se a la correntia lírica, desplega completament totes les gràcies del seu estil. Per això en el cas concret de "La villana" on aquest contrast entre el fons dramàtic italià i les peces populars i originals s'accentua com enlloc, l'obra està ben intítulada "sarsuela" i no "òpera" ja que correspon més a la idea que nosaltres tenim de "sarsuela". És a dir, obra lírico-dramàtica feta de números, de retalls, d'unitats independents lligades per un argument i separades precisament aleshores que procedeix la trama, pròpiament dita de l'obra. En altres mots, a la sarsuela, quan avança l'acció s'esmortueix la música i de seguida que

tornà a brillar la música cessa l'acció.

L'orquestració de l'obra, com tota l'orquestració del mestre Vives és intel·ligent i treballada. De vegades l'acumulació de pinzellades enterbolix i agrisa el conjunt. Però, quan reprèn la brillantor, el públic oblida les cendrositats del moment d'abans.

Sobretot, el mestre Vives posseeix en alt grau la qualitat de saber dosificar l'orquestra i la veu de forma que no es perdin les paraules ni les melodies cantades; però, en canvi, que l'orquestra no es vegi reduïda a la condició d'una mera guitarra colossal que només sonés formes d'acompanyament, bateries, arpegjis, figures diverses. No; hi ha respecte per a la individualitat i el color de cada ins-

trument; ara que hi ha subordinació; és a dir, que "La villana" no és cap òpera d'oboè amb acompanyament de veu humana, si no a l'inrevés, ententent per "oboè" tots els instruments de la mateixa manera que és dit "el pa" en el parenostre, per qualsevolga llei d'aliment.

Al primer acte fou aplaudit i obligat a repetir el duo de tiple i tenor; des d'aleshores, l'èxit fou franc i no es desdigué un punt de l'obra. Als finals de cada acte i de força de quadros, tingueren de sortir el compositor i el senyor Fernández Shaw, únic dels autors del llibret allí present.

Col·laboraren a l'èxit de l'obra la propietat i la riquesa en vestuari i decorat. Adhuc foren aplaudides les decoracions d'alguns quadros.

Peribañez fou ben interpretat pel baix cantant Pau Gorgé. Felisa Ferrero cantà amb immillorable escola. Enriqueta Soler, Carlota Sanford, Redondo del Castillo, Josep Moncayo i Pallacios, varen complir com a bons

En mestre Antoni Martínez, director de l'orquestra va compartir les ovacions.

R. LLATES

“La Villana” d'Amadeu Vives

Una enorme expectació s'havia produït en el nostre públic amb l'anunci de l'estrena a Barcelona de «La Villana», la darrera producció teatral del gran mestre català Amadeu Vives. Les notícies de l'èxit franc i sorollós que havia obtingut l'obra a Madrid, on es donà per primera vegada, havien contribuït encara a augmentar aquesta ben motivada expectació.

Res d'allò que faci el mestre Vives pot deixar indiferent el nostre públic. El seu nom té, com pocs altres, una gran autoritat i té també un gran prestigi. Té, demés, una popularitat extraordinària. És un nom que cada dia es cotitza més alt en els cercles de la intel·ligència i és un nom que coneix i estima i admira la massa anònima del poble.

No és d'estranyar, doncs, que dos dies abans de l'estrena quedessin ja despatxades totes les localitats i que amb motiu de la primera representació de «La Villana», es veiés dividres, a la nit, el Teatre Eldorado ple a vessar d'un públic heterogeni, entre el qual no deixava de trobar-s'hi una nodrida i selecta representació del nostre món literari i musical. Igualment s'hauria emplenat el teatre si aquest hagués tingut doble cabuda.

Diguem de seguida que «La Villana», és indiscutiblement una de les millors produccions del mestre Vives i que obtingué dividres, a la nit, ací a Barcelona, un èxit sorollós, franc, vibrant, entusiasta i unànime; en una paraula, un èxit complet d'aquells que no abunden gaire.

Des dels primers compassos la música tan personal del mestre Vives, rica i desbordant de gràcia i d'expressió, d'enginy i d'inspiració, s'ensenyori de l'auditori, el qual l'escoltà en tot moment sense respirar, amb una atenció sostinguda i extraordinària i amb una evident delectació. Aplaudiu repetidament l'autor i els seus distingits interpretadors i feu bisar els números més sobresortints de l'obra.

El mestre Vives, evidentment — ens ho ve demostrant ara sovint — ha arribat a la plenitud del seu talent formidable i ens acaba de donar una obra que, d'un salt, per la seva frescor i abundància d'inspiració, per la seva tendència, per la seva tècnica segura i admirable, sembla posar el seu nom d'artista creador freg a free dels noms més representatius i clàssics del teatre líric de tots els temps.

«La Villana» del mestre Vives, no ens dol afirmar que és una obra musical definitiva. No pertany al gènere Heugér, avui tan en boga en l'anomenat teatre líric nacional, sinó que mereix de ple la categoria d'òpera i d'òpera honradament treballada, pensada en tots els seus detalls, feliçment concebuda i genialment realitzada. Si alguna base sòlida té des d'ara el teatre líric es deu, sense discussió, al Mtre. Vives.

El donar una forma musical al drama de Lope de Vega, «Peribañez» y el Comendador de Ocaña», respon de ple a una trajectòria artística que fa molts anys ha vingut seguint en progressió ascendent el mestre Vives. Aquest eminent compositor català és dels que sempre ha sabut on devia anar i, per damunt de tot, ha arribat triomfalment allà on volia. Fa més de vint anys, quan va escriure el seu celebrat i magnífic «Don Lucas del Cigarral», ja inicià esplèndidament aquest camí, per on només ell sol, amb la seva extensa i poderosa cultura i amb la seva fina i aguda intel·ligència i amb les seves admirables dots musicals, podia, amb probabilitats d'èxit, aventurar-se.

El mestre Vives, com tots els grans músics de tots els temps, és un músic de tradició. Ell segueix la gran tradició lletina que iniciaren Peri, Caccini, Monteverdi a Florència i Provenzale, Scarlatti, Cimarosa i Pergolesi, entre tants d'altres a Nàpols. La tradició d'una música expressiva de gran ratlla melòdica, eixida d'una viva i forta emoció i d'un autèntic pensament musical enlletit per una forma impecable i per una estructura perfecta. És gràcies a la seva forta i vigorosa personalitat que el mestre Vives ha pogut integrar-se victoriosament a aquesta immortal i gloriosa tradició que influi en Mozart i en tots els genis de la música que han tingut una clara percepció d'allò que ha d'ésser i d'allò que ha de contenir el teatre líric.

En sentir «La Villana», tan acabada, tan plena, tan nodrida de la més pura substància musical, tan exempta de tot fals efectisme, ens sembla sentir una obra ja consagrada, una obra ja redimida, per la seva vàlua intrínseca, de les velleïtats del temps. Frederic Romero i Guillem Fernández Shaw, dos escriptors seriosos ja acreditats en l'art del teatre, han fet, hàbilment amb una cura extremada i amb una notable pulcritud literària, l'adaptació de l'obra de Lope de Vega, sabent mantenir el perfum romàncesc i conservar tot el caràcter dels seus personatges, sense que en res minvés l'interès dramàtic de l'obra.

Val a dir que l'assumpte de «La Villana» és un assumpte que sempre serà actual i que sempre sabrà commoure les ànimes nobles del poble que sofreix i calla.

Després d'haver sentit una sola vegada l'obra i haver-nos quedat amb el més viu desig de sentir-la diverses vegades més, per a poder-la assaborir ben a plaer, l'acte que ens ha semblat millor de conjunt, més ardonit i d'una valor musical més pura, és el primer, que és tot ell una meravella de vida, de caràcter, de color i de sabor popular.

Es fa difícil assenyalar aquest o aquest altre fragment de la partitura. En tots hi ha quelcom que interessa i apassiona. No podem, però, deixar d'esmentar en el primer acte el cant al vi i tota l'escena de l'arribada de la núvia, com així mateix l'esplèndid duo de «Casilda» i «Peribañez», un dels fragments més remarcables i millor resolts de l'obra. Aquest duo obtingué un èxit franc i espontani i s'hagué de repetir després d'haver-se presentat el seu autor a escena.

Hi ha en el segon acte, que s'inicia bellament amb el pregó a teló tirat, ple de caràcter, la deliciosa cançó de la capa, l'escena amb el jueu, que l'orquestra subratlla i caracteritza de faiso prodigiosa, i sobretot el duo d'aquest amb «Peribañez» i tot el final d'aquest acte, amb el preciós tercet que és un «scherzo» d'una gràcia incomparable. Tot el quadre de l'era de Peribañez és ric d'emoció i el final d'aquest segon acte és arborat de la més noble i més pura inspiració.

Del tercer acte esmentem ja pregària de Casilda», íntima, recollida, profundament sentida; el duo d'aquesta amb el «Comendador», en el qual com en tot el restant de l'obra, la música està sempre adequada a la situació i a l'expressió dels personatges. L'intermedi musical de Toledo, una de les més belles pàgines de l'obra, el mèrit de la qual no cospa de moment el públic, i el final, d'inesitada grandiositat i d'una estupenda i molt original for-

ca dramàtica que és, sens dubte, de les coses millors que ha compost mai el mestre Vives.

Tota l'obra està admirablement orquestrada i és rica en girs melòdics de sorprenent novetat i en ritmes vivents i d'una portentosa potència expressiva. Es pot dir que en «La Villana» la vida i la inspiració no decauen un sol moment.

Les situacions musicals es succeïxen, naturalment, sense interrupció, i hom escoltà l'obra amb un goig i un plaer que no s'acabà mai. La música del mestre Vives és com un nèctar que raja d'una deu fresca amb tanta abundor que no es pot engolir de tanta i tanta delectació com produeix.

Indiscutiblement, és el mestre Amadeu Vives, un home de teatre formidable i el primer prestigi del país en aquest gènere al qual tan superbament ve dedicant-se.

La interpretació, cal dir-ho, fou excel·lent, a tot ésser-ho. S'hi distingiren notablement, de faiso especial, la distingida artista Felixa Herrero, en el seu difícil paper de «Casilda», del qual féu una creació, i Pau Gorgé, l'excel·lent artista, que encarnà admirablement el paper de protagonista. Era veritablement aquell «Peribañez», clàssic ple de senzillesa rudesca, però ple també de noblesa i ple de bondat.

Mereixen també ésser esmentats amb elogi les artistes Enriqueta Soler (Joana Antònia) i Carlota Sanford (Blasa), com així mateix els senyors Mateu Guitart, un «Comendador de Ocaña», arrogant i altiu; Redondo del Castelló, un «David» el jueu, esplèndidament caracteritzat i interpretat amb justesa admirable; Josep Moncayo («Roque»), Antoni Palacios («Olmedo»), Enric Gandia («Miguel-Angel»), juntament amb tota la restant de la companyia que complí dignament i posà l'obra amb tot l'entusiasme i amb veritable amor.

Concertà i dirigí «La Villana», i per cert no és aquesta tasca fàcil, el distingit i notable mestre Joan Antoni Martínez, que fou el qui la posà també a Madrid. La sabé interpretar donant-li força i vida i aconseguí una gran unitat en el conjunt.

La presentació, molt acurada i itca, amb bells decorats dels mestres Alarma i Martínez Garí, que foren aplaudits, i un magnífic vestuari dibuixat pel nostre distingit compatriota i company Emili Ferrer.

Mereix també un elogi ben sincer Francesc de Torres l'empresari que, confiant amb el talent del mestre Vives i sabent el que aquest mestre mereix, muntà l'obra esplèndidament i reté tots els honors al nostre eminent i estimat compositor de la terra.

Les ovacions es repetiren durant tota l'obra, i el mestre Vives es veié obligat a comparèixer sovint a l'escena, i esclataren xardoroses i entusiastes al final de cada un dels actes.

En acabar-se l'obra tot el públic en massa, plenament satisfet, aclamà el mestre Vives, a un dels autors del llibre que assistia a la representació, el director i els artistes.

— Es aquest, al nostre entendre, l'èxit més franc, més gran i més espontani que ha obtingut el mestre Vives a Barcelona.

Contra la seva voluntat es veié obligat a parlar i digné, cedint el mestre davant la general insistència: — «M'heu vençut! Moltes gràcies». — Cal dir que, abans, ell havia ja totalment vençut l'auditori. Creiem que hi ha «Villana» per molts dies i ens n'alegrem de debò, perquè marca aquesta obra un renaiement en la nostra lírica i és ella un gran i estimulante exemple a imitar.

ELDORADO

«La Villana», zarzuela en 3 actos, divididos en 7 cuadros, libro de los señores F. Romero y G. Fernández Shaw, música del maestro Amadeo Vives

Peribañez, el honrado, es de la estirpe de aquel otro labrador Pedro Crespo, y como éste, encierra, en sí, la esencia del alma castellana. Su justicia, en defensa del honor atropellado por el Comendador de Ocaña, es gemela a la del Alcalde de Zalamea y ambos, exactamente, son el símbolo que caracteriza en el siglo de oro las obras más hermosas de los maestros de la dramática española: la gerarquía del pueblo, su honestidad; las altas virtudes de los villanos, su exaltación frente a la demasia de los privilegiados.

Este espíritu del recio drama de Lope de Vega, esmeradamente conservado por Romero y Fernández Shaw, ha servido a Amadeo Vives para escribir una vibrante partitura en la que cada número es el comentario adecuado a la situación. Saturada de ambiente, campean y retozan en la música de «La Villana» los aires populares de la época; distintas tonadillas se entremezclan, perfectamente armonizadas, y con la exuberancia melódica que de su propia cosecha puso el compositor, forman un todo inspirado y bello que cautiva porque se penetra, absolutamente, con la acción de la que páginas musicales son consecuencia y expresión fiel.



AMADEO VIVES

En nuestro concepto, Vives ha llegado en «La villana» a la máxima grandeza expresiva de su labor. Técnicamente, ha vencido las dificultades orquestales que nacen de la armonización del canto popular y éste, sin perder su aroma, ni su sencillez primitiva, va tomando vuelos en el desarrollo magnífico que le da el maestro, quien conserva la pureza del

tema, jugando con él a su capricho y dotándole de efectos y matices, que le hacen más sugestivo, al añadirle el complemento de la aportación personal.

Podría decirse, que «La villana», por sus méritos y el trabajo realizado por el compositor, es una verdadera obra. Se reúnen en ella, fundiéndose a maravilla, la concepción del asunto y su ejemplar interpretación musical.

Vives se ha ceñido al saber castellano del libro y a su significación y le ha servido sin desvirtuar, ni un sólo momento, el alto valor de humanidad que contiene.

Señalar como sobresalientes números determinados, sería expuesto, ya que todos, por un igual, merecen elogios y admiración. No se trata de una obra de «romanza» o «ballet», en la que es menester que el divo arrastre al público con gorgoritos y calderones de mal gusto. La partitura de «La villana» sigue una línea recta y uniforme y hay que considerar en bloque su valor, que es de conjunto, aunque destaquen, por la mayor fluidez de la armonía, páginas determinadas. A nuestro entender, el acto que musicalmente reúne mayor perfección, es el segundo, sin que esto signifique desmerecimiento para los restantes. El terceto es una verdadera maravilla y lo mismo la original canción del judío.

El maestro, en distintos momentos, fué merecidamente ovacionado y tuvo que presentarse en escena numerosas veces.

Los adaptadores del libro, señores Romero y Fernández Shaw, han sido concienzudos en su trabajo, respetando el espíritu del drama, que nada pierde en la glosa.

Sobre Pablo Gorgé pesa toda la obra y justo es confesar que el notable artista está admirable como cantante y como actor. Triunfó merecidamente y el público le recompensó el esfuerzo con carifosas ovaciones. Felisa Herrero, que poste excelente escuela de canto y voluminosa y bien timbrada voz, hizo una «Casilda» irreprochable, dando al personaje la noble y simpática expresión que requería. Muy bien el bajo señor Redondo del Castillo, el tenor Gultart y lo mismo la señora Sandford y los señores Palacios y Moncayo. El maestro Juan Antonio Martínez, dirigió la orquesta con la pericia que en él es habitual.

El decorado de «La villana», de los escenógrafos Salvador Alarma y Martínez Garí, es de factura acabada y elogiable efecto.

En resumen: un éxito grande, que seguramente se repetirá en sucesivas representaciones.

DIEGO MONTANER

"Las Artes" 18-XII-97.

Teatrales

ELDORADO. — La Villana, zarzuela en tres actos, divididos en siete cuadros, libro de los señores Romero Romero y Fernández Shaw, música del maestro Amadeo Vives.

La letra, el argumento básico de la letra se debe al Fénix de los Ingenieros de otro tiempo, según después fué llamado. Lope de Vega, "hombre de teatro". Tanto, que aun hoy, pasados siglos, tienta a los libretistas e inspira a los compositores, con preferencia a nuestros "hombres de teatro", aun los de más merecida fama. El hecho es significativo, pero no para comentarlo en este lugar.

Digamos sólo que se trata de una refundición y adaptación para el género lírico de la comedia "Peribáñez y el Comendador de Ocaña".

La reducción o adaptación es discretísima. Breves compases de orquesta sola, preludian otros más complejos descriptivos de alegre fiesta púeblerina. Ritmos de sardana, de zambra tamborilera, de cantos populares y aun litúrgicos (se celebra una boda, la de Peribáñez y la hermosa Casilda) se mezclan sin confundirse y sin que predomine ninguno. Al fin deriva la música en una especie de brindis o canto del "orgullo

del labrador", rico, satisfecho de sus cosechas, de sus labradores y del feliz momento que pasa.

Incidente dramático: Un novillo desmandado hirió al honorable señor comendador de Ocaña. Le traen desvanecido a casa de los desposados.

El perfume de las flores de azahar que trae en su pecho la novia, y que ésta le hace aspirar, reanima al herido, que queda extático ante la visión de la mujercita. A una especie de diálogo musical muy vivo, sigue la más bella composición del acto: Un duo (tiple y barítono), canción de amor, finísimo. Sin efectismos, traduciendo magistralmente la situación de ánimo de honrado y enamorado labrador que acaba de casarse, el compositor escribe efusivamente. Canta el labrador con sencillez la dicha lograda. Una oleada de emoción se nos entra por los oídos al alma.

Todo está perfecto, la escena, los versos, el canto.

Se interrumpió la representación para aplaudir a los autores de música y letra, antes de que se repitiera el fragmento inspirado.

Termina el acto con una canción melancólica del comendador repentinamente enamorado, pero que (bien lo advierte) ha llegado tarde.

Los dos actos siguientes están divididos cada uno en tres cuadros. Se desarrolla episódicamente, muy bien reducida, como he dicho, la historia dramática. El labrador va a la guerra, nombrado capitán de las gentes de leva. El comendador aprovecha su ausencia para poner asedio de amor a la Villana; pero ésta es honrada y quiere a su esposo. Escenas de guerra, de amor, de celos y de ternura se suceden en fábula muy bien tramada y dicha en versos, que los dos respetuosos y correctísimos poetas Romero y Fernández Shaw han excelentemente coordinado.

Es prodigiosa, literaria y musicalmente la canción de la Capa de paño pardo. El orgullo y la ternura de la mujer cantan un himno a la clásica prenda de abrigo, de su señor y dueño, con ternura incomparable.

Una especie de "raconto" que canta en seguida el bajo señor Rodondo y un terceto resultan de gran efecto dramático. Redondo y, en general, todos los intérpretes, cantaron muy bien, pero no dijeron tan bien los versos como el canto. A excepción de Gorgé, la declamación y recitado resultan por parte de todos muy poco agradables. Al terminar se ovacionó a dicho bajo.

Magnífica decoración: campos asoleados, amapolas, al fondo la villa de Ocaña. Un duo de celos sencillos, aunque algo largo, nos agrada. La villana es cristiana, el villano es hombre de bien, ¿cómo no han de renacer la paz y la confianza?

Sin embargo, el comendador no desmaya. Procura captarse la gratitud del marido armándole caballero, lo cual da lugar a una gran escena musical de conjunto; algo así como un concertante.

Otros cuadros, alternativos, recuerdan por tambores y trompetas el drama de la guerra y por el canto melancólico y triste de Casilda sola y temerosa, el drama de amor, que se precipita de manera melodramática. La acción de Casilda es sentidísima y la dice la Herrero admirablemente.

En fin, unas danzas de jota castellana resultan apropiadas en cuadro de época pintoresco y espectacular, sobresaliendo la relación dramática del labrador al rey pidiendo justicia y perdón, cosas que alcanza.

Literariamente la obra es perfecta. Los autores de la refundición merecen elogios incondicionales. La música, en mi concepto, tiene fragmentos superiores, de lo mejor que haya escrito el maestro Vives; pero tiene fragmentos que llegan a cansar, por excesivamente largos.

Más que zarzuela, parece, "La Villana", una ópera larga.

El decorado, de Alarma, excelente; las escenas últimas espectaculares, pintorescas, pero un poco de "cromo".

La interpretación de Gorgé, el barítono, irreprochable, así declamando como cantando. Los demás sólo cantando estuvieron muy bien, mereciendo los aplausos que se prodigaron el maestro Vives en primer lugar, y en seguida los poetas dichos, Gorgé, la Herrero, Rodondo del Castillo, Guitart, las señoritas Cadenas y Folgado, los señores Palacios Gandía y Moncayo.

También los mereció la orquesta, ajustadísima.

EMILIO TINTORER



"Diario de Barcelona"

22 Diciembre 1927

ELDORADO

«LA VILLANA» DEL MAESTRO VIVES

El maestro Vives con "La Villana" nos ha presentado una partitura extensísima. Las partes habladas son escasas y la mayor parte de ellas aparecen sustentadas por comentarios orquestales.

En su nueva partitura el maestro Vives demuestra nuevamente su facilidad en manejar melodías, en armonizar y en instrumentar, así como en comentar la acción. Todo ello aparece con fluidez y sin que se note esfuerzo en la realización.

Pero todas estas cualidades que tan merecidamente están reconocidas en la personalidad del maestro Vives ¿qué forma, qué estructura, qué idea las sustentan?

Huelga, nos parece, el comentar la importancia que para toda expresión artística tiene la forma. Sin ella no hay idea genial que sea asequible ni asimilada por los demás y aun creemos que toda idea artística genial lleva consigo la forma aunque sea en estado embrionario.

En "La Villana" hay sin duda "una estructura", pero una estructura no definida. Considerando la obra en total advertimos una fluctuación entre la ópera y la zarzuela. La forma de esta última con la alternativa de música y parlamento no aparece clara. La gran cantidad de música existente en "La Villana" la hace acercarse a la ópera, y en cuanto a esta forma "La Villana" no es ópera clásica—que prescindiendo del fondo tanto parentesco tiene en cuanto a forma con la zarzuela—y si tiene algunos ribetes de "verismo" y hasta de drama lírico si tenemos en cuenta el aspecto de recitado-melódico que en algunos momentos dramáticos adquieren las voces. Creemos que la forma zarzuela ha de seguir su estructura de fragmentos musicales bien determinados de por sí y formando por sí solos un cuerpo, esto es; palpitando una estructura sólida en cada número. En "La Villana" esta estructuración determinada no la apreciamos. La personalidad de los temas, quizás por el desarrollo con vistas a una línea dilatada no la supimos descubrir. El Ritmo, en el más alto sentido de la palabra, es lo que encontramos a faltar. El Ritmo, este germen de la música que hace comprensible este misterio del lenguaje abstracto de los sonidos. Este Ritmo que obliga a la repetición de conceptos para que nuestro sentido musical con ayuda de la memoria pueda formarse una síntesis

de lo que por ser arte que se despliega en el tiempo se nos presenta en fases sucesivas y unidas por una relación total constituyen el bloque de conjunto de la obra musical.

Todo lo dicho no implica para que reconozcamos muchos y buenos valores a la obra, no podía ser menos tratándose del maestro Vives que tan justa aureola de gloria ha conquistado. Precisamente el ser la obra de un ilustre músico como el maestro Amadeo Vives creemos que obliga a entrar en el fondo de ella y desentrañarla. Sepa el maestro Vives que el terceto del segundo acto entre "David" y los dos viejos es una página admirable que no solamente se distingue en "La Villana", sino que es una de las páginas más salientes de su privilegiada vena musical. El dúo del acto primero que fué bisado es también un fragmento muy bueno. Así podríamos citar muchos aciertos que contiene la partitura. A lo que nos referíamos antes es a la línea general de la obra. Y a pesar de ello el éxito que obtuvo, y que fué merecido, lo juzgamos merecido. Ya dijimos en nuestra breve nota sobre el estreno que el maestro Vives vió obligado a salir repetidas veces al palco escénico requerido por las ovaciones del público.

La labor de los intérpretes fué muy buena especialmente por parte de los protagonistas señorita Felisa Herrero que posee una potente y bella voz y es muy expresiva en la dicción y el señor Gorgé que une a las facultades de cantante magníficas condiciones de actor. En los dos aspectos el señor Gorgé realizó una labor meritoria.

La señora fué espléndidamente presentada y dirigida la orquesta con perfecto conocimiento por el maestro José Antonio Martínez. Lástima que su labor no fuera secundada con la requerida brillantez ya que en algún pasaje notamos ciertas vacilaciones propias de una primera audición y quizás de pocos ensayos.

En cuanto al libro que han escrito los señores Romero y Fernández Shaw basándose en la tragicomedia de Lope "Peribáñez y el comendador de Ocaña", es un nuevo acierto que han tenido los celebrados libretistas. Buena parte del éxito corresponde a ellos ya que en su labor prestó un manifiesto respeto para la obra inspiradora y un evidente conocimiento del teatro.

A. M.

"¡Avante!" (Madrid)

22-XII-27

DE PROVINCIAS

Vigo.—María Palóu se encuentra muy restablecida de la lesión que la obligó a suspender su vida teatral. Mucho nos alegramos de su mejoría.

Barcelona.—El éxito de "La Villana" en el teatro Eldorado no tiene precedente. Reciban nuestra enhorabuena los autores, y sigan trabajando para honra de nuestra escena.

"Reprise" de "La villana" en Barcelona

"El biluro"

26 Febrero 1928

"El universal"

Universal

(Barcelona) 27 Febrero 1928.

Por esos teatros

VICTORIA. — Estreno en el Paralelo de la zarzuela en tres actos y siete cuadros "La Villana", de Federico Romero y G. Fernández Shaw, música del maestro Amadeo Vives.

hace unos días oímos al pasar unas palabras desgranadas de una conversación sostenida por dos personas de esas que se dicen a sí mismas conocedoras de la psicología de los públicos. Decían las palabras recogidas al pasar: «La Villana no gustará en el Paralelo. No es para el Paralelo. ¡Lástima no ser amigos de la Empresa para...! Como nos habíamos alejado, nuestro oído no percibió el final, pero lo suponemos. Nos hizo reflexionar esa afirmación tan categórica, porque no era la primera vez que la oíamos. ¿Qué motivos tendrán algunos para hacer afirmaciones de esa naturaleza? ¿Es que creen que el público que acude al Paralelo no está capacitado para digerir obras de cierta elevación artística? No puede ser otra cosa. Ese prejuicio es cosa añeja. Pero está tan arraigado, que, aunque se equivoquen una y mil veces los que lo sustentan, no quieren dar su brazo a torcer.

Anoche mismo quedó demostrado.

«La Villana» no pudo ser acogida con más calor. Algo que en el centro de Barcelona no hubo ocurrió anoche durante toda la representación de esa gran obra.

Ovaciones plenas, que parecían el alarido de millares de palomas. El teatro lleno hasta los topes. Expectación. Sabor. Todo eso se pudo apreciar en el público del Paralelo y algo más que pensamos y no queremos decir.

La tipla señorita Surifach rayó a una altura envidiable. Muy ajustada Lolita Arellano Ughetti, un coloso; Guitart, muy discreto; Cornadó, defendiéndose muy bien, así como Vallejo.

Muy ajustados los caras bajo la experta batuta de Ortiz de Zárate.

Las siete decoraciones de Váizra y Zabala fueron aplaudidas.

Al final de los actos y de la obra los aplausos obligaron a salir a los autores, habiendo, como ya se ha hecho costumbre, los correspondientes parlamentos.

Pueden seguir pensando lo que quieran esos señores que sienten prejuicios sobre el público de la más popular de nuestras vías públicas, pero a la Empresa, después de lo que anoche, difícilmente conseguirán infiltrarle sus temores.

Las palabras no tienen ningún valor cuando existen los hechos.

M. S. C.

EN EL VICTORIA

Se representó "La villana"

En verdad revistió caracteres de acontecimiento la primera representación en el teatro Victoria de la obra de Vives "La villana", que se dió el sábado.

El teatro atestado de público, los autores asistiendo a la función como si se tratara de un estreno y los artistas poniendo verdadero empeño en superarse para estar a tono con la bondad de la obra.

Filomena Surifach, en el papel de protagonista, demostró ser la cantante consumada, de voz envidiable que conocen los públicos nacionales y extranjeros. Como actriz estuvo a la altura de su fama de cantante.

El tenor Guitart y el barítono Ughetti cantaron con los arrostos de que ya dieron muestra cuando interpretaron la misma obra en Eldorado.

Lolita Arellano, Vallejo, Bezaza y demás intérpretes estu-

PROXIMAMENTE
NAPOLEON
AMAR VIVA CINEMATOGRAFIA

vieron discretos. Bueno el decorado que se estrenó.

Al terminar la representación el público, que había aplaudido entusiasmado algunas piezas y al final de los dos primeros actos, tributó una ovación a los autores, obligándoles a perorar desde el escenario.

"La villana" en el Paralelo proporcionará, seguramente, tantas entradas como propocionó en el centro de la ciudad.

*"La villana" en Gijón
(Compañía Matiney Pever)*

El Comercio (14 enero 1928)

El insigne maestro Amadeo Vives



Figura culminante del arte lírico español, cuya partitura "La Villana", que constituye la nota de más alto interés en la actualidad escénica, se dará a conocer en la noche de hoy al público de Gijón

LA VILLANA se estrena esta noche en el Dindurra



"La Villana" ha constituido un nuevo y rotundo éxito para el gran músico español Amadeo Vives.

Su estreno fué una serie ininterrumpida de ovaciones al ilustre creador de tanta partitura admirable. La sala entera ovacionó frenéticamente a Vives, con aplausos que eran también una afirmación de fé y esperanza en la neta y verdadera música española.

Vives ha hecho una partitura copiosa, meditada, intensa, que tiene páginas bellísimas y que es un formidable alarde de talento musical. "La Villana" es, acaso, la obra más considerable del maestro.

(De "La Esfera").

"El Comercio" (Gijón) 15 - 1 - 1928.

TEATRO DINDURRA

"LA VILLANA"

Zarzuela de Amadeo Vives

El llamado teatro lírico español viene dando tumbos desde hace algunos años; público y autores son por igual responsables de este estado de cosas. El primero dejándose llevar por una corriente de chavacanerías, que acabaron por imponer un gusto mediocre, y ellos por supeditar completamente su arte, sus concepciones, á las exigencias que les reporten mayor provecho, sean ellas cuales fueren.

Pero tenía que producirse la reacción. La condición única que da al arte un valor estable, es la pureza, y este elemento brilla por su ausencia en toda la mal llamada obra lírica de estos últimos años, excepción hecha de las contadas producciones elevadas que salieron á la escena española con un noble gesto de sinceridad. De éstas «El Caserío» fué sin duda la que más claramente recordó al público sus preferencias de otro tiempo, é hizo pensar en un renacimiento.

Esta reacción que está en el ambiente desde hace pocos meses, revelándose en periódicos y comentarios habido energías y entusiasmos á músicos que como Amadeo Vives tienen genio y talento para grandes empresas.

Hemos de confesar, en honor á la verdad, que siempre la producción del autor de «Maruxa» y de tantas otras partituras espléndidas, llevó el sello de una honradez de propósito; pero el medio ejerce una influencia poderosa, y Vives, en ocasiones no pudo sustraerse á esta influencia.

Ahora quiso dar una muestra fuerte y bien expresiva de su verdadera personalidad musical, y el compositor se encerró en sí mismo, puso en juego sus facultades técnicas y ofreció al Teatro «La Villana», síntesis de una imaginación artística genial y de una preparación admirable.

Cuando «La Villana» fué estrenada en Madrid, hace poco más de un mes, la crítica la acogió con unánime alborozo, considerándola un precioso síntoma de resurgimiento.

Este éxito, que por sus proporciones trascendió á provincias como un acontecimiento, dió lugar á que reina se en Gijón la expectación que ayer se advertía en la sala del Dindurra, por escuchar las bellas páginas musicales de uno de los primeros compositores españoles de nuestros días.

Y aún siendo mucho lo que el público esperaba hallar en «La Villana», influido por el calor de los elogios, superó la realidad al prejuicio, brotando entusiasmos que se mantenían adormecidos, y creándose ese ambiente cálido de las emociones colectivas que dan á los entreactos un simpático dinamismo característico.

Desde luego, «La Villana» es obra de estudio, obra en la que del principio al fin todo está meditado, contrastado y bruñido.

Para el oído que tuvo como educación musical única la de la música frívola al uso, «La Villana» es quizás un plato demasiado fuerte como obra total. Claro está que esta impresión de solidez, de arquitectura maciza, se compensa en el ánimo del oyente me-

nos abeto con los arranques líricos en que surge con gracioso desenfado la emoción del maestro subrayando una escena, hoy pintándola, mejor, por su cuenta, pues es preciso advertir que en este caso la partitura sujeta al libreto y en ocasiones lo amula.

Hay un cambio de principios en esta música de Vives, que se nos antoja buen síntoma para toda una innovación escolástica. Es la manera de tratar las voces, engarzándolas en el tejido orquestal de tan sabio modo que no pierdan su valor individual, sino que por el contrario lo realcen con la incorporación de elementos ajenos en la orquesta. Hace muy bien en ocasiones esta variedad en el empleo.

Por lo demás, más que zarzuela es una ópera en su estructura general esta nueva y admirable partitura de Vives, que enriquece la lírica española con un noble empleo de las voces individuales la orquesta y los coros. En la intervención de estos últimos hay momentos de imponderable belleza. Los matices se funden en finos acordes y producen efectos magníficos de color y de ritmo.

Agradecemos a la Compañía Lírica el acierto de darnos a conocer una obra de tan destacado mérito y más aún el haberla presentado con plena conciencia de su valor, estudiándola cariñosamente.

La presentación fue justa, pulcra por parte de todos los elementos de la Compañía, y es de elogiar la belleza del decorado que dió mayor relieve a la interpretación, sirviendo de fondo adecuado a la labor de los intérpretes.

Fue una gran jornada artística la de anoche. El teatro, abarrotado, sin cabida para una persona más; los artistas líricos poniendo su mejor voluntad al servicio de una empresa tan brillante como la de interpretar estas páginas musicales de Vives, que consagra en «La Villana» su personalidad, y el público haciendo justicia a esta suma de méritos, en la que destaca, después de la figura de Vives, como es natural, la contralto señora Martín, que llevó su parte con mucho tacto; el barítono señor Floret, también muy acertado en su labor de vencer dificultades, y con ellos, Castro, Cuevas, la señora Soler, el bajo señor Arenas, y los coros, en fin, bien ensayados y dirigidos por el maestro Sabina.

"El Comercio" (Sijón) 15-1-1928.

El acontecimiento artístico de anoche

De grandiosa ópera se puede calificar "La Villana" del glorioso maestro Vives

Lo sugestivo de la zarzuela grande, decía uno de sus maestros, cuyo nombre no recuerdo en este momento, consiste en la impaciencia que se siente porque va a terminar la música para empezar la letra y concluir la letra para continuar la música. Muy original definición para fijar como cualidades inherentes a tal estilo teatral, una sabia ponderación de valores, equilibrio en el enlace literario-musical, y a la convergencia estética en un fin donde los autores, cada cual por su camino, llegan a colocarse en igual rasante de mérito.

Pero si la zarzuela, efectivamente, tomó este nombre debido a que las primeras representaciones se dieron en Madrid en un lugar donde habían existido abundantes zarzales, el humilde nacimiento entre espinas simboliza las dificultades de constitución, y a la vez determina que lo popular será el nexo de su forma, el paisaje de casi todas las escenas. Otro inconveniente: la más punzante espina. Cuando las bellas artes se ponen en contacto con las bajas clases sociales, corren el grave riesgo de contaminarse con los detritos del plebeyismo. El artista si va a esos cauces de aguas impuras a recoger un solo límpido reflejo, que desde su elevada posición espiritual ha descubierto allá abajo, tendrá especial cuidado en volverse pronto a la torre de marfil de su arte; de lo contrario degenerará.

Este proceso explica el por qué las antiguas zarzuelas de hace tres generaciones sufren primero la tremenda embesida del italianismo, que pretende elevarlas demasiado, desarraigándolas de algo en ellas esencial: lo netamente español. La reacción contraria es el declinar primero hacia el género chico, y después al sicilpítico, opio que alarga a la zarzuela, mientras llegan de Viena aires de opereta cargados de nuevas formas y elegantes procedimientos que trascienden a mundanidad.

Lo racial es más fuerte. Luego que se apagaron los ecos de los valeses de Lehar, Fall y Kalmann, y los de los operetistas españoles que se pusieron a la moda imperante, nuevamente la zarzuela retoña con brío y tras "Las Golondrinas", Usandizaga antes de morir, se hace recordar a todos que la zarzuela posee recursos inagotables, "Maruxa" presenta otro grado de engrandecimiento. Y así alternativamente, dando tumbos, va el teatro lírico nacional, que otra vez se hunde entre two-steps, fox-trots, charlestons, cuplés a pasto, chotis bombillescos, revistas, trapos; infinidad de mamarrachadas con intentos de música chulesca y afro-estadounidense, que es lo peor.

Otra hazaña de Vives: "Doña Francisquita". Aparición de Guridi, con "El Caserío".

Desde estos momentos algunos maestros vuelven la vista atrás. Surgen varias zarzuelas limpias y entrámos, tal parece, en una era que será provechosa en el adentramiento y elevación de nuevas obras que vendrán a enriquecer el teatro lírico tradicional en nuestra patria. El ilustre maestro catalán, Vives, impone la norma que se ha de seguir en lo sucesivo. "La Villana" puede ser un código. Con él, los artistas verdaderos, forjadores de músicas imperecederas. Abajo, con la ordinarietà, los que no pongan estímulo en mejorarse y den mala música a la precocidad de las funciones de "dock" y suburbio.

"La Villana" es una obra meciza. Si en lugar de los cortos diálogos le ponen unos recitativos, queda convertida en Ópera. Hay mucha música. Siguiendo su sistema, Vives lleva a la requesta infinidad de material que se diluye eruditamente en desarrollos siempre hermosos; pero indudablemente algo conceptuosos para quien no esté habituado a escuchar grandes composiciones.

Así, para los que esperaron la romancita guelta u otros números de fácil comprensión, "La Villana" transcurrió sin darles tiempo a entusiasmarse.

En el primer acto, todo él de mucho sabor folklórico, sobresaie el dúo de Peribañez y Casilda, y después una canción de puro ambiente castellano. Aquí, el lirismo del autor se yergue altivo y tiene sonoridades y efectos bellos.

La cantata del judío David, para niño, está orientada hacia la música arábiga, con muchas cadencias, y también resulta magnífica; fué uno de los números que más gustaron y se aplaudieron. El dúo de Peribañez y el Comendador, y el concertante, cierran el acto de manera solemne.

En el tercero, la plegaria de Casilda y una jota castellana, es lo de más valor, aunque aquellos toques de clarín se repiten demasiado.

En general, Vives ha escrito una enorme zarzuela, donde su vena lírica halla el acostumbrado lucimiento; la requesta y las melodías, han sido trabajadas con notorio esmero; pero al final, cuando el asunto pide acentos de intenso dramatismo, el músico no acierta a emplear el metal y los graves de la masa orquestal para subrayar la desesperación de Peribañez al sorprender al Comendador en la casa de aquél. Ese es el punto flojo de "La Villana"; por lo demás, posee méritos sobre la anterior obra de Vives, aunque la zarzuela estrenada ayer no tenga el melodismo pedagógico y el efecto de "Maruxa", ni el sutil atractivo de "Doña Francisquita". "La Villana" necesita un poco de meditación sobre los temas y su desenvolvimiento como obra musical de una orquestación moderna, sin exageradas disonancias.

La interpretación fué así: La Martín, en primer lugar. Es la única cantante que domina el papel. Tuvo ayer una actuación lucidísima. Llorét, la siguió en méritos, y después, el bajo Arenas y la señorita Soler con Castro, ayudaron lo que pudieron.

"La Villana" está llena de dificultades. Hay que estudiarla mucho, porque es zarzuela de amplia envergadura.

El maestro Sabina, aún con poco ensayo de sus huestes, logró salir adelante airoosamente.

A la hora avanzada en que salimos del teatro, no nos es posible hacer una reseña todo lo extensa que la obra merece.

SOLAR-QUINTES

EL ESTRENO DE AYER EN EL DINDURRA

«LA VILLANA», DE VIVES

Lo primero que hay que anotar, y de noble intención reivindicadora...

al reseñar el acontecimiento lírico de anoche, es el afán generoso y patriótico, de exaltar a la más alta categoría la zarzuela netamente española. Hoy por hoy, únicamente Vives puede hacer el milagro. Vives tiende a elevar el género. Mejor dicho, lo regenera, sacándolo de la ciénaga en que está enlodado. Quiere que cesen las influencias bárbaras de otros medios donde se tiene de la música el concepto de que es, simplemente, un ruido. Comenzó su obra regeneradora hace mucho tiempo. Pero hubo de acentuar el empeño con Doña Francisquita, la joya de perennes valores de la lírica contemporánea. Aquel fué el punto de arranque de una nueva era que ha tenido la sportación brillantísima de El Caserío, y culmina ahora con La Villana.

No se separa el gran Vives de la cualidad fundamentalmente española que debe ostentar al género. Los valores raciales son el principal motor de su inspiración. Ya en Doña Francisquita procuró ajustar sus orientaciones melódicas a una gracia esencialmente castiza que acaso tenga su antecedente más puro en Dabieri. Esto, en cuanto a la música. Con respecto al ambiente de la obra, fué a espigar, con los libretistas, el vasto campo de Lope de Vega, reallizando luego una trasplatación de épocas, por la cual se traslada la acción desde el siglo XVII al primer tercio del XIX, período romántico español. Se necesita, pues, esta anexión de elementos para que la unidad de la producción no aparezca nunca quebrantada.

Así ocurre ahora con La Villana. La Villana es el Peribáñez de Lope. Claro que al encararse con ese poema ingente, es preciso comprender el alcance de la empresa y medir las posibilidades líricas. No se arredró Vives, y, en un vuelo gigantesco, tan poderoso como el del mismo poeta inmortal, se elevó a las puras regiones de la inspiración y del arte, donde se engendrara el Peribáñez. El brío melódico alcanza alturas sorprendentes. Hay quien asegura que en esta obra está contenida la más robusta inspiración del maestro. El artificio queda proscrito del pentágono de Vives. Lo mismo la concesión al gusto chabacano del público mal acostumbrado por las depravaciones al uso. La música es digna, y va como gran señora sostenida en su rango noble, sin que hasta ella llegue salpicadura alguna del arroyo. Tiene La Villana todo el empaque de una ópera moderna, sin perder el sabor de época necesario al colorido y al ambiente del drama. Ahí están ese hermosísimo scherzo del acto segundo; esos dúos magníficos, esos cantos aislados, esos arranques valientes que agrandan la figura del protagonista. Señalar uno a uno los aciertos de la partitura, sería labor prolija. Concretemos, diciendo que toda ella es un grande, un formidable acierto de técnica.

El libro está respetuosamente escrito. El tema exigía mucho acatamiento y una limpieza de expresión nada corriente. Romero y Fernández Shaw están capacitados para ello, según nos han demostrado otras veces. Son de los que siguen la ruta mejor para reaccitar a la zarzuela de la ordinariéz y de la incorrección gramatical en que suele andar a la hora presente. Los dos pueden, con la gítimo derecho, incorporarse a la cruzada que ahora tratan de iniciar unos cuantos buenos poetas españoles. Falta hace. Pues no se concibe música buena sobre el tinglado endeble de un libreto disparatado y estúpido.

La Villana es un ejemplo de lo que hay que hacer. Romero y Fernández Shaw pueden estar satisfechos, por haber hecho una obra limpia e inspirada.

«Más quiero yo a Peribáñez con su capa la pardilla que al Comendador de Ocaña con la suya guarnecida.»

Y en la otra graciosa canción que musicó el maestro muy lindamente y que empieza:

«La capa de paño pardo no es prenda de caballero guerrero. No sabe doblar el dardo de acero.»

La capa de paño pardo se viste en la tierra llana y es prenda de paz y amor. ¡Qué airoso, con su tabardó de lana, va al campo mi labrador!»

La compañía de Martínez Penas estrenó ayer esta obra después de reponer, por la tarde, La Tempestad, muy bien cantada por cierto, por la Fabra, la Martín, Carbonell y Castro. En La Villana se advirtió mucho entusiasmo por parte de la notable compañía, lo mismo en el empeño interpretativo que en la presentación, la cual exige exquisito cuidado y espléndidez. Ninguno de tan inestimables valores ha estado ausente.

En cuanto a la interpretación, es fuerza señalar, primeramente, a la Martín, que tuvo momentos de gran inspiración y brío, y al señor Lloret, apasionado y valiente en su incorporación lírica de Peribáñez. Castro, el buen tenor, también se ha distinguido, como los señores Arenas, Cuevas y León.

El Sr. Arenas obtuvo un señalado triunfo interpretando el difícil personaje del judío David.

Lo demuestran desenvolviendo con acierto indudable el tema de la tragedia de Lope, a base de la conocida canción:

Y al conjunto, muy aceptable.

El éxito fué completo y seguirá siéndolo en días sucesivos. Esta tarde se le dará al abono este gran estreno. Y con gusto volveremos a escuchar La Villana.

"Heraldo de Madrid"
= 18 - II - 1928. =

"La Nación"
(Madrid).

21 - II - 1928.

EL ECO DE UN «SE DICE»...

Los planes de Casals y "Sagi" y la predilección de Vives

Recogíamos anteayer, en un «Se dice...», cierto rumor, de cuya confirmación estábamos seguros; pero de cuya verosimilitud dudaron muchos del corrillo teatral que lo leyeron. Hoy, sin embargo, podemos afirmar, sin medias palabras y antes ampliando detalles, lo que anteayer sólo insinuábamos.

En efecto, sabemos de buena tinta que el maestro Vives, al enterarse de la provechosa campaña que Eugenio Casals está haciendo en Madrid; al ver que no depende del teatro en que actúe el éxito, sino de su esfuerzo y su acierto como director; al saber cómo con la inestimable adhesión de Sagibarba y el valioso refuerzo que representa la excelente voz de Felisa Herrero consigue, en un teatro de barrio, apartado y frío, y después de las ciento cincuenta representaciones, que una zarzuela triunfe y deleite a mucha gente todavía; el maestro Vives, decimos, ha decidido—haciendo con ello un gran bien y un honor a Casals, que éste proclama con satisfacción legítima—concederle la exclusividad para representar en Madrid «La villana». Nadie, pues, podrá ya, por voluntad expresa de don Amadeo, ver en la corte la hermosa ópera popular que ha sido el acontecimiento de la temporada lírica

hasta que Eugenio Casals la monte y el gran Sagibarba la cante. ¡En qué teatro!... ¡Ah! Eso—ha dicho Vives—es lo de menos: lo interesante para mí es que la cante Sagibarba y la ponga Casals. En esas condiciones, dondequiera se recestre será un éxito. Mientras tanto, lo mejor es dejarla estar.

Los otros planes de Casals son éstos: estreno hacia fines de este mes de «La alborada», música de Lambert y letra de José Ramos Martín; si, contra lo que fundadamente espera, no pudiese llegar hasta el Martes Santo—en que termina en el Fuencarral—con «La alborada» en función de noche y «La del soto del Parral» por las tardes, estrenaría «La capitana», música de los maestros Cayo Vela y Brú y libro de Sevilla y Carreño. El Sábado de Gloria, presentación en Barcelona—aún no se sabe en qué teatro—, y en otoño vuelta a Madrid para hacer una temporada eminentemente lírica a base de la exclusividad de «La villana», «La del soto», «La alborada», «La capitana», una nueva zarzuela de Vives; Fernández Shaw y Romero; otra de Soutullo, Vert, Carreño y Sevilla, y otra de José Ramos Martín, que todavía no se sabe quién ha de musicarla.

«La villana» de ahora es la buena.

¡No recuerdan nuestros lectores las cosas que se dijeron de las relaciones de Vives, Sagi-Barba y Casals, antes de estrenarse «La villana»?

Pues ahora resulta que quien va a presentar bien la obra no es Paco Torres, sino Casals, y que quien la va a interpretar bien no es Pablo Gorgé, sino el «consecuente» y magnífico barítono Sagi-Barba.

Lo trágico de esta comedia es que con este afán de propaganda se desprestigia a un empresario que la presentó admirablemente, a un director que la montó a completa satisfacción de los autores y a un artista, que mereció, al interpretarla, unánimes elogios.

A nosotros nos parece que la propaganda debe tener un límite. Que ganen los autores, menos Lope de Vega, la nueva compañía y la nueva Empresa de «La villana», pero no perjudicar a quienes, al fin y a la postre, se jugaron la primera carta, y entonces no eran sólo los mejores, sino los únicos.

